

ADVIENTO

(A mis hermanos del grupo de "LITURGIA")

Estamos en los inicios de un nuevo año litúrgico que comienza ya, porque queremos prepararnos para celebrar el nacimiento de Jesús cuya fecha no conocemos, pero lo hacemos coincidiendo con los días en que el sol prolonga sus horas y da origen al nacimiento de un nuevo año.

Al igual que las grandes fiestas y acontecimientos se preparan a nivel ornamental y psicológico, también la liturgia ha fijado unas semanas de preparación para recibir a Dios entre nosotros. Es el tiempo de Adviento, de espera de su venida.

¿Espera ansiosa, tensa, nerviosa o más bien tediosa, rutinaria y escéptica? La intensidad dependerá de su significación para nosotros, de su repercusión para la vida de cada uno y de todos. Pero también el impacto está en relación con el esfuerzo de preparación que hayamos hecho.

La liturgia nos insiste mucho en pensar en este tiempo como una oportunidad, la ocasión de conseguir algo importante, una posibilidad de las que pasan por nuestra vida pocas veces. Ya es sabido que en la Biblia la vida tiene esa característica de gran oportunidad de encontrarse con Dios, encuentro que la cambia y la transforma hasta hacer de ella algo nuevo. Dejar pasar ese encuentro sin tener la experiencia de un Dios tan importante para la vida es una gran desgracia.

Motivo por el que las lecturas de este tiempo nos insisten tanto en las actitudes de los despiertos, de los que están a la búsqueda de nuevas oportunidades, de quienes viven pendientes y aprovechan sin dejar pasar la ocasión. No es la actitud del indiferente o del escéptico o del que está de vuelta de todo o del cristiano viejo que no se deja sorprender por nada, la que hará posible un nacimiento de Dios en la vida y un entusiasmo nuevo en la comunidad que, tantas veces, parece llevada por la inercia de una historia resabiada, en lugar de vivir desde el descubrimiento nuevo, asombrado y sorprendente de Dios, la historia que va haciendo cada día.

Por eso Pablo les insiste a los cristianos de Roma, y en ellos a todos nosotros, que hay que salir del letargo en que parece estar sumida nuestra comunidad y recuperar el ánimo de quien está anhelando que ocurra algo trascendental como el nacimiento de un niño que cambia el ambiente, el panorama y la psicología de una familia.

No hay tiempo que perder. No podemos estar como quieren los dirigentes culturales de nuestro tiempo, sumergidos psicológicamente en la evasión, la diversión, la distracción y el pasatiempo continuo. No podemos someternos a las directrices de la cultura del ocio, a la psicología del bienestar, a los hábitos del pasatiempo y a las costumbres de superar el aburrimiento paseando tiendas y consumiendo compras.

Hay que cambiar y ponerse la ropa que corresponde a la nueva actitud, a los nuevos tiempos. La ropa que indica el estilo y los aires con que vivimos. Porque el vestido no es sólo una imagen externa. Tras la apariencia está la transparencia que deja asomar al exterior un interior animoso y lleno de entusiasmo o un vacío que trata de llenarse con banalidades.

La liturgia nos insiste en redescubrir el estilo de Jesús, en mostrarnos a su manera y con su aire, para que otros puedan descubrirle en lo hondo de nuestra vida y nuestra forma de ser, para que vean la influencia que Él ejerce en nosotros, tan positiva, tan vital, tan humanizante y quieran contagiarse de quien puede nacer en su vida y hacerle nacer también a ellos a una forma distinta de vivir.

El año litúrgico, como el herrero de la forja, va a someternos a ese proceso laborioso y tenaz de forjar nuestra personalidad y la de nuestra comunidad hasta ver si logra hacer de nosotros una obra más acabada, de cristianos vivos y animosos que renacen, como Jesús, y transmiten, con su vida, esa sensibilidad propia de la navidad, la de la ternura, la compasión, la cercanía, la solidaridad, la fraternidad, el amor, la integración, la acogida.

Es tiempo, pues, de entrenamiento, de calentar voces, de estirar músculos, de hacer flexiones, de superar nervios. Es tiempo nuevo para preparar algo nuevo. Dejemos la rutina, no nos cansemos de celebrar la vida con Dios. Poco a poco ocurrirá algo. Lo descubriremos más. Nos dejará verlo, como a los pastores, como a los magos, como a los niños, como a los necesitados...

Y surgirá la alegría, el júbilo y el gozo; el ánimo, el coraje y el esfuerzo; la esperanza, la ilusión, el anhelo y la confianza, surgirá nuevamente el amor. **De nuevo nacerá Dios en nosotros y en el mundo.**

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2,1-5): *Venid, subamos a la casa del Señor.*

2ª lectura (Romanos 13,11-14a): *... ya es hora de despertarnos del sueño.*

Evangelio (Mateo 24,37-44): *... estad en vela, porque no sabéis el día.*

Somos impacientes y en estos tiempos de prisas no soportamos esperar. Hay situaciones en que da la impresión de que se ha congelado el tiempo, de que el reloj se ha parado: cuando estamos en la sala de espera del médico y parece que los pacientes que nos preceden se demoran una eternidad; cuando estamos en la cola ante la caja del banco o ante la taquilla de la estación y el cliente se eterniza con no sabemos qué cuestiones. Los deseos en nuestra vida se tienen que cumplir. Y se tienen que cumplir en seguida.

¿Qué deseamos en este tiempo cercano a la Navidad? Cosas bien sencillas y muy importantes: Paz, familia, tranquilidad. Para lograr esto, hace falta, sin embargo, mucho tiempo, dedicación y paciencia. Como no tenemos tiempo buscamos un sucedáneo y compramos regalos. No tenemos tiempo para los nuestros y les compensamos esa falta de dedicación con las compras navideñas.

En Navidad, esperamos la venida de Dios a nuestro mundo. Pero, Dios ya vino en Jesucristo hace 2010 años, **¿para qué esperar ahora?** Jesucristo, que vivió en nuestra tierra, murió en la cruz y resucitó y ahora reina en la gloria del Padre, volverá a este mundo nuestro con todo poder y majestad. El evangelio de hoy apunta a la venida al fin de la historia, pero este fin no se sabe cuándo tendrá lugar, **¿por qué esperar ahora?** Entre la primera y la segunda venida transcurre nuestro tiempo, el tiempo de la comunidad cristiana. Si queremos determinar nuestra posición en la historia de la salvación, tendríamos que hablar de la vida, de nuestra vida, en el tiempo intermedio entre las dos venidas.

Creemos que en este hombre, Jesús de Nazaret, ha brillado la vieja promesa de Dios. Ha mostrado que Dios ama al hombre, Jesús se comprometió con la fidelidad de Dios hasta las últimas consecuencias. Mantiene que el amor es la única fuerza que puede cambiar este mundo nuestro en un mundo de Dios. Éste es el sentido de su vida, de su acción y de sus palabras hasta la muerte en cruz.

- **¿Qué pasa con esta venida de Dios que debe suceder en Jesús de Nazaret?**
- **¿Nuestro mundo no sigue siendo un mundo de guerras y de enfermedades, de injusticia social y de persecuciones, de mentiras y de traiciones, de ambición y de codicia?**

Sabemos lo que el Nuevo Testamento y nuestra fe responden a estas preguntas: La salvación está ahí, pero su plenitud tiene todavía una historia. Esperamos todavía el día en que el velo caiga y todo el mundo vea la gloria del Señor. La venida de Dios es una realidad oculta a los ojos de este mundo. Piensa que el modo de vivir de Jesús no tiene mucho éxito. Parece que el amor pierde la batalla ante la violencia. La paz es un vaso quebradizo que sólo se hace realidad en algunos breves momentos de la historia. No obstante, para el cristiano es la única posibilidad de conducir al mundo a su meta. Espera que este camino de Dios, que está oculto en nuestro mundo, se hará visible.

Nuestra vida transcurre en la tensión entre el **“ya”** y el **“todavía no”**, amenazada siempre por la buena vida. Como señala el evangelio: *“el vicio, la bebida y la preocupación del dinero”*, un trío que puede fácilmente tapar las huellas de la presencia latente de Dios y embotar nuestra mente para percibir las. En esta situación recomienda: **«Velad y orad»**. Velad: ver con atención las estaciones de mi vida, para no pasar por alto las huellas de Dios.

El adviento es como un nudo en el pañuelo para que no olvidemos que Dios nos ama. Cuatro semanas de Adviento, debe ser un tiempo de contar con la venida de Dios y prepararse para ella. Me debo preguntar si mi vida tiene en cuenta ese día. Cuatro semanas de Adviento para orar; para meterse, cada vez más, en la postura de Jesús, para hacer presente en mí su acción, su pensamiento, sus palabras.

Necesitamos momentos en los que percibamos el susurro de la eternidad, unos momentos que nos proporcionen un barrunto, una sospecha, de la presencia de Dios. Salvemos un espacio de sosiego para abrir la puerta del corazón de modo que podamos celebrar la venida del Señor con la oración personal, con el alimento espiritual de la Sagrada Escritura, con la lectura de un libro religioso, con el encuentro con Cristo y con los hermanos en los sacramentos.

Aunque nos cuesta esperar es la única postura, para ir con atención al encuentro de Dios, para no perdernos su venida. Cuatro semanas de estar despiertos, para que la venida del Señor no nos encuentre dormidos.

“El Señor ha llamado a tu ventana, pero tú, tú dormías.

No esperes a que se acabe la noche;

no esperes a terminar tus sueños.

El Señor ha llamado a tu ventana, pero tú, tú dormías” (Canción del P. Duval)

«CÓMO PREPARAR LOS CAMINOS»

306/05 Diciembre 2010

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11,1-10): *Sobre él se posará el espíritu del Señor.*

2ª lectura (Romanos 15,4-9): *Te alabaré en medio de los gentiles.*

Evangelio (Mateo 3,1-12): *Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.*

La Iglesia en Adviento mantiene con insistencia ante nuestros ojos la figura de Juan Bautista. Jesús hará el siguiente elogio de su persona: *«Él es más que un profeta; es el precursor, es el que abre el camino delante del Mesías»*. Juan se identifica con este papel y en su humildad dirá de sí mismo que es una voz, la voz que clama en el desierto: *«Preparad el camino del Señor»*.

Predicar en el desierto significa corrientemente que no te escucha nadie, porque el desierto evoca una región deshabitada, sin vida. Juan se retiró al desierto de Judá, pero también predicó en el valle del Jordán, al que no le falta agua. El desierto en la historia de Israel juega un papel importante. Los hebreos permanecieron 40 años en el desierto, llevando una vida nómada, antes de entrar en la Tierra Prometida. Allí toman conciencia de ser el pueblo de Dios y llegan a ser una nación con una religión.

Allí experimentaron la fidelidad de Dios a través del maná, del agua, de la columna que los guiaba. El desierto, por tanto, no es sólo la soledad, es también el lugar de encuentro con Dios, el lugar de la alianza. Dios viene del Sinaí a través del desierto para ayudarles. El desierto es el camino hacia la Tierra Prometida.

Siempre los profetas han amonestado al pueblo. Con Juan Bautista esta amonestación se hace más aguda. Todos tienen que convertirse, no sólo los pecadores notorios y los paganos, sino precisamente los piadosos que no creen necesitar la conversión. Todos estamos siempre dispuestos a reprender a los demás y a tener deferencia con nosotros; tentados a ver la paja en el ojo del hermano y a pasar por alto la viga en el propio ojo. No olvidemos que los fariseos eran la gente religiosa de aquel tiempo y precisamente a ellos se les dice que serán excluidos del Reino de Dios.

Nadie puede prescindir de la conversión. Atañe a cada uno y se refiere a la vida entera. La conversión afecta al hombre completo: su conducta en todo tiempo y lugar, sus pensamientos, palabras y obras. Hay que convertirse cada día.

Juan hace suyas las palabras que, Isaías, otra de las figuras que la Iglesia nos presenta en Adviento, había dirigido a los desterrados de Babilonia: *«Una voz grita: En el desierto preparad un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos –ha hablado la boca del Señor–»* (Isaías 40,3-5).

El pueblo judío está cautivo en Babilonia y aspira a regresar a su patria. Dios va a obrar esta maravilla. Del mismo modo como los liberó de Egipto y los guió a través del desierto los llevará de nuevo a la Tierra Prometida. Para venir de Mesopotamia a Palestina hay que atravesar desiertos más extensos que los de la península del Sinaí. Esta es la voz que grita en el desierto: *«Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos»*. Cuando los reyes emprendían un viaje se reparaban los caminos que solían estar en malas condiciones.

Preparad el camino del Señor es un programa de reforma en nosotros. **¿Qué son mis valles?** Como somos de fe débil, de amor vacío, de esperanza pobre, esas son las omisiones. **¿Dónde están mis montañas?** Éstas son las transgresiones, las pasiones, la concupiscencia de los ojos y de la carne, la soberbia de la vida. Nivelar las montañas del orgullo y del desprecio al prójimo, las colinas de la vanidad. **¿Y cuáles son mis caminos torcidos?** Allanemos los caminos del interés, rectificaremos los senderos tortuosos de la ambición, la insolidaridad y la envidia.

Vamos en Adviento a preparar los caminos para la venida del Señor. Nada de exquisitices espirituales. Antes, a ras de tierra, vamos a cumplir los deberes elementales de justicia y caridad. Isaías, cuya voz resuena a través de Juan Bautista, puede ser nuestro guía espiritual: *«El ayuno que yo quiero es éste –oráculo del Señor–: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todas las ataduras; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne. Entonces romperá tu luz como la aurora, en seguida te brotará la carne sana; te abrirá camino la justicia, detrás irá la gloria del Señor»* (Isaías 58,6-8).

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *¿Qué es lo que has hecho?*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Aquí está la esclava del Señora.*

Una de las mejores preparaciones para la Navidad es la meditación del relato de la Anunciación. Gabriel habla solemnemente, como corresponde a un arcángel, de la relación de Dios con María: **«Salve, llena de gracia. El Señor está contigo»** (Lucas 1,28). La Iglesia se prepara en Adviento para la venida del Salvador. Para esta preparación encuentra un modelo en la Virgen.

Estaba prefijado en los planes de Dios que el Hijo acampase entre nosotros, en la tierra, y como verdadero hombre, siguiera las leyes de la naturaleza humana naciendo de una mujer. Dios ha cuidado de que el templo donde el Hijo de Dios había de habitar durante nueve meses fuera un recinto santo. La preparación de la Madre de Dios para la venida de Cristo tuvo un doble aspecto, por una parte lo que Dios hizo; por otra, lo que hizo María.

- **¿Qué ha hecho Dios para preparar una digna morada a su Hijo?** Dios ha creado a María inmaculada y la ha mantenido virginal en su cuerpo y en su alma.

María fue preparada por Dios para madre del Redentor por la Inmaculada Concepción. Preservación del pecado habitual. María no conoció la culpa original. Fue preservada de la concupiscencia, de las tristes y lamentables rebeliones de la carne y finalmente fue preservada del pecado actual. Viviendo en un mundo de pecado, la tocó ciertamente el dolor del mundo, pero no su maldad.

- **¿Cómo se ha preparado María a la venida de Cristo?** Por su entrega a la voluntad de Dios, por su amor al prójimo y por su sufrimiento.

También María debía colaborar en esta preparación del templo. Lo hizo en primer lugar por su entrega a la voluntad de Dios. Tratemos de imaginarnos la situación de María. Nos aparece como una muchacha insignificante de un pequeño lugar, Nazaret, que es elegida por Dios para llegar a ser la madre de su Hijo.

Acepta la elección, sin plantear exigencias, sin poner limitaciones, sin hacer preguntas de futuro. Dice un “sí” y acepta humilde y consecuentemente la vocación que será de la mayor importancia para todos los hombres. Detrás de ese acuerdo está el “sí” a una tarea que llena la vida, una tarea de fe y confianza en el amor y la promesa de Dios. Precisamente por su “sí” claro, decidido, María nos señaló, y nos sigue señalando constantemente la ruta que conduce a Dios. Cuando concibió a su Hijo el amor le impulsó a llevarlo en seguida a los hombres. **«María se puso en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel»** (Lucas 1,39-40), permaneció allí tres meses en el ejercicio de las obras del amor.

Finalmente, en esta preparación hay que añadir todavía el sufrimiento. La elección a poder ser madre del Hijo de Dios, no fue siempre una bendición y un gozo, sino a menudo fue sufrimiento, angustia y sacrificio. Todo ello exigió una fe y un amor que en el fondo superan las medidas humanas. La leyenda nos cuenta que el Señor dejó impresa su cabeza llena de sangre y de heridas en el paño de la Verónica. Esta leyenda tiene un sentido profundo: la tarea de la mujer es conservar en cada momento todo sufrimiento con un corazón compasivo. Si alguna mujer ha cumplido esta tarea ha sido sobre todo su madre. El dolor de la mujer no es tanto su propio dolor cuanto la compasión. Si hablamos de la Mater Dolorosa, es necesario en primer lugar mostrar al Redentor.

Esta preparación de María para la llegada de Cristo es un ejemplo para todos nosotros. También nosotros nos preparamos para la venida de Cristo por la gracia y también nosotros queremos adornar nuestro corazón para esa venida mediante la entrega a la voluntad de Dios, el amor al prójimo y la aceptación de la cruz.

Cuando María dice: **«Hágase en mí según tu palabra»** Este **«Hágase»** es el hecho más importante de la historia. **«Hágase»** es a la vez disposición pasiva y un **“SÍ”** activo. **«Hágase»** no es aquí un júbilo exultante, sino sencillamente un **“SÍ”** a la voluntad de Dios que se ha conocido claramente. Lo que es determinante para María no son sus ilusiones, sus deseos, sus planes, su voluntad, ni los deseos o la voluntad de los hombres, sino sólo la voluntad y la Palabra del Señor.

Imitemos a la Virgen y animémonos a dar un “sí” claro, sin condiciones, a la voluntad divina: **«Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»**

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35,1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

2ª lectura (Santiago 5,7-10): *Tened paciencia también vosotros.*

Evangelio (Mateo 11,2-11): *Id y anunciad a Juan lo que estáis viendo.*

Saludemos con satisfacción a este tercer domingo de Adviento, *Domingo Gaudete*, que pone como lema y punto nuclear a la alegría.

Hay una *alegría barata*, que tiene precio en los mercados; hay una *alegría conquistada*, la del que corona una cima, el que culmina una empresa o quien concluye una etapa; hay una *alegría cultivada*, que brota de muy dentro, la de la amistad, la del amor. Y hay una *alegría regalada*, gratuita, secreta, profunda, compasiva, respetuosa, abierta, contagiosa, solidaria, compartida, inagotable. Su fuente es don del Espíritu. Viene de Dios.

A un pueblo, en el destierro, que se creía dejado de la mano de Dios, Isaías le anuncia la visita del Señor y con él el cumplimiento de todos sus sueños: liberación del opresor, repatriación de los exilados y recuperación de su tierra y su historia. Y aún más, el Señor colma todas sus aspiraciones con desbordante generosidad respondiendo a todas sus necesidades, las enfermedades, las limitaciones, los sufrimientos, las penas. Y, dándoles ánimos, les invita a trabajar, manos a la obra, coraje para la tarea, ánimo para no desfallecer. Porque el Señor viene, pero no para desplazarnos, sino para emplazarnos y comprometernos en sus designios.

Es el mismo mensaje que retoma y nos propone Jesús, para que no dudemos de su palabra y asumamos, con el mayor empeño, la nueva tarea, siguiendo su ejemplo. En esa esperanza nos sentimos como en ascuas, acuciados y apremiados por la urgencia de la salvación. Porque el retorno del Señor, por lento que nos parezca que pasa el tiempo, es inminente, cuestión de un abrir y cerrar de ojos.

Jesús ya ha venido. Dentro de unos días vamos a celebrar la Natividad del Señor. Pero la tarea iniciada por él y confiada a su Iglesia, debe llegar al mundo entero para que se cumpla la voluntad de Dios, para que venga su reino, para que se consuma la obra de salvación, cuando el Señor vuelva. Entre esas dos venidas del Señor está el tiempo de nuestra responsabilidad, nuestra vida y la de la Iglesia.

Nuestra tarea, como nos dice Juan, es parecida a la del labrador, que espera paciente el agua y el sol para recoger la cosecha, pero antes ha puesto todo su empeño en seleccionar y sembrar la buena semilla. Esperamos el reino de Dios, el cielo nuevo, pero esperamos también la tierra nueva, y ese es el reto y la tarea: un mundo nuevo, sin desigualdades, sin miseria, sin hambre, sin injusticias, sin sufrimientos, sin muerte. Eso es lo que tenemos que hacer y lo que podemos hacer, si nos empeñamos. Su primera venida es un buen impulso de arranque, su retorno es el aliento de nuestra esperanza.

La alegría tiene que ver con la esperanza, virtud dominante en este periodo prenavideño. Si falta la esperanza, todo se hace insoportable, todo se convierte en castigo y maldición. Sin esperanza la vida es gris. El tiempo es cansino, los días están vacíos. Sin esperanza nada vale la pena. ¿Para qué luchar si te sabes condenado al fracaso? ¿Para qué entusiasmarse si sabes que tu destino es contrario? ¿Para qué competir si sabes que no vas a ganar? Conciénciate de que nadie te quiere, de que no sirves para nada y terminarás considerándote como un aborto o un estorbo repugnante.

Pero la esperanza es "*dichosa*" y llena toda la vida de color. Decidme si no rebosará de alegría el enfermo que recibe un pronóstico favorable, el encarcelado que recibe una amnistía, la mujer que empieza a saberse madre, la amada o el amado que espera la visita de su amor. ¿Cómo será la alegría de la criatura a quien anuncian que el mismo Dios viene a visitarla?

Si viene Dios, el mundo se estremece de alegría. Viene Jesús, que es buena noticia para todos, *especialmente para los pobres*, y la tierra se pone de puntillas. **¡Sí, viene Jesús a salvarnos!** Que se alegren los hambrientos, porque viene con panes en abundancia. Que se alegren los leprosos y llagados, porque trae buenas medicinas y muchas vendas. Que se alegren los oprimidos y los cautivos, porque él romperá las cadenas y pagará el rescate. Que se alegren los agobiados y los que se doblan, porque les quitará las cargas y los levantará en dignidad. Que se alegren los ciegos, porque él los iluminará. Que se alegren los pecadores, porque él les regalará el perdón y la gracia.

Pero no hablemos en plural. Alégrate, porque Dios te ama en Jesucristo, te perdona y te cura, te salva de tu miseria, de tu sin-sentido. Viene a llenarte de sol, a afirmar tu valor y tu vocación. Viene a regalarte fermento y semilla. Viene a vestirte de Dios.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 7,10-14): ...no quiero tentar al Señor.

2ª lectura (Romanos 1,1-7): Por él hemos recibido este don y esta misión.

Evangelio (Mateo 1,18-24): y le pondrás por nombre Emmanuel.

Faltan seis días para la Navidad, Dejemos a un lado el agobio de los reclamos “navideños”, que nada tiene que ver con el misterio. La verdadera alegría del nacimiento no se parece en nada a las juergas y comilonas que preparamos. Las señales se cumplen. **¿Están las lámparas encendidas?** El tiempo llega a su plenitud, la Virgen dará a luz a su hijo. **¡Viene el Rey de la gloria!**

Muchos portales de Belén en nuestras parroquias, en nuestras casas y en nuestro corazón, abrirán su puerta para acoger a un niño nacido de una joven y sencilla mujer, que nueve meses antes había dicho “**SÍ**” a la llamada de Dios. El que nace es Jesucristo, nuestro Señor.

La noticia se anuncia como **«buena noticia»**, una gran alegría para todo el pueblo, que se hará esperanza cumplida y definitiva cuando este Señor que ahora nace resucite de entre los muertos. Toda una vida humana, que es la vida de Dios entre los hombres, discurrirá entre el pesebre y la cruz y resurrección. Es un camino que también se ofrece a cada uno de nosotros.

Estamos ya a las puertas del acontecimiento que inicia estos misterios de Dios y del hombre, y que nosotros hemos ido preparando en estas semanas de Adviento, desde aquella llamada **«¡Estad preparados!»** que nos hacía el primer domingo: **«Preparad el camino del Señor»**.

María dijo “**SÍ**” a la propuesta del ángel, mensajero divino, y **«la fuerza del Altísimo la cubrió con su sombra»**. María está encinta. La atención se centra hoy en la figura de José, esposo de María, hombre justo, que no quiere denunciar a María. En realidad “*lo justo*” sería obedecer la ley de Moisés, según la cual María habría sido juzgada como adúltera y lapidada. Sin embargo, la justicia de José está más cerca de un Dios que ama sobre todo la misericordia que la concepción legalista que tenían muchos judíos de su tiempo.

Jesús habrá tenido en José un buen maestro cuando ya de mayor, otros legalistas, que los hay siempre, lleven ante él a una mujer sorprendida en adulterio. Pero la misericordia triunfa sobre el juicio.

José, al que el relato llama **«hijo de David»**, es el que hace que Jesús nazca de la casa de David, cumpliendo así las Escrituras. Jesús entra a formar parte del linaje de Abrahán y de David al ser adoptado como hijo por José y por la obediencia de éste al plan de Dios. El ángel pide a José que reciba a María en su casa, porque lo que hay en ella es santo: **«viene del Espíritu Santo»**. Y quiere Dios que sea él, José, quien ponga nombre al niño: **«Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados»**. Por esta imposición del nombre, José, Hijo de David, recibe a Jesús como su hijo y le incorpora a su casa y a su linaje.

Toda esta relación de Dios con José acontece en sueños y José obedece. En sueños, José recibe el mensaje de Dios; hasta en cuatro ocasiones recibe José “*en sueños*” la voz y la orden de Dios, y despertado del sueño, José cumple lo que Dios le manda. En la Biblia, Dios obra “*en sueños*” con muchos personajes.

En el sueño, el hombre no se pertenece, está totalmente desprotegido, y sólo Dios obra. En sueños el hombre no se puede resistir. El sueño es pasividad, es impotencia. En el sueño “*no vemos*” y, sólo cuando “*no vemos*” es posible abrirse a otra visión más profunda. Cuando el hombre no puede ver, entonces se manifiesta Dios. Es el momento en que el hombre comprenderá los signos de Dios, pero en la fe, y José verá en su esposa embarazada el signo de la presencia de Dios, que por la fe actuará también en su vida, en su decisión de tomar parte en la historia de Dios.

Meditemos, por fin, en un último dato del texto evangélico proclamado: el que nace es **«Emmanuel, Dios-con-nosotros»**. Mateo, recoge la expresión del profeta Isaías, que hemos leído en la primera lectura. Dios viene a quedarse con nosotros, y ya para siempre. Ése es Jesús, nuestro Señor, al que hacemos sacramentalmente presente, cuando nos reunimos en su nombre para escuchar su Palabra; traerlo a su mesa, que es nuestra mesa; comulgar su vida entregada, y comulgar entre nosotros para el servicio del mundo.

Nada podía entenderse de este misterio si juzgamos racionalmente. Nuestra razón no entiende nada. Estos movimientos divinos están motivados y animados por una fuerza inmensamente apasionada, que es el amor: **«Tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo unigénito»**. Parecería una fuerza ciega, pero nada más lúcido que el amor, porque es lo que crea y lo que salva.

El Rey de la gloria podía venir haciendo una entrada majestuosa, verdaderamente gloriosa, bajando del cielo espectacularmente, apabullando e imponiendo su ley. Pero no, viene como con miedo, viene llamando primero a la puerta y pidiendo permiso para entrar.

La puerta elegida es la de una joven nazarena que vive trabajadora e ilusionada, pensando siempre en Dios y mucho también en José, su esposo. Dios, que quería venir a salvar el mundo, pide su consentimiento para aterrizar en sus entrañas. Y María, iluminada por el Espíritu, al ángel de Dios, dijo “**SÍ**”.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *¡Qué hermosos los pies del mensajero!*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Yo seré para él un padre y él para mí un hijo.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *La luz verdadera que alumbra a todo hombre.*

Que difícil se hace caminar sin una luz que nos indique el camino a seguir. En la oscuridad de la noche, en medio de cualquier descampado o en mitad de la selva, destaca cualquier llamita. No es difícil ver una vela encendida a unos metros del camino. Esa luz, sin más, es signo de compañía y presencia. Son indicios de que allí hay una casa y personas que te acogen. Cuánto se agradece tener pequeñas luces que nos ayuden a caminar y orientarnos en las oscuridades de cada día. Que difícil se hace caminar sin una luz que nos indique el camino a seguir.

«*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande*». Y esa luz era un niño que nació en un establo, que se llamó Jesús, que era Hijo de Dios y vino a nuestro mundo. El mundo entero es un gran establo en el que Dios nace. Sólo hace falta abrir los ojos para descubrir su nacimiento, aguzar los oídos a su Palabra y tender las manos para acogerle.

Celebrar la Navidad es contemplar la pequeñez de un bebé que acaba de nacer y, al mismo tiempo, hincar nuestras rodillas ante el mismo Dios que se ha metido radicalmente en nuestro mundo como uno más de nosotros. En Jesús se unen la grandeza del abajamiento y la fragilidad de un proyecto universal, para todos.

La Palabra de Dios es creación, novedad, reino, felicidad, justicia, amor y paz. Jesús es la Palabra, la luz que llega para iluminar nuestra vida. Un bebé necesitado es el signo de un mundo nuevo y renovado. **¡Qué contradicción!** Así es Dios: creador, respetuoso y confiado. Nace sin estridencias, sin pancartas ni grandes campañas publicitarias, sin imposiciones. La Palabra de Dios hecha vida en Jesús ha acampado entre nosotros y sigue impregnando a la humanidad y la vida de quien se acerca a Él.

Jesús es la Palabra, pero Dios tiene otras muchas palabras. Son las historias de sus hijos que, como Juan Bautista, anuncian y son testimonio de la luz. Cada día seguimos escuchando anuncios que nos llenan de esperanza. Esperamos la paz en todo el mundo, pero tarda en llegar. ¡Ojalá la tuviésemos ya! Ante los frecuentes anuncios de muerte y dolor tenemos que abrir los oídos a las noticias que nos llenan de esperanza. Son signos y anticipo de un mundo nuevo, aunque parezcan pequeñas como el nacimiento de un niño en la oscuridad de un establo.

No hay más que abrir los ojos para ver personas comprometidas por la paz y la justicia en todo el mundo y también en nuestro entorno cercano. Un anuncio de esperanza son las iniciativas por la defensa de la naturaleza. Otro signo de presencia de Dios es el compromiso por los desvalidos y la construcción de sociedades justas. Son palabras de Dios encarnadas en historias de hombres y mujeres ante las que tenemos que estar atentos, pues ellos, son hoy, mensajeros de paz y luz de Dios.

Sabemos que la última palabra la tiene Dios, que Él hace triunfar la justicia y devuelve a toda persona su dignidad. Los profetas de ayer y de hoy nos lo recuerdan y nos invitan a que todos anunciemos la Buena Noticia con palabras y con obras. En un día como hoy nos cuestionamos por cuál es nuestra palabra, aquella que da sentido a nuestra vida.

La Navidad es mucho más que unos días de fiesta y turrón. Es un acontecimiento de entrega que nos hace cuestionarnos sobre lo central de nuestra existencia. La vida de toda persona se articula en torno a unas pocas palabras. Para algunos la palabra que le da sentido es “dinero”; para otros, “poder” o “apariencia”, pero también son muchos los que centran su vida en palabras como “entrega” y “justicia”. Hay quienes encuentran todo el sentido en “familia” y otros en “amistad”. Dios encontró la palabra “AMOR”. Hay palabras que siempre remiten a Dios: “prójimo”, “hermano”, “necesitado”, “comunidad”, “paz”, “luz”, “perdón”, “encuentro”, “felicidad”, “misericordia”..., “VIDA”.

Cada cristiano y toda la Iglesia es «*testigo de la luz*», estamos llamados a ser como esas lucecitas que, en medio de la oscuridad, nos ayudan a descubrir a Dios, a comprender qué es la Navidad y a vivir desde los valores del Evangelio. No podemos andar en tinieblas, con medias tintas. Hay gestos y actitudes que pueden ocultar «*la luz que alumbra a todo hombre*». Vivir la Navidad es anunciar a todos, con obras y palabras, que **¡Dios ha nacido!**

La primera Navidad fue a la intemperie, en la calle, lejos de comodidades y hogares calientes. Nuestra celebración no puede quedar encerrada en la Iglesia o en el interior de nuestras casas. Seamos signo de Navidad en nuestro trabajo, en nuestro entorno familiar, en nuestro barrio, pueblo o ciudad. Luz para todos aquellos que se encuentren o se crucen con nosotros. Dios sigue y seguirá naciendo en la calle.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3,2-7.14-17a): *No lo abandones, aunque flaquee su mente.*

2ª lectura (Colosenses 3,12-21): *...haced vosotros lo mismo.*

Evangelio (Mateo 2,13-15.19-23): *Y se estableció en un pueblo llamado Nazaret.*

Alguien ha dicho que la familia ha de cambiar al mundo. Esta afirmación se apoya en que el mundo no puede cambiar, si no cambiamos las personas; un mundo nuevo precisa como fundamento un **“hombre nuevo”** y aquí es donde radica hoy el problema de fondo.

Ahora bien, en la creación de este **“hombre nuevo”** el papel de la familia es insustituible y totalmente necesario. Pues la familia, como grupo primario, desempeña un papel imprescindible en el desarrollo de las personas, al dar satisfacción afectiva, totalmente necesaria para el crecimiento humano

En la familia se percibe a la persona tal como es. Se le quiere por ella misma, adquiere identidad. En la familia se aprende por experiencia que toda persona es inmensamente valiosa y digna, pues lo que en realidad da dignidad y valor es el amor.

Hagamos frente a la cultura de la muerte que predomina en nuestro mundo: la técnica va sustituyendo a las personas; las cosas y los intereses se están imponiendo y se reprimen las relaciones altruistas y gratuitas; la persona, como persona, apenas cuenta, lo que cuenta en realidad son sus cosas, sus obras, su utilidad, su poder e influjo. De ahí la crisis profunda cuando dejamos de ser útiles.

Frente a esta cultura, en el espíritu de familia se prioriza la persona y la vida. Tenemos necesidad de que se nos quiera, se nos acepte, se nos valore, no por lo que tenemos y hacemos, sino por lo que somos. Si desaparece todo esto, a la persona no se la muestra como es en realidad, sino como a un marginado. En este tipo de marginación estamos incluidos todos.

Diciendo que se debe vivir otra realidad nueva y con otros valores, no sólo se denuncia, sino que se presenta otra alternativa, mediante el compromiso con la verdad y la veracidad. Capacitemos para ello el espíritu crítico y de discernimiento que nos lleve a conocer los mecanismos que están configurando nuestro mundo; desenmascaremos las mentiras camufladas; promoviendo lo que falta a la Globalización para que sea humana: frente a la lógica del mercado, el calor de **“hogar”**; frente a la ideología del conquistador y de la mano que agarra todo para poseerlo, la mano que acaricia y el abrazo que comparte e integra; frente a la indiferencia e insensibilidad, la ética del cuidado, el compromiso y la preocupación por los demás.

Cierto que este perfil de familia aparece ante el mundo como un sueño utópico y en la actualidad encuentra graves y poderosas dificultades y obstáculos de una forma sutilmente camuflados, ya que choca con los intereses de los privilegiados, de los grandes estados, de un occidente rico, de las grandes potencias económicas, que de una forma sutil intentan imponer otro modelo de familia, que no cuestione, sino que apoye su sistema; también sería negativo que algunos de Iglesia quieran imponer el modelo de familia que favorezca a sus intereses ideológicos o institucionales.

Como le sucede a miles y miles de familias, la Sagrada Familia también tuvo sus problemas, la vida no le fue fácil. Según el evangelio de Mateo, los signos que acompañaron a Jesús, el nuevo Moisés, y con Él a María y José, fueron dramáticos: nace fuera de su casa, no es aceptado en Belén, es perseguido por Herodes, huye a un país extranjero, vive como refugiado.

¿Cómo no acordarse de tantos y tantos niños y familias que sufren la marginación y la exclusión? Por eso, la Sagrada Familia aparece como modelo, no porque no tuviera problemas, sino por cómo se situó ante ellos y los afrontó desde la fe, meditándolos desde la Palabra de Dios.

Ahora bien, la Sagrada Familia no sólo se nos muestra como modelo, sino que nos hace caer en la cuenta que toda familia, como comunidad de vida y de amor, es sagrada y se nos muestra como **“luz”** y **“respuesta”** a unas necesidades vitales, reprimidas, pero sentidas.

Así es, en nuestro mundo tan reseco tenemos necesidad de un **“oasis”**, donde podernos refrescar, saciar nuestra sed, encontrar descanso, alivio, consuelo, ser sanados: la familia está llamada a desempeñar esta función, ser una gran energía liberadora de vida para la persona y fuerza transformadora de nuestra sociedad mediante el ejercicio de estas potencialidades. Sigamos pues, el ejemplo que la Sagrada Familia nos da.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *El Señor se fije en ti y te conceda la paz.*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Así que ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *María escuchaba, meditando en su corazón.*

¡Feliz año nuevo! Que el amor de Dios llene vuestro corazón y derrame sobre vosotros su paz. En este día primero del año nos deseamos los creyentes, unos a otros, que la bendición de Dios nos acompañe un año más. Porque ése es el deseo de Dios a su pueblo, expresado en la fórmula que la Palabra de Dios ha recogido en la primera lectura. Dios hace descender sobre los israelitas su bendición: **«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz».**

Un gran santo, Francisco de Asís, la asumió para sí y para sus compañeros, y los franciscanos la divulgaron por todo el mundo como la *“bendición de san Francisco”*, y hoy la recogemos con fervor también nosotros. Es verdad, el Señor nos bendice y nos concede su paz. A nosotros nos toca extenderla por todas nuestras actividades y relaciones con el mundo, y en la sociedad más próxima a nosotros, y en la Iglesia, y en las Religiones, en un verdadero y respetuoso ecumenismo universal.

En esta jornada, la Iglesia celebra la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. Es la fiesta de la madre de Jesús, de nuestra madre. Fiesta que habla, de hijos y de fraternidad, desde el corazón de la madre. Porque es deseo de una madre ver a sus hijos vivir unidos en el amor con que, a todos ellos, los trajo a la vida. Y cuando el amor fraterno se rompe, el corazón de la madre queda herido. Un corazón, el de María, que sabía conservar todas las cosas que los sencillos decían de su Hijo, y que ella meditaba en su corazón.

Toda su vida fue meditación de cada una de las palabras y de los pasos de su amado hijo, desde el pesebre hasta la cruz, con la ternura con la que las madres seguís los pasos de los hijos, desde nuestros primeros titubeos, hasta que nos veis, ya adultos, luchando con la vida, y nuestros gozos son los vuestros y nuestras tristezas os entristecen.

En esta mujer, María, se encarnó Jesús en la historia: **«nacido de una mujer»**. La mujer, en la que es sembrada la vida. Una vida que hoy está con frecuencia amenazada de muerte, por el aborto y la violencia del terrorismo y de la guerra. Una mujer perseguida por el hambre y la pobreza, la vejación y la miseria, marginada y excluida. Una mujer acosada por la violencia del varón en este mundo que a sí mismo se llama *“civilizado”*. Hacia ellas va también hoy nuestro corazón y nuestra plegaria.

También, en este día, vuelven a sonar en la Iglesia cantos y mensajes de paz. La paz es un don de Dios: **«Mi paz os dejo, mi paz os doy. No os la doy como la da el mundo»**, nos ha dicho Jesús. El papa Juan XXIII nos recordó en su encíclica *“Pacem in terris”*: **«La Paz se construye sobre la Verdad, la Solidaridad, la Justicia y la Libertad, y que sin ellas la paz es una palabra vacía de contenido»**. Y aquí, está nuestra tarea: hacer que nuestro mundo y las relaciones humanas se vayan cimentando sobre estos valores.

Estamos delante de una de las enseñanzas más profundas de la Doctrina Social de la Iglesia. Si no hay justicia en las relaciones entre los hombres y entre los pueblos, no puede haber paz. Y el que siembra justicia, está sembrando la paz. **«¡Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia..., dichosos los que trabajan por la paz!»** Ellos son, en verdad, hijos de Dios. Y lo mismo hay que decir de la verdad, la solidaridad y la libertad. Necesitamos vocaciones de hombres y mujeres, niños y ancianos, casados y solteros, que quieran trabajar por construir la paz en ellos y en el mundo. Así haremos de cada año, un Año Nuevo y Feliz.

«Que el Señor te bendiga y te proteja...». Necesitamos que Dios nos bendiga, que nos diga bien, que diga bien nuestro nombre. Su palabra es creadora y vivificadora. Si Él dice mi nombre, me crea; si repite mi nombre, me renueva; y cada vez que dice mi nombre, me enriquece con sus dones. Siempre que Él dice mi nombre, lo pronuncia con su amor misericordioso, es miel en sus labios. Pronuncia antes mi nombre con su corazón que con su boca. Necesitamos que Dios nos *mire bien*, que se fije en nosotros y nos *sonría*, que se *ilumine su rostro* cada vez que nos vea —es un decir— con su mirada que es limpia, penetrante y pacificadora —*y te conceda la paz*—. Los ojos de Dios no son inquisidores —*mira que te mira Dios*—, sino acariciantes y protectores. Si tú te sientes mirado por Dios, no temas. Si te sientes mirado por Dios, es por el amor que te tiene. Necesitamos que Dios nos lleve en las palmas de sus manos: **«Nadie puede arrebatarlas de las manos de mi Padre»** (Juan 10,29). En sus manos delicadas y fuertes estamos seguros.

«Nos bendice el Señor nuestro Dios». Que podemos hacer sino darle gracias, alabándole, ensalzándole y rezando con los salmos: **«Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme»** (16,8); **«Él te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás; su brazo es escudo y armadura»** (90,4); **«El Señor guarda tu alma, el Señor guarda tus entradas y salidas ahora y por siempre»** (120, 7-8). Y así, caminando en la voluntad del Señor, será hermoso y feliz para ti y para mí, este nuevo año.

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24,1-2.8-12): *Y será bendita entre los benditos.*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.15-18): *Él nos eligió, antes de la creación del mundo.*

Evangelio (Juan 1,1-14): *Al mundo vino y en el mundo estaba.*

Es difícil explicar al mundo actual el asombroso y sobrecogedor misterio de la Navidad: **La encarnación del Verbo de Dios**. San Juan, al hablar de la encarnación sigue un camino muy distinto del evangelista san Lucas, se adentra en las entrañas mismas del misterio de Dios. «*En el principio existía la Palabra*», es decir, la comunicación y autodonación de Dios. Esa misma Palabra puso en marcha la creación, y nosotros mismos somos fruto de dicha Palabra.

Pues bien, esta «*Palabra se ha hecho carne*», esto es, se ha hecho pequeñez y fragilidad, miseria humana, y «*ha acampado entre nosotros*». Y el evangelista continúa diciendo: en este abajarse de Dios hasta nuestra miseria humana hemos visto nada menos que «*la gloria de Dios*», su mayor forma de presencia en la historia. *Ahí y no en otra parte*. Éste es el núcleo fundamental de la Navidad, que estamos celebrando.

«*Vino a su casa y los suyos no le recibieron*». Éste fue el gran drama; Jesús fue rechazado por los suyos en Belén, fue rechazado en Nazaret, fue rechazado en Jerusalén. Pero ésta es también nuestra situación. La Palabra se sigue encarnando en los hombres. Así podemos escuchar a Dios en la carne dolorida del enfermo, en la carne desfigurada del hambriento, en la carne sin fuerzas del anciano, en la carne llena de promesas del niño, en la carne cariñosa de la madre, en la carne cercana del amigo. Dios es una realidad entrañable, cercana, presente; **¿por qué no nos damos cuenta de su presencia?; ¿Por qué no la reconocemos?; ¿Cuáles pueden ser las causas que nos impiden tener una experiencia viva y transformadora de Dios en nuestra vida cotidiana, ordinaria?**

A los hombres de todos los tiempos les ha parecido absurdo, escándalo, locura difícil de creer: **¿un Dios «hecho carne», identificado con nuestra debilidad, con nuestra miseria y sufriendo nuestros problemas?** Nos imaginamos a Dios triunfal, poderoso, rico; sin embargo, Dios manifiesta su grandeza en la pequeñez de sus criaturas; su sabiduría en los sencillos; su gracia en los pecadores... Seguimos buscando a Dios arriba, en los cielos, cuando está abajo en la tierra. Seguimos buscándolo fuera, sin acogerlo con fe en nuestro interior.

Una de las grandes contradicciones de los cristianos es confesar con entusiasmo la encarnación de Dios en el seno de la Virgen María y olvidar luego que Cristo está aquí en medio de nosotros, pues después de la encarnación de Dios sólo lo podemos encontrar entre los hombres, con los hombres, en los hombres. La encarnación nos revela que Dios se nos ha presentado y sigue presentándose de manera distinta a como creemos. Esperamos grandiosidades, espectáculo..., y Dios opta y asume el tiempo de la normalidad, lo cotidiano, lo sencillo, lo rutinario, lo pobre.

Si Dios «*se ha hecho carne*», es decir, si se ha encarnado en nuestra historia, es preciso asumir nuestra vida concreta y la vida de los hombres, sobre todo de los excluidos y marginados; en ella nos encontramos con Dios. Pero, para ello es importante el talante con el que afrontamos los acontecimientos, la realidad.

La actitud de estar atentos mediante la educación de la mirada, la capacidad de fijarse y observar; eso que en espiritualidad se llama «*contemplación*», hoy nos resulta difícil, debido a las prisas, al activismo acelerado. Los problemas nos absorben y perdemos horizonte y profundidad, y como consecuencia pasa desapercibida gran parte de la riqueza de la vida, sobre todo, de la vida que no se ve.

Otro rasgo, es la capacidad para llevar un ritmo de vida equilibrado, a fin de que aflore toda esa vida del espíritu, que se encuentra secuestrada y reprimida por la religión del tener y del poder. Para ello se necesitan «*zonas verdes*» de sosiego, oasis de silencio, espacios para la reflexión personal y comunitaria.

La encarnación incluye una doble dimensión: la primera, es la **insignificancia externa**: suma pobreza y debilidad, sin relieve social, político, religioso; pues ahí se revela la «*gloria de Dios*», se hace presente el Salvador de la humanidad; y una segunda dimensión es la **riqueza y profundidad interior**. La semilla del reino va fructificando silenciosamente en María, en el corazón humilde de José, en la pobreza de los pastores, en Simeón y Ana, pobres de Yahvé, que esperan el consuelo de Israel. Cuando el misterio de Dios se encarna, se hace pobreza; cuando los grandes planes de pastoral, los proyectos e intuiciones, quieren encarnarse, se hacen pobreza; pero lo fundamental es que encierren una gran riqueza interior.

Dios quiere salvar a la humanidad no con superhombres, ni con grandiosidades, sino con hombres concretos, hechos de barro, como somos nosotros. Esta es la ley de la encarnación: gran pobreza externa y en los medios, pero que encierra una riqueza infinita. Aceptar esta ley es confiar en la vida real de los hombres y en la de cada uno, aunque sea pequeña, sencilla, pero eficaz, porque Dios se ha encarnado en ella.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz.*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo.*

Una de las dificultades que sentimos los creyentes es, decimos, que no vemos a Dios. No lo vemos, o no sabemos mirar, o no queremos reconocerlo. Porque lo cierto es que Dios se deja ver. Dice el salmista que *“los cielos se hacen lenguas de la obra de ingeniería de Dios”*, y san Pablo echaba en cara a los romanos su obstinación en no querer reconocer las obras de Dios, su huella omnipresente en la naturaleza. También a nosotros nos cuesta mirar el mundo con esa intención. Por todas partes miramos más las urbanizaciones que la naturaleza, vemos más la huella de los hombres que la de Dios.

Dios se deja ver a través de su palabra. La revelación, recogida en los libros de la Biblia, es el testimonio del ininterrumpido salir Dios al encuentro de su pueblo. Allí consta su presencia, su cercanía, su providencia, sus innumerables atenciones y muestras de amor exquisito. Y a través del pueblo de Israel, Dios se deja ver, sale al encuentro y entra en contacto con todos los pueblos, como reconoce Pablo en la carta a los efesios.

Pero Dios, que durante siglos se ha hecho el contradicho con los hombres, decidió realizarlo de forma que no dejase lugar a dudas ni vacilaciones, haciéndose hombre y poniéndose a nuestra altura, a la medida de nuestros sentidos, para que lo veamos y lo escuchemos y lo sintamos y nos cuidemos y veamos y creamos. Ése es el misterio de la Navidad, que estamos celebrando; ése el sentido de la fiesta de la epifanía que significa *“manifestación”*, porque Dios se deja ver tal cual es en Jesucristo. Pero...

HAY QUE SABER MIRAR.

¿Cuántos oyeron el canto de los ángeles anunciando el nacimiento de Jesús? Sólo los pastores que estaban en vela, trabajando, cuidando el rebaño. La mayoría estaba dormida o demasiado ocupada en sus cosas. Y no se enteraron.

¿Y cuántos vieron la estrella que vieron los Magos? Muy pocos, porque la gente ni siquiera suele mirar al cielo, y los que miran no sienten curiosidad alguna por las estrellas o sólo tratan de comprobar lo que ya saben o creen saber. Sólo unos Magos, unos interesados, entre curiosos por su afición y sorprendidos por sus conocimientos de las profecías, vieron algo que los demás no supieron o no quisieron ver. Y se sintieron interpelados, y consultaron y tomaron una decisión. Dejaron sus tierras y sus cosas y se pusieron en camino, en búsqueda. No les importó la dificultad, ni el cansancio, ni la indiferencia de aquellos a quienes preguntaban, ni siquiera la inquietud del rey Herodes que se dio por aludido ante el nacimiento del rey de los judíos.

Ellos siguieron la estrella con gozo y acabaron encontrando lo que buscaban. Porque supieron mirar sin prejuicios y ver en la humildad de un niño en el regazo de su madre nada menos que a Dios. Y eso cambió sus vidas. Por de pronto, se llenaron de alegría al reconocer a Dios y se postraron para adorarlo. Le ofrecieron sus dones, y su vida cambió para siempre. Y se fueron, no por donde habían venido sino por otro camino. Porque el que ve a Dios no puede volver a las andadas.

Y RECONOCER A DIOS.

La estrella que condujo a los Magos es la misma que nos conduce a todos nosotros, la que nos saca de nuestro ensimismamiento y nos hace descubrir al otro, a cualquier otro, a todos, y acaba por hacernos descubrir a Dios. Es la estrella que nos saca de nuestras comodidades, de nuestro bienestar, y nos hace ver al otro, al que tiene hambre, al marginado, al inmigrante legal y a los que se juegan la vida en cayucos y pateras.

Es la pregunta que nos ayuda a superar todos nuestros prejuicios y todas nuestras certezas, para encararnos con las de los demás, y juntos tratar de llegar a la verdad. Es la inquietud que anida en todos nuestros pequeños goces y nos impulsa hacia una felicidad que no se agote con facilidad.

Esa estrella es la voz de Dios que nos declara su amor, la voz de las víctimas de la injusticia que nos interpelan, la voz de los pobres que nos necesitan, la voz del hermano que se siente solo. Esa estrella es un impulso, una corazonada, una sugerencia, una ocurrencia que nos hace pensar o decir o hacer lo que ni siquiera sospechábamos. Ésa es la estrella que nos conduce, cada domingo, a celebrar la Eucaristía con los hermanos, para que en la insignificancia de un poco de pan y vino reconozcamos al Señor y seamos capaces de experimentar el inmenso amor que Dios nos tiene.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Te he tomado de la mano.*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Pasó haciendo el bien.*

Evangelio (Mateo 3,13-17): *Soy yo el que necesito que tú me bautices.*

La Iglesia existe para evangelizar y continuar la misión de Jesús. La tarea es de todos. El anuncio de la Buena Noticia se concreta en el compromiso por las personas, transformando aquellas realidades que oprimen a la humanidad. Se vive en el descubrimiento y anuncio de la persona de Jesús. Se celebra en la comunidad eclesial.

En ocasiones decimos que una persona *“ha vuelto a nacer”*, ha habido algo que le ha hecho cambiar de vida. Es un cambio que afecta a toda la persona. Resulta difícil nacer de nuevo, hay que recomponer la vida desde los nuevos valores. Los evangelios nos presentan el bautismo de Jesús como un momento decisivo: salir a la plaza pública, mostrar su compromiso por los demás y dar una respuesta a las expectativas que tenía el pueblo de Israel.

«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto» resalta la presencia de Dios que se complace en aquel que quiere cumplir su voluntad, haciendo carne el sueño de Dios de edificar un mundo nuevo desde el mensaje que transformará personas y estructuras.

Jesús se acerca a celebrar un paso y un compromiso. Realiza una acción significativa para Él y para los demás, en línea con los profetas, con Juan Bautista y con aquellos que han entregado su vida por un mundo nuevo, al estilo de Dios. Ese paso será público y decisivo. Al entender la vida desde Dios, nos hacemos cargo de su proyecto que nos acerca a la humanidad.

La predicación y la actividad de Jesús se vuelven más intensas. También comenzará a tener más dificultades con su familia, con los poderes públicos y religiosos, con las instituciones de su tiempo. No se puede nacer de nuevo y seguir igual.

El bautismo no es una cuestión de niños. Hemos vinculado el bautismo a los niños y se nos ha olvidado que vivir la fe es una cuestión de adultos. Quienes hemos recibido el bautismo en la infancia debemos ir asumiendo progresivamente su significado. Tenemos momentos de bautismo vital. Son situaciones en las que damos pasos públicos de compromiso por los demás, así hacemos vida el bautismo recibido y vamos configurando nuestra existencia desde Jesucristo, el Hijo de Dios.

Es necesario todo un proceso de maduración y de crecimiento para vivir con autenticidad el seguimiento de Jesús. En ese camino contamos con la gracia de Dios, con el testimonio de muchos que viven integralmente desde Jesús y con los pasos (más o menos grandes) que damos cada uno.

El bautismo nos hace miembros de la Iglesia. La comunidad eclesial nos acompaña y ayuda a descubrir la vocación a la que Dios nos llama, facilita que cada cristiano madure, exprese y viva su fe en medio de nuestro mundo. La Iglesia es el lugar de la celebración, la comunión y el envío.

El nuevo nacimiento nos vincula, desde Dios, con la suerte de la humanidad, especialmente con los empobrecidos. El *“siervo del Señor”* lleva *“el derecho a las naciones”*, trabaja para *“abrir los ojos de los ciegos”* y para sacar *“a los cautivos de la prisión”*. **¿Puede una madre olvidar a sus hijos? ¿Puede Dios olvidar su creación? ¿Puede una persona desentenderse de su hermano? ¡Nunca!** La mirada y el encuentro con los empobrecidos de la humanidad, convierte y transforma al seguidor de Jesús.

Son muchas las necesidades que hoy descubrimos a nuestro alrededor. Son muchas las opresiones que padecen las personas. En muchas situaciones cercanas descubrimos una llamada que nos interpela y pide de nosotros una respuesta. Quizá, en nosotros una buena réplica sería la visita a un enfermo o a un preso; también puede ser una palabra de aliento o una escucha atenta; en ocasiones será compartir un poco de nuestro tiempo, o de nuestro dinero... siempre será un abrir nuestros ojos a la necesidad, agrandar nuestro corazón y saber que **«al mismo Cristo se lo hicisteis»**. Queriendo dar respuesta a otros, somos los primeros beneficiados.

Recuperar nuestro bautismo es vivir, como adultos, el seguimiento de Jesús. Siendo, como Él, Buena Noticia para todos. Muchas pequeñas respuestas son capaces de mover montañas, transformar injusticias, hacer devolver una esperanza y crear una cultura más samaritana, más solidaria. Ser signos del Reino con acciones que concretan y anuncian la justicia de Dios.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49,3.5-6): *Tú eres mi siervo.*

2ª lectura (1ª Corintios 1,1-3): *La gracia y la paz de parte de Dios.*

Evangelio (Juan 1,29-34): *Lo he visto, y he dado testimonio de que es el Hijo de Dios.*

Como no podía ser de otra manera, los primeros domingos del tiempo ordinario nos presentan al protagonista principal de la historia de la salvación: Jesús de Nazaret, el hijo de Dios, nacido de María. En este ciclo, será el evangelio de Mateo el que nos irá ayudando a conocerlo mejor.

Ya no es Jesús un niño, como lo hemos estado viendo durante el tiempo de Navidad. Ahora es ya una persona adulta que se ha marchado de la casa paterna y ha tomado una decisión que va a marcar toda su vida: anunciar el proyecto de Dios para todas las personas. Un proyecto que es de salvación y no de condenación; un proyecto que va a suprimir dificultades no a añadir más, en el camino que conduce al encuentro con la vida de Dios.

Jesús es el cordero de Dios que carga con el pecado del mundo; es el único que hace desaparecer las barreras que separaban de su creador al hombre y a la mujer, los muros que impedían la relación entre hombres de cualquier raza y nación de sus hermanos de otros lugares de la tierra. Jesús es el que va a hacer posible lo que a todos nosotros nos parece imposible.

Ya el profeta Isaías lo había anunciado: será alguien del pueblo no de los dirigentes; será un siervo de Dios, no un siervo del poder o de su propio prestigio; será una persona entregada no una persona aprovechada.

Así, poco a poco, con sencillez irá llegando la Buena Noticia de Jesús a todos los lugares de la tierra, a todos los rincones de nuestra propia persona y a todos los ambientes en los que se mueven los seguidores de tal maestro. La salvación hasta el confín de la tierra.

No es nada fácil realizar este anuncio de salvación culminada en Jesucristo; nos cuesta empalmar con la vida del hombre de hoy. Aunque nos parezca extraño, tenemos que cambiar de tribuna, dejar el entorno del templo y realizar el anuncio en la calle, persona a persona, en la vida cotidiana de cada uno.

Para que la Buena Noticia llegue a los pobres, primeros y preferidos destinatarios del amor de Dios, hemos de estar entre ellos, realizando un servicio humilde y continuado con todas las personas de buena voluntad que viven en los ambientes donde se está jugando el futuro de la humanidad.

No sólo estamos bautizados con agua; nosotros, como Jesús de Nazaret, hemos recibido el Espíritu de Dios para **«proclamar la Buena Noticia a los pobres, para devolver la vista a los ciegos, para ayudar a andar a los cojos, para liberar a los esclavos y anunciar el tiempo de gracia del Señor»**. Así lo anunció Isaías, así lo actualizó Jesús en la sinagoga y así lo hemos de continuar desarrollando los seguidores del crucificado resucitado.

En muchos lugares de la vieja cristiandad seguimos llenando libros, ahora programas de ordenador, con nombres y más nombres de niños bautizados y de jóvenes confirmados. A muchos de ellos sabemos que hay posibilidades de que no los volvamos a encontrar en una comunidad de creyentes.

El motivo no es que se hayan marchado por una decisión pensada y libre, no; más bien es que nunca llegaron a pertenecer a una comunidad cristiana, quizá porque sus padres tampoco lo hicieron. Fueron bautizados y confirmados por mimetismo social o por repetición de lo que hicieron con ellos, pero no son educados en la fe por sus padres, como los abuelos hicieron con ellos.

La religiosidad de este tiempo que nos toca vivir, y construir, ha quedado reducida a momentos puntuales; fomentados muchas veces por la necesidad de salir de la vida rutinaria, y aprovechados por la sociedad de la diversión y el consumo.

A tiempos nuevos deberíamos pensar y aplicar fórmulas nuevas; y, puesto que poseemos nuevas tecnologías de la comunicación, también fomentar con ellas las posibilidades de embarcarnos en esa forma de llegar a las personas que trabajan y juegan con ellas a todas horas y todos los días.

La nueva evangelización ha de hacerse con obras y con palabras, es decir, con hechos visibles y sencillos que sean buenas noticias para aquellos que están necesitados de dar sentido humano a sus vidas.

Debemos invocar el nombre de Jesús desde la vida de cada día y con alegría y con esperanza, como hacen los que creen y celebran los que viven en pequeñas comunidades; y no sólo desde las liturgias en los templos, a los que cada vez acuden menos bautizados, por encontrarlas repetitivas y sin la alegría necesaria.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 8,23b-9,5): *Acreciste la alegría, aumentaste el gozo.*

2ª lectura (1ª Corintios 1,10-13.17): *Estad bien unidos con un mismo pensar y sentir.*

Evangelio (Mateo 4,12-23): *Venid y seguidme, os haré pescadores de hombres.*

Al comenzar a leer el evangelio de Mateo, cuyo texto es el que la liturgia nos presenta este año para que lo vayamos proclamando, leyendo, pensando y meditando en nuestra intimidad, en comunidad o en grupos, hemos de conocer un poco al autor, con su carácter, de marcado sentido del humor, negro e irónico, lleno de cariño a su pueblo, pero desgarrado por el desprecio que su pueblo reservó a Jesús y a su mensaje, con lo que perdía la gran oportunidad de tener un referente lleno de esperanza para la vida y de amor solidario para la convivencia.

Se empeña en resaltar a las personas y lugares que, siendo lejanos a la homogeneidad y uniformidad religiosa de su pueblo, estuvieron en mejores condiciones para abrir sus oídos y su corazón al mensaje de Jesús, que no era extraño al pensamiento religioso judío pero sí que era novedoso.

Por eso el evangelio que proclamamos hoy tiene una serie de nombres y referencias toponímicas que encierran esa punta de humor lleno de ironía: *«País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro del Jordán, Galilea de los gentiles»*, tierra de alejados, poco practicantes, no atrincherados en posturas beligerantes ni pertrechados en armaduras defensivas que pueden dar protección pero impiden la movilidad y la flexibilidad de quien debe estar siempre abierto a la relación.

Entre estas gentes es donde Jesús encuentra sus primeros colaboradores. Personas de extracción nada clerical, de costumbres poco piadosas y de sensibilidad despierta para captar “algo” profundo en el interior de las personas y en el fondo de los acontecimientos.

Como representante del antiguo mundo que ya parecía agotado y, por lo tanto, necesitado de algo nuevo, aparece en primer lugar Juan, el Bautista, el hombre de la exigencia, el representante del antiguo espíritu religioso, insatisfecho del presente, llamando a un cambio no de estructuras ni de costumbres, sino de personas, de intimidad, de corazón, para que se inaugure un mundo nuevo que tiene que venir por la imposibilidad de aguantar más con el antiguo.

Él, que representa mejor que nadie el pasado de su pueblo, expresa, mejor que nadie también, el presente acabado y anímicamente agotado de una comunidad que ya sólo puede esperar que ocurra algo radicalmente nuevo, dirigido por alguien que todos esperan como agua de mayo.

Jesús comienza su actividad invitando también a la conversión y reclutando un voluntariado nuevo que simbolice ese mundo, también nuevo, que quiere iniciar para esperanza viva y firme de los necesitados. Confía su mensaje a personas procedentes de los oficios más diversos.

Quiere de ellos decisión y entusiasmo, sensibilidad humana y capacidad de ternura, compasión y comprensión para entender las dolencias y enfermedades del pueblo sin escandalizarse hipócritamente y sin hacerse representantes de la ley sino del amor y la ternura de Dios.

Encontró personas que respondieron afirmativamente y le ayudaron, una vez que nos dejó, a llevar la Buena Noticia a todas las partes del mundo. Se contagiaron del entusiasmo de Jesús por un mensaje tan vital e importante para todos los que se ven privados de futuro, horizonte y esperanza.

Para que el proyecto se mantenga vivo y sea capaz de ilusionar a las personas que lo encuentran, Jesús sigue haciendo que su palabra resuene en el corazón de algunas personas que se sienten con la fuerza necesaria para llevarlo adelante.

Lo mismo que hicieron los discípulos cuando Jesús les llamó, que dejaron todo y le siguieron, hemos de hacer los que pretendemos ser sus seguidores hoy. Debemos priorizar en nuestra vida cotidiana todo aquello que tenga que ver con el proyecto de Reino de Dios: la verdad, la justicia, la solidaridad y la igualdad de todas las personas, especialmente con los más desfavorecidos.

La respuesta que demos a Jesús ha de ser personal, libre y responsable; debemos alejarnos de hacerlo por tradición familiar o por mimetismo social. Y, lo antes posible, deberemos buscar una comunidad o grupo de creyentes adultos que están viviendo habitualmente esta experiencia, la celebran y la revisan en común.

El problema hoy sigue siendo el mismo que Él encontró: buscar personas dispuestas a colaborar en esta hermosa tarea de anunciar la esperanza de Jesús a otros.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sofonías 2,3; 3,12-13): *Buscad al Señor, los humildes.*

2ª lectura (1ª Corintios 1,26-31): *El que se gloríe, que se gloríe en el Señor.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *...porque de ellos es el Reino de los Cielos.*

La primera de las Bienaventuranzas: *«Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos»*, pienso que es el antiviral que ataca a la misma raíz del mal, pues, tanto es el sufrimiento que está generando en el mundo la idolatría del dinero.

Pero es preciso que la situemos en su verdadera perspectiva. Las Bienaventuranzas no son, en primer lugar, un código de normas, ni de virtudes, sino que, Jesús nos están hablando de un Dios que es feliz, y lo es porque nos ama y nos comunica su dicha, que se nos revela no desde arriba, ni desde el poder, ni desde las riquezas, sino desde abajo.

Jesús, nos está hablando de un Dios-Padre que se abaja hasta ponerse a nuestra altura, para hablarnos desde nuestra propia naturaleza y con nuestra propia esencia, para que lo comprendamos y le amemos; nos está hablando de que Dios quiere que seamos total y completamente felices.

¡Qué felices son los pobres! Estas palabras brotaron de lo más profundo del corazón de Jesús. Son el centro de su mensaje, la gran noticia de liberación para la humanidad sumida en una profunda noche oscura provocada por la idolatría y la religión de la riqueza y del poder.

Pero, cuando Jesús habla de los pobres, no habla desde una doctrina, sino que está hablando, en primer lugar de sí mismo. Él habla desde su propia experiencia: **¡Qué dichosos, qué felices, qué bienaventurados son los pobres!** Ésta fue la gran experiencia mística de Jesús. Y ésta fue toda una línea bíblica desde Abraham, Moisés y los profetas, hasta la de Pablo que exclamó: *«Cuando soy débil, entonces soy fuerte»* (2 Corintios 12,10); así como la de Francisco de Asís: *«Cómo amaba a la Dama Pobreza. ¡Qué gozo experimentaba en su dulce compañía!»*; la de Vicente de Paúl: *«Los pobres son nuestros amos y señores»*; *«Id al pobre y encontrareis a Dios»*; la de Teresa de Calcuta: *«Dar hasta que duela y cuando duela dar todavía más»* y la de tantos y tantos otros; pero sobre todos la de María: *«He aquí la esclava del Señor; ... ha mirado la humillación de su sierva»*.

El camino de la pobreza no es la razón; querer demostrar que lo es, es un intento inútil. Es como pretender razonar y explicar la cruz, que para Pablo es la suprema locura, ni tampoco es el camino de la moral y del esfuerzo, aunque lo incluye, pero como consecuencia. La pobreza evangélica tiene un significado místico; a él no se entra por las propias fuerzas; es un “don” del Espíritu, al que se entra por el camino de la seducción.

Los seres humanos nos encontramos con dos seducciones: la seducción del dinero, de cuya fascinación no podemos escapar, si no hay otra seducción mucho más fuerte. El camino de los pobres solamente lo pisan los pies de aquellos que han sido seducidos por el Crucificado. **¿Cómo adentrarnos en esta experiencia de Cristo pobre?** Aquí, más que acudir a los teólogos, hay que pedir la palabra a aquellos que han padecido esta seducción: *los místicos*. Así, Pablo, un hombre instruido, fariseo, con un gran proyecto espiritual, cuando encuentra al Crucificado, exclama: *«Todo me parece una pérdida y lo considero basura con tal de ganar a Cristo»* (Filipenses 3).

Para el cristiano, para la comunidad cristiana el camino de los pobres no es un método estratégico; lo que conduce a adentrarnos en este camino es la contemplación por la que me hago presente e interiorizo el amor y la misericordia de Dios; lo que nos deja al desnudo es la experiencia del Crucificado, su amor, su compasión, su perdón; y desde hacerse uno presente por la contemplación de Cristo pobre que exclama: **¡Dichosos los pobres!**, se desvanece la creencia dominante: *“Bienaventurados los ricos”*; y seducidos por Cristo de que los pobres son felices, se convence de que es cierto que los pobres son bienaventurados, no porque lo comprenda racionalmente, sino porque lo vive, o más exactamente, comprende la bienaventuranza a través de la vida.

La conversión personal y comunitaria a Cristo pobre y a los pobres con los que se ha identificado, es un gran servicio urgente a nuestro mundo rico e individualista. En esta sociedad “hipnotizada” por lo económico, seducida por la ambición de tener, del poder y por el apego a las cosas, pero que no es feliz, sólo la conversión a Cristo pobre y al pobre: **¡felices, dichosos, bienaventurados los pobres!**, puede salvarle del gran riesgo.

¡Ser pobre para que no haya pobres!, siguiendo las huellas de Jesús, que se hizo pobre para enriquecernos. Este camino del pobre en nuestro ambiente y cultura es locura y necedad, pero es un camino irrenunciable para la comunidad creyente, si queremos ser fieles al mensaje evangélico.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58,7-10): *Tu oscuridad se volverá mediodía.*

2ª lectura (1ª Corintios 2,1-5): *Nunca me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo.*

Evangelio (Mateo 5,13-16): *Alumbre así vuestra luz a los hombres.*

Como continuación del Sermón del Monte donde Jesús proclama bienaventurados, dichosos, felices a los pobres, a los que sufren, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y la justicia, a los calumniados y perseguidos por su causa; Mateo, sitúa, el gran programa del Reino de Dios. Va dirigido a aquellos que pertenecen o buscan el Reino. El objetivo que se les marca es que sean «**sal y luz**» mediante la fidelidad a la alianza mesiánica.

La “**sal**” pura no pierde su sabor y asegura la incorruptibilidad. Se usaba en los pactos como símbolo de su firmeza y permanencia. Los discípulos, según las palabras de Jesús, han de ser sal, que asegure la alianza de Dios con los hombres; es decir, de su fidelidad al programa de Jesús depende que se lleve a cabo la oferta liberadora prometida. Pero, si la sal es impura y pierde su sabor, si los discípulos no son fieles a dicho programa, no tiene ningún valor, son cosa inútil y serán el desprecio de la gente.

La “**luz**” es la gloria o resplandor de Dios, que debe brillar en su pueblo. La gloria de Dios ya no se manifiesta en el texto de la ley, ni en el templo, sino en el modo de actuar de los que siguen a Jesús. La luz, que ha de brillar, son las obras a favor de los hombres, descritas en las «**Bienaventuranzas**». De este modo, los discípulos de Jesús, la comunidad, que ha elegido ser pobre, es la garante de la alianza y del resplandor de la gloria de Dios en el mundo.

Jesús quiere que sus discípulos sean en el mundo algo tan bonito y necesario como ser «**sal y luz**».

VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA.

La sal da gusto a los alimentos y preserva de la corrupción. La sal, en sentido figurado, es también la gracia y la alegría de la vida. Pero, para que produzca su efecto, la sal no ha de quedarse encerrada en el salero, sino que ha de mezclarse y disolverse.

Estamos llamados a ser sal de la tierra, porque hay en ella mucha corrupción. **¿Qué hacer para tratar de evitarla?** Se necesita mucha sal en la familia, en las escuelas, en las empresas, en los medios de comunicación, en la cultura, en la economía, en la política. **¿No tendremos que revisar nuestros comportamientos y hacernos más presentes en esos campos?**

Todos nos quejamos de lo mal que van las cosas en la sociedad, pero nos limitamos a eso, a quejarnos y echar las culpas a los otros; pero no queremos reconocer la responsabilidad que a cada uno nos toca de esta situación.

Los cristianos no somos del mundo, pero hemos de estar en el mundo, es decir en sus instituciones, en sus asociaciones, en sus movimientos, en sus partidos, en los foros sociales en que se juega la vida del hombre. Pero hemos de estar como sal, no dominando, sino mezclándonos y disolviéndonos, pero sin perder nuestra identidad y vitalidad de ser sal.

VOSOTROS SOIS LA LUZ DEL MUNDO.

La luz es también un símbolo universal. Luz que ha de brillar en las tinieblas e iluminar el camino. Tiniebla que se define en la Biblia como una ideología contraria al designio de Dios y que, al ser aceptada, sofoca en el hombre la aspiración a la plenitud de la vida.

La tiniebla, se identifica con la mentira; es propuesta por el círculo del poder, y nace de la ambición de riqueza y del afán de gloria. La tiniebla produce en el hombre ceguera, esto es, el ocultamiento del designio de Dios, impidiéndole realizarse. La tiniebla es la ideología que impone el orden injusto, y lo justifica creando en el mundo confusión, falta de sentido; autosuficiencia; esfuerzo por construir la vida, pensando sólo en sí mismo.

Este empeño desemboca con frecuencia en amargura, desesperación o en resignación ante las muchas cosas que no podemos hacer o conseguir. En este mundo oscurecido por las tinieblas el cristiano y la comunidad cristiana están llamados a ser luz. Pero, **¿cómo podrá ser luz para el mundo el pequeño grupo de discípulos, gente sencilla y sin pretensiones?**

La luz, en sentido metafórico, es la vida en cuanto que se impone por su resplandor y puede ser conocida. Por tanto, el cristiano y la comunidad cristiana serán luz con su estilo y modo de vivir, siendo pobres, limpios de corazón, constructores de paz, perseguidos a causa de la justicia.

Con estas actitudes los discípulos de Jesús se convierten en fuentes de una nueva moralidad. Ésta es la misión de la Iglesia en el mundo de hoy. La comunidad cristiana en su humildad y pobreza, en su renuncia al poder y a dominar, en su mansedumbre y misericordia, en su predilección por los pobres y humildes, en su amor por la concordia y la paz, se constituye en signo luminoso para el mundo.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 15,16-21): *Dios no mandó pecar al hombre.*

2ª lectura (1ª Corintios 2,6-10): *Dios predestinó la sabiduría para nuestra instrucción.*

Evangelio (Mateo 5,17-37): *Se dijo a los antiguos, pero yo os digo...*

A Jesús de Nazaret, durante muchos años, le hemos convertido en juego de adivinanzas. Si hubiese vivido entre nosotros, ahora, en este tiempo: ¿qué hubiera hecho?... ¿qué hubiera dicho?... ¿cómo se habría comportado?... Y, entre las muchas respuestas posibles, llaman la atención algunas por su pintoresco excentricismo.

Cristo hoy –decían unos- sería ateo, como de momento parece ser lo moderno. Un Jesús ateo, en la actualidad, en modo alguno hubiera negado a Dios, sino que simplemente lo hubiese dejado al margen de nuestros “juegos”, a fin de que nuestra responsabilidad por los demás hubiese cambiado en calidad y cantidad.

Otros consideraban que no permanecería en la Iglesia, pues ésta, en lugar de humanizar a los hombres, ha cometido muchas inhumanidades en el intervalo de casi dos mil años, además de que ha hecho muy poco en contra de las relaciones sociales injustas y, si permaneciera a la Iglesia, lo hubiera hecho como uno de los críticos más enconados e incómodos a su labor.

Si Cristo viviese hoy- opinaban otros- sería un revolucionario. Se le podría encontrar en la baja sociedad, entre los marginados, los escandalizantes, los herejes, los bufones, los de dudosa reputación, entre los desfavorecidos de la sociedad. Y es que el Jesús de sus tiempos no acogió a estas gentes porque tuviera una especial inclinación a ellas, sino porque quería elevarlas a un nivel superior, a la situación del esplendor.

Y, desde luego, hay cosas sobre las que nunca se ha dudado, por ejemplo: su nacimiento en un establo no estuvo rodeado de riqueza, sino que fue ya el indicativo de su existencia sin posesión, de su predicación peregrinante, etc. Nunca se ha puesto en duda que de acuerdo con su origen, siempre fue el hijo de un humilde obrero y que con dureza desacostumbrada puso en brete a los ricos de su tiempo, los cuales despreciaban a los sencillos que tenían a su puerta, como el caso del pobre Lázaro.

Pero hay que decir a estos singulares intérpretes que, las narraciones evangélicas son escritos pospascuales. Mateo cita al profeta Zacarías. El verdadero Mesías no se presentará como poderoso, sino que su única arma será el amor; no vendrá como vencedor valiente sobre caballo blanco –animal simbólico de los dominadores- sino sobre un pollino, cabalgadura de pobres y humildes: **«mirad a vuestro rey que llega montando humildemente un borriquito»**. La composición de Mateo en estas exclamaciones de júbilo, tomadas de antiguas fuentes, no es precisamente el apoyo de las tesis sobre un Jesús rebelde, agitador o revolucionario.

Jesús quería mostrar donde está lo radicalmente nuevo de su Evangelio: *Dios acoge a todos los hombres sin excepción en su corazón; Dios es gratificante, perdonador, presto a la ayuda y puerto de salvación...* y todo ello, a través de Cristo, Jesús. Puede decirse sin reparo alguno que, dentro de estas perspectivas, con la correspondiente distancia en el tiempo, Cristo va despertando de nuevo grandes esperanzas; o, dicho de otro modo, aquel Jesús se hace de nuevo actualidad. Si algo hay que resaltar en la actitud de Jesús es que éste, encontrándose con una Ley en su pueblo, a la cual considera revelación de Dios, junto a los escritos de los profetas, no sólo no deja de cumplirla, sino que dice que hay que cumplirla mejor que los escribas y fariseos, **«hasta la última tilde»**.

Y en esto Jesús da un paso decisivo, un paso para perfeccionar el cumplimiento de la Ley, y con ello, el perfeccionamiento del hombre y de la sociedad: *las acciones del hombre no tienen valor, si no proceden del interior, porque lo interior es lo que cuenta*. Jesús, pues, no intenta destruir esa Ley santa para instaurar otra mejor o para suavizarla permitiendo una moral más llevadera o relajada. Lo único que exige es su cabal cumplimiento, un cumplimiento digno del hombre; hay que cambiar la jerarquía de valores, porque lo menos importante (acciones externas), debe estar subordinado a lo más importante: la justicia, la misericordia, la bondad del corazón.

Lo que sin titubear nada sí podemos pensar es que su proposición y exigencia consiste en alterar el comportamiento humano, que una y otra vez quiere poner el acento en un orden externo dominado por principios que se derivan de “la letra de la ley”, mientras que el auténtico orden es aquel que Dios quiere y que a los humanos cuesta generalmente mucho más: consiste en someter todo a un amor al prójimo por lo menos tan fuerte como el que normalmente podemos tenernos a nosotros mismos, y este amor ha de llegar incluso hasta los mismos enemigos, que pueden ser también naturalmente los malos e interesados cumplidores de la ley sin esforzarse por buscar sinceramente cuál es la voluntad de Dios.

Los mandamientos de la Ley comprometen a la persona desde su raíz. No basta la letra si no se llega al espíritu que hay detrás de ella y la hace inteligible. **«Oísteis que se dijo...»** evoca la edad del infantilismo moral. **«Pero yo os digo...»** se sitúa en la mayoría de edad en las relaciones con Dios y con los demás hombres. Si a las metas propuestas por Jesús las llamamos no *exigencias* sino *invitaciones*, se observa que coinciden con nuestros deseos más profundos.

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19,1-2.17-18): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

2ª lectura (1ª Corintios 3,16-23): *Todo es vuestro y vosotros sois de Cristo.*

Evangelio (Mateo 5,38-48): *Amad a vuestros enemigos.*

Sí, es verdad que hay gente buena en todas partes, que existen personas sinceras y de buena fe, incluso los paganos hacen cosas buenas; es verdad que en una sociedad caracterizada por la competitividad, la eficacia, el egoísmo y la mentira, por la violencia y el terror, el cristiano tiene que hacer algo específico, señalarse más, potenciar lo bueno hasta elevarlo al nivel del heroísmo si es necesario, y, que a la ley del talión se opone la *no-violencia*.

También es verdad que la ley del talión suponía ya un cierto avance respecto a épocas anteriores porque excluía la venganza desmedida y arbitraria para reducirla a la igualdad, a pagar “*ojo por ojo y diente por diente*”. Jesús la perfecciona enseñando la renuncia a toda violencia, a la acción de la justicia, y a vencer el mal con el bien. El programa describe un ideal de vida en el Espíritu y hay que aceptarlo en serio aunque ciertas expresiones verbales no se deban interpretar al pie de la letra.

No lo hizo así Jesús cuando le abofetearon, ofreciendo la otra mejilla. Más no toleró la hipocresía de los que llamó «*sepulcros blanqueados*», ni la frivolidad de Herodes a quien llamó «*zorro*», un “*don nadie*”. Jesús habla para las personas con temperamento de héroes, pero también para las mediocridades, para los días buenos y malos. Su mundo no era menos violento que el nuestro. Jesús dice: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial*». Nada más humano que pagar con la misma moneda; y nada más divino que orar por los enemigos.

A cualquier sociedad se dirigen las palabras del Levítico: «*Imitad la santidad de Dios y amad al prójimo*». Aquí se afirma de manera absoluta que el mal no se elimina sumando otro mal mayor. El mal se hace desaparecer con el contrapeso del bien.

¿Se puede perdonar a los asesinos? ¿Es razonable dar prestado sin garantías? No necesitamos pensar y meditar mucho ni inventar nada, para encontrar unas maneras. Basta ponerse delante el modelo de perfección dado por Dios a los hombres, porque en Jesús podemos imitar las perfecciones del Padre celestial. **Hay que amar a los enemigos:** el amor, el perdón, la justicia y todas las virtudes son un bien, pero la venganza, el odio, la injusticia y abusos son un mal que destruye la convivencia. Todo discípulo de Jesús debe inspirar su proceder en la conducta del Padre celestial que es bueno con todos y... **¡aspirad siempre a lo mejor!**

Jesús no dice que no vaya a haber enemigos. Tampoco dice que los tenga que haber, -que eso es cosa nuestra.- Pero si dice que, en el supuesto de que haya enemigos, debemos responder con amor. Lo cual no significa que confundamos el amor con una ingenua voluntad de dar por supuesto que “*no pasa nada*” o de querer resolver los problemas minimizándolos con dos palmaditas en la espalda y dejando sin zanjar los conflictos. Eso no es amor, eso sería indiferencia y podría llegar a ser complicidad en la injusticia con el prójimo, que es lo que enemista.

Amar al enemigo no es tratarlo como si no fuera enemigo tratando de olvidar la causa de su enemistad. Porque en eso precisamente debe insistir el amor al enemigo, en respetar al prójimo, pero meterse de lleno con el problema o el conflicto que lo enemista con nosotros. El amor al enemigo no puede practicarse dejando las cosas como están, limitándonos a sonreír o disimular pasando de puntillas sobre la cuestión. Obras son amores, que no buenas palabras o evasivas sonrisas.

El amor al enemigo tiene que llevarnos hasta acabar con el enemigo, es decir, con lo que le enemista con nosotros, para resolver el conflicto y recuperar al hermano. Como el amor de Dios, que destruye el pecado del hombre y hace del pecador arrepentido un verdadero hijo de Dios: «*La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros*» (Romanos 5,8). De manera que no somos buenos y por eso nos ama Dios, sino que porque Dios nos ama podemos ser buenos.

Lo que Jesús nos dice no es nada razonable. Lo razonable, lo humanamente razonable, es pagar con la misma moneda. Ese es el fundamento del derecho o de nuestra discutible justicia “*El que la hace la paga*”. Pero así, todo lo razonablemente que se quiera, hemos llegado a esta situación de violencia, de guerra y carrera de armamentos. Así, razonablemente quizá, hemos montado una convivencia inaguantable. Así, razonablemente, hemos disfrazado nuestra justicia con toda clase de injusticias y atropellos.

Por eso, si queremos salir de ese callejón sin salida, hemos de dejar nuestra razonable y prudente manera de actuar, para seguir la locura del evangelio, que es la locura de la cruz: **dar la vida por amor a los que se la quitan.** Amar al enemigo es salirse de la prudencia humana, de la razonable prudencia humana, para entrar en el ámbito de la prudencia cristiana, la de Cristo.

DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49,14-15): *Yo no te olvidaré.*

2ª lectura (1ª Corintios 4,1-5): *Dios conoce nuestros pensamientos.*

Evangelio (Mateo 6,24-34): *No os angustiéis por el mañana.*

Al oír la argumentación de Jesús en este pasaje evangélico no puede uno por menos de pensar: **¡Qué maravilla!** *Lirios del campo, pájaros del cielo, un Padre providente que cuida de sus criaturas, un orden de valores y prioridades, una motivación para vivir en paz las alegrías de la vida.* **¡Qué utopía!** Por una parte parece un canto a la naturaleza y por otra parece una profesión de fe en el reino de Dios.

Como en tantos otros casos del evangelio se puede repetir la duda teñida de escepticismo: “*el mensaje me gusta, lo difícil es practicarlo*”. El que por la mañana se pregunta cómo podrá aguantar sin comer hasta la tarde o el que no puede cenar hoy y no sabe si podrá comer mañana, tiene que encontrar difícil esta lectura. Pero lo que aquí se dice no contempla directamente semejantes conceptos.

Desde el otro extremo, el que a lo largo de la vida y con muchos sudores ha logrado al menos un modesto bienestar, tendrá también dificultad en aceptar esa especie de invitación a tomar el sol en lugar de sudar en el trabajo. Pero tampoco se trata de eso.

De lo que se trata es de dar a la actividad humana, necesaria, un sentido globalizante partiendo del hecho de que el hombre es colaborador con Dios en el mundo y que en su actividad múltiple debe existir un orden de prioridades.

La llamada a la confianza en la Providencia no es un panegírico de la irresponsabilidad ni invitación al vagabundeo más o menos alegre. La obligación al trabajo es ley de vida. Pero aquí se invita a superar los sentimientos de angustia ante el mañana, a desechar el error de creerse solos y desentenderse de la preocupación por cosas secundarias con olvido de las principales.

Somos por naturaleza desconfiados. Jesús que generalmente hace valer la autoridad de su palabra, en este tema se siente como obligado a esgrimir argumentos. Sabe muy bien que el alimento es necesario, lo mismo que el vestido. Pero hace caer en la cuenta de que mucho más valor tiene la vida que hemos recibido de Dios y depende en cada instante de Él.

El abandono en manos de la Providencia es consigna especialmente apta para los que van enviados “*en misión*”. A los que Jesús envió de dos en dos les prohibió llevar nada (Mc 6,8-9) porque van en nombre de la Providencia. Ella velará para que no les falte al trabajador su salario.

En cuanto al servicio de Mammón, ídolo del dinero, no es posible simultanear su culto con el de Dios. El dinero y las cosas, sólo son malas cuando las cosas poseídas se convierten en sujetos poseedores, porque entonces el hombre pasa de la condición de señor a la de esclavo. No se canoniza la inactividad, ni el cómodo cruzarse de brazos ante las inaplazables tareas de la vida. La pereza y la inactividad por miedo están ya condenadas en la parábola de los talentos. Lo que aquí se condena es la desmesurada angustia de quien se cree huérfano teniendo a Dios padre, lo mismo en los momentos estelares que en las horas de hundimiento.

El evangelio nos invita a reflexionar. No puede ser objeto de nuestros ideales lo irreal ni lo imposible. Tampoco lo que se tiene o se come si no sirve al desarrollo y plenitud de la persona en cuanto tal y de los valores permanentes. Jesús invita a poner la vida al servicio de esos valores porque, siendo el hombre colaborador con Dios, Él cumplirá la parte más importante. Cuando se excluye o se prescinde de Dios la vida suele complicarse y los ideales bajan a ras de tierra. De ahí la insatisfacción y la angustia. Por tanto, hay que poner más afán en buscar el desarrollo de la persona que en multiplicar las cosas.

Abrir los ojos y corazón a *la belleza* de la obra de Dios en el contacto con la naturaleza y con las creaciones del arte es enriquecer el espíritu y desear más belleza para la propia existencia.

Mantener los ojos y el corazón, abiertos a *la bondad* que nos rodea, muchas veces apenas perceptible o simplemente oculta, y pensar que es posible poner más bondad en la propia vida, hacer feliz a alguien, o irradiar paz y bienestar, es haber descifrado un enigma, haber encontrado la fuente de la felicidad.

Mantener la mente libre de prejuicios y abierta a *la verdad*, es una manera de ampliar los horizontes de la vida y las posibilidades de vivir, en paz y en fraternidad el destino universal del hombre. La vida sin angustias es más vida y más intensa.

El peligro de preocupaciones contra las que previene Jesús consiste en proceder como si la dicha fuera logro exclusivo del esfuerzo humano. Existe la certeza de que Dios tiene para con sus hijos ternura de madre y providencias de padre. *Si viste los lirios del campo y da de comer a los pájaros del cielo, ¿Cuánto más a los hombres de fe que confían en él?*

DOMINGO IX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 11,18.26-28): *Hoy pongo delante bendición y maldición.*

2ª lectura (Romanos 3,21-25.28): *Justificados gratuitamente por su gracia.*

Evangelio (Mateo 7,21-27): *Alejaos de mí, malvados.*

Los judíos conservadores dan una interpretación literal de la ley y la cumplen portando las filacterias sobre el pecho colgando desde el cuello. La interpretación de Jesús es más liberal. Lo más importante no es llevar las filacterias ante los ojos, sino llevar la voluntad de Dios, que ellas expresan, identificadas en el corazón y hacerla coherente en la vida con nuestras obras y palabras.

Dios ofrece la salvación sin imponerla. Propone elegir entre el bien y el mal, entre Dios y los ídolos. Y, según sea la elección se hará cada uno merecedor de bendiciones o castigos. A la fidelidad por parte del pueblo seguirán las bendiciones de Dios.

Terminado el sermón del monte, programa de perfección moral. El que ha sembrado una vez vuelve a recoger la cosecha. El que ha expuesto unos principios teóricos necesita hacer las aplicaciones prácticas.

Jesús vio entre los que le seguían muchos seres humanos con ganas de vivir, deseosos de realizar su vida, dar satisfacción a sus deseos de bienestar y dicha. Probablemente vio también a otros con los signos del dolor marcados en sus rostros, gentes a las que en la vida no les iba bien porque tenían la suerte de espaldas y la adversidad de frente. Jesús quería enseñar a todos cómo se puede ser feliz y qué se debe hacer para llegar a serlo.

Enseñaba que *“una vida realizada y moralmente bella es como una casa levantada sobre roca”*. Porque la vida humana es un espacio cruzado ocasionalmente por tormentas, huracanes y temporales que destruyen las construcciones endebles pero nada pueden contra las rocas. Una edificación de piedra y levantada sobre roca resiste al ataque de los vientos y las lluvias mientras que la casa de tablas levantada sobre arena se derrumba. Así son respectivamente una vida construida sobre la verdad de la palabra de Dios y otra vida edificada sobre las ilusiones humanas. Teniendo en cuenta que la palabra *oída* no es suficiente si no es al mismo tiempo *vivida*.

La palabra *vivida, edificación sobre roca*, ofrece garantías en la experiencia de muchas vidas humanamente realizadas. La palabra *vivida* es un irrevocable compromiso de adhesión a Jesús en toda circunstancia. No es sólo cuestión de misa dominical, sino de cosa pública. Además de la presencia en las celebraciones de la comunidad de creyentes y de la ejemplaridad en la vida profesional, a la edificación sobre roca pertenece la manifestación de esa fe en la aceptación de las responsabilidades sociales, colaborando para que en el propio entorno se vivan las exigencias del bien y desaparezcan las obras del mal.

Edificar sobre roca es tomar por modelo a Cristo, caminar tras Él con la cruz de cada día sin precisarle a Él la meta a que nos debe llevar, ni el camino por donde queremos seguirle porque sabemos que Él nos lleva a la vida. No se puede reducir ese seguimiento a una pura ficción limitada circunstancialmente a ciertos tiempos y lugares. Esa es la actitud de los *“cristianos de nombre”*, que edifican sobre arena. Son los bautizados que han hecho la primera comunión y quizá algunas comuniones posteriores, se casan por la Iglesia y piden sepultura cristiana. Citas puntuales y aisladas con Dios, y nada más.

En Mateo 21,28-31 habla Jesús de *“un padre que tenía dos hijos. Dijo a uno: vete a trabajar a la viña. Y respondió: no quiero. Pero luego se arrepintió y fue. Lo mismo dijo al segundo y éste respondió: voy, señor. Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo la voluntad del Padre?”* Nadie puede engañarse puerilmente. Jesús previene condenando el vano sentimentalismo. No basta llamar a Jesús *«Señor»*, ni ser seguidor suyo de ocasión, ni llenar en la vida ciertos expedientes rutinarios. Si esas prácticas no se apoyan en la roca de una fe vivida a diario, no sirven.

Las edificaciones espirituales sobre arena se caracterizan por la inestabilidad. Muchas crisis llamadas de fe deben diagnosticarse más exactamente como tormentas de fantasmagorías. Lo que está en crisis se bambolea entre la afectividad, el sentimentalismo y la superstición. La ausencia de fe verdadera se suele sustituir con sucedáneos: no se acepta el evangelio pero sí sus interpretaciones adulteradas; se duda de Dios pero se cree firmemente en los espíritus; no se cree en el alma o inmortalidad del alma pero sí en la reencarnación de las almas; se vive de *“devociones”* pero sin especial contacto con los sacramentos de la vida...

Dada la expresión de aburrimiento cuando se trata de expresar la fe en las celebraciones litúrgicas, bien puede decirse que muchas iglesias rebosan de paganos. Edificar sobre arena es organizar la vida de espaldas a Dios, o marcarle las metas de nuestros deseos y señalarle el camino por el que debe llevarnos. Edificar sobre roca es poner la voluntad de Dios en el centro de la vida y actuar en consecuencia.

Muchas vidas se agrietan o derrumban porque no descansan sobre roca sino sobre la inestabilidad del sentimentalismo con más superstición que fe; con más devociones que sacramentos, con más preocupaciones por los muertos que por los vivos.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2,12-18): *Convertíos a mí con ayuno, con llanto con luto.*

2ª lectura (2ª Corintios 5,20-6,2): *Ahora es tiempo favorable, es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6,1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.*

Comenzamos la Cuaresma, tiempo que sigue teniendo un fuerte arraigo en la vivencia espiritual del pueblo cristiano. La ceniza sobre nuestras cabezas quiere expresar el deseo sincero de orientar nuestra vida hacia Dios y hacia su Reino.

Conversión significa volverse hacia Dios, personal y comunitariamente, confiar en su misericordia amorosa, que cada día hace nuevas todas las cosas. Queremos convertirnos al Señor nuestro Dios, compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad. Nuestros corazones se rasgan al contemplar su amor, lo mucho que nos quiere. Y nacen en nosotros sinceros deseos de corresponder a su amor con una vida limpia y fraterna, reconciliados con Dios y reconciliados entre nosotros.

Sería un gran fruto de esta Cuaresma que no sólo nos volviéramos hacia Dios sino que trabajásemos con todo empeño por una reconciliación entre los hombres, a todos los niveles: religioso, político, económico, con la naturaleza y el respeto a sus leyes, una reconciliación especialmente arrepentida con el mundo pobre. **¿Cuándo nos arrepentiremos de ese pecado global, en el que parece que nadie nos sentimos implicados, de dejar morir de hambre a media humanidad?**

Limosna, oración y ayuno son caminos ofrecidos al judío creyente a lo largo de las páginas de la Biblia, Jesús recoge estos valores bíblicos, y nos ofrece su opinión sobre ellos. Porque también lo más santo puede ser profanado por una intención torcida, **«Hipócrita»** es la palabra empleada por Jesús.

No es casual que Jesús, en las tres propuestas que hace a sus discípulos sobre la limosna, la oración y el ayuno (Mateo 6, 1-18), coloque el contrapunto **«como hacen los hipócritas»**. Es la frase más repetida en el texto evangélico, junto con la otra frase, esta vez positiva, para los que obran según los criterios de Jesús, y también por tres veces repetida: **«tu Padre, que mira a lo escondido, te lo pagará»**.

Es Dios mismo quien avala esta manera de actuar propuesta por Jesús. Este **“te lo pagará”** que la versión litúrgica no ha evitado repetir hasta tres veces, tiene el sentido de devolver algo que es debido, como si Dios mismo se comprometiese a entregar lo que se ha dado como limosna al pobre.

LIMOSNA. La limosna tiene siempre como referencia al prójimo necesitado, al que pasa hambre. Es una expresión de la comunicación cristiana de bienes. No se trata de echar unas monedas en un cepillo o en el cestillo de las ofrendas, sino de remediar eficazmente la pobreza del hermano necesitado.

San Pablo, sin ninguna intención política, decía: **“se trata de nivelar”**. Parece que no es esta la tendencia de nuestro mundo, en el que constantemente sigue creciendo la sima entre ricos y pobres. De ahí que el evangelio nos hable de **“practicar vuestra justicia”**, y sitúe la limosna en este terreno. **«Dar limosna»** o **«tener caridad»** han dejado de lado, en muchos momentos, este contexto de **«justicia»**, para convertirse en una caricatura, deformada, de la limosna y la caridad.

ORACIÓN. La oración en el aposento, cerrada la puerta, nos trae la imagen de un encuentro íntimo, un momento de comunión personal, de estar a solas con aquel que sabemos que nos ama.

Es el momento de las confidencias, de poner delante del otro, cosas reservadas a la amistad de aquel que escucha y no defrauda. Jesús que frecuentaba la sinagoga y la oración comunitaria, gustaba también de retirarse a la oración prolongada y a solas con su Padre.

AYUNO. En las palabras de Jesús, el referente del ayuno es también el Padre. No deformes tu aspecto, que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre.

Es Dios, otra vez, quien conoce el sentido de mi ayuno. **¿Para qué ayunáis si no me hacéis caso?** El capítulo 58 de Isaías, nos presenta cuál es el ayuno que Dios quiere, y lo hace en primera persona: **«el ayuno que yo quiero, dice Dios, es este»**. Y habla Dios de abrir prisiones injustas, de liberar a los oprimidos, de compartir pan, techo y vestido con los que carecen de ellos.

La conclusión es siempre la misma: **“obra así y Dios te lo pagará”**. Que el amor de Dios y su justicia conviertan a Él nuestros corazones al comenzar esta Cuaresma.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2,7-9; 3,1-7): *Entonces se le abrieron los ojos.*

2ª lectura (Romanos 5,12-19): *Un acto de justicia resultó indulto y vida para todos.*

Evangelio (Mateo 4,1-11): *Al Señor, tu Dios, adorarás.*

Todos queremos vivir bien y vivir seguros. Pero buscamos nuestra seguridad en la rutina, en una continua repetición de lo mismo. Nos parece mejor y más fiable lo de siempre y nos resistimos a los cambios, y a cambiar nosotros. De esta guisa la vida, que es una aventura, se convierte con frecuencia en una desventura, en un mar de fracasos y desdichas.

La cuaresma es una oportunidad, una gracia de Dios, una invitación a salir de la rutina, a deponer nuestras falsas seguridades y afrontar con decisión la hermosa aventura de la vida y de la historia, seguros de que la vida no está abocada al fracaso, ni la historia a la perdición.

La creación del mundo es el comienzo del idilio entre Dios y el hombre, el comienzo de la historia, que no es historia de condenación, sino de salvación a pesar de la debilidad humana. Ni la mala conciencia de Adán y Eva, es la situación irreversible del ser humano, ni la muerte es el fin de la vida.

No hemos sido creados para ser destruidos, ni hemos sido llamados a la vida para morir. Nuestra meta es la vida con Dios y para siempre. Hemos de recuperar esa perspectiva, esa esperanza si de verdad queremos disfrutar ya en la vida y de la vida en este mundo. La Cuaresma no detiene ni interrumpe el camino, sino que nos conduce a la meta, La Pascua. **¿Nos decidimos?**

Pero no basta con decidir de una vez por todas; hay que renovar la decisión cada día, cada instante. La Cuaresma, que repetimos todos los años, tiene esa función providencial de invitarnos a renovar nuestra decisión, nuestro compromiso bautismal, nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Porque el peligro nos acecha por todas partes.

La primera lectura nos alecciona con el pecado de nuestros primeros padres, la tentación del hombre, del primero y del último, del de entonces y del de siempre, que no es otra que la de no aceptarnos como somos, como hijos de Dios, como hermanos, como familia y albergar la pretensión de ser más que los demás, más que Dios.

También el evangelio nos habla de la tentación. En este caso es Jesús, que se ha incorporado a nuestro mundo y a nuestra vida, quien sufre, aguanta y vence las seducciones del mal. Su ejemplo deja bien claro que nuestra única fuerza está en Dios, en su palabra, en su gracia.

Hacer frente a las necesidades, el poder ejercer nuestras capacidades, el natural deseo de ser estimados y apreciados, fácilmente derivan en el abuso de convertir las piedras en pan (la ambición de acaparar los unos frente al despojo y miseria de los demás), la pretensión de dominar y someter a los otros, y los alardes por ser distintos de los demás y más que nadie hasta el colmo de querer implicar a Dios en nuestros desafueros.

Jesús nos da un ejemplo edificante y una lección de coraje, plantando cara al seductor, desenmascarando sus tretas y ofreciéndonos la ayuda de la palabra de Dios. Porque en todas las tentaciones, en todas las ocasiones en que el hombre se siente impulsado a tener o ser más que los demás no hay más que un espejismo, que nos impide cobrar conciencia de nuestra dignidad de hijos de Dios y de nuestra solidaridad como familia humana.

Cuando nos dejamos seducir por el tentador, nos ocurre lo mismo que a Adán y Eva, que acabamos por sentirnos desnudos y muertos de vergüenza. Y esa situación, esa experiencia, si la hemos tenido o la tenemos, puede ser el principio de nuestra conversión. Tal es la gracia de la Cuaresma que se nos brinda, una alternativa a vivir conscientes de nuestra verdadera dignidad humana y cristiana.

Hace falta que aprovechemos esta gracia, retirándonos como Jesús cuarenta días al desierto de nuestro interior, secundando las oportunidades que nos ofrece nuestra comunidad eclesial, para revisar nuestros deseos, nuestras ilusiones, nuestras expectativas, nuestras metas en la vida.

Como siempre, el ayuno, la oración y la limosna serán nuestros mejores aliados para reemprender el camino, para vivir unidos a Dios, para despojarnos del lastre que nos inmoviliza; y, compartir el pan con los que tienen hambre y la palabra con los que se sienten solos y el tiempo con los que están enfermos, son ya una victoria sobre el tentador y un primer paso hacia la Pascua, para resucitar a una nueva vida, preludio y anticipo del cielo.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12,1-4a): *Bendeciré a los que te bendigan.*

2ª lectura (2ª Timoteo 1,8b-10): *Él nos llamó a una vida santa.*

Evangelio (Mateo 17,1-9): *Levantaos, no temáis.*

Sería maravilloso poder trasladar el cielo a la tierra aunque no fuera más que por unos días o por unos instantes para saber cómo es. Tres discípulos tienen un encuentro con Jesús como Dios, en una montaña, lugar del encuentro con Dios en muchas religiones. Esta importante experiencia, con Jesús y con Dios sucede en un momento preciso, cuando Jesús va camino de Jerusalén, camino de la pasión y la muerte.

Subimos a Jerusalén, pero ciertamente no se trata de un viaje más. Jesús estaba en un punto decisivo de su camino y de su tarea. Un camino que debe terminar sobre una cruz en una colina de Jerusalén. En el bautismo por Juan en el Jordán recibió el apoyo para comenzar su vida pública. En estos días está ante el último tramo del camino, comienza la fase decisiva. **¿Tendrá la fortaleza necesaria para recorrer el camino hasta el final? ¿Conservará la confianza en su Padre que lo resucitará de entre los muertos?**

A veces nos imaginamos esto demasiado sencillo, de color de rosa, porque conocemos el final feliz. Jesús, pasó por ser uno de tantos y se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado. Conoció todas las insuficiencias humanas y estaba familiarizado con los valles oscuros de nuestra condición humana. Recorrió el camino en acuerdo estrecho con su Padre. Sabemos que Jesús buscaba el contacto con su Padre y para ello se ha retirado a orar en la soledad de la montaña.

En esta situación, en el encuentro con Moisés y Elías, experimenta la fortaleza y el aliento para el resto del camino. Ambos personajes vivieron experiencias semejantes y un encuentro con Dios en la montaña para ser animados en su misión. Jesús recibe otra vez la confirmación de su tarea: *«Éste es mi Hijo amado»*.

Pedro toma la iniciativa como era su temperamento. Ha reconocido que lo que aquí pasaba tenía un carácter extraordinario; por eso querría eternizarlo, grabarlo. En nuestros días quizá habría echado mano de una cámara o un vídeo. Pedro y sus colegas no han comprendido totalmente en este momento todo lo que pasaba ante sus ojos y qué importancia y finalidad tenía.

También los discípulos deben ser animados para lo que va a venir. Y así, la voz que habló desde la nube se dirige a estos tres hombres: *«escuchadle»*. El encuentro con Dios les debe ayudar a mantenerse firmes en la vida, a no tirar la toalla y también a no perder la confianza en Jesús en tiempos de apuro, de duda y de persecución. Las vivencias en la montaña son importantes, pero no se trata de conservar estos momentos estelares, sino en hacerlos útiles para actuales y futuras situaciones.

Nosotros, no aparecemos en esta historia, no la hemos vivido, sino que la conocemos sólo de oídas. Y sin embargo tiene una gran importancia para nosotros. El episodio recuerda que también nosotros estamos de camino, que el camino va certero a una meta y que esa meta es un encuentro con Alguien que es la vida. Como cristianos y discípulos estamos en el camino del seguimiento de Jesús. Es necesario saberlo. El que no sabe a dónde va tampoco puede elegir libremente su camino. Y en este camino necesitamos una y otra vez ánimo y consuelo.

Aunque no estuvimos en el monte, somos alentados por el relato de lo que allí acaeció. Ahí está un Jesús que va camino como hombre (no como un superman espiritual). Busca constantemente el contacto con el Padre para escuchar su voz y experimentar sus indicaciones. Para escuchar la voz de Dios puedo esperar un acontecimiento extraordinario o puedo, como Jesús, buscar el contacto con el Padre que está en el cielo.

El ejemplo de los discípulos me da ánimos. Han hecho la subida hasta la cima del Tabor sin la cual no hubieran vivido lo que sucedió en este monte. Como ellos, posiblemente también nosotros construiríamos cabañas para conservar y grabar nuestras experiencias de Dios y querríamos permanecer en su cercanía. Pero las experiencias de Dios no son lugares de descanso, sino que deben capacitarnos y darnos ánimos para mirar con Dios hacia delante y recorrer el camino por el que nos conduce.

Y entre la bruma de una nube oyeron una voz: *«Éste es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias, escuchadle»*, y cuando pudieron ver, alzaron los ojos y no vieron más que a Jesús solo. Luego bajaron de la montaña de la Transfiguración, de vuelta a la vida real, de vuelta a la vida cotidiana. **¿Qué les quedó a los discípulos? ¿Qué nos queda a nosotros?**

No quisiera ahora comparar nuestras celebraciones con el acontecimiento en aquella montaña. Sin embargo, la santa misa tiene un carácter si no de transfiguración, si un carácter sobresaliente. Disponemos de una casi interrupción de nuestra vida cotidiana y nos presentamos conscientemente en la cercanía de Dios.

Pero así como los discípulos tuvieron que bajar del monte, así tenemos que abandonar nuestra celebración para regresar a nuestra vida cotidiana. Regresar a nuestra familia, a nuestras relaciones, regresar al lugar de trabajo, al lugar de estudio, para seguir allí, en el mundo, nuestra vida de cristianos, con renovados ánimos.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17,3-7): *Y saldrá de ella agua para que beba el pueblo.*

2ª lectura (Romanos 5,1-2.5-8): *Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros.*

Evangelio (Juan 4,5-42): *El agua que salta hasta la vida eterna.*

Los devotos que peregrinan a Tierra Santa, suelen visitar el histórico pozo de Jacob donde Jesús se detiene en un caluroso mediodía de estío, buscando un poco de agua y suscitando una conversación con la mujer. Los turistas escuchan la explicación, oyen la lectura de este pasaje y beben, por devoción, agua del pozo del que pidió beber también Jesús, cansado del camino y con sed.

Aquella mujer había venido quizá docenas, miles de veces a sacar agua. La monotonía de lo mil veces repetido rompió aquel día en un encuentro decisivo y en una hora de gracia. Hay un diálogo superficial por parte de la mujer, pero bien conducido por Jesús hacia las regiones del espíritu. Al diálogo sigue un cambio radical en la vida de la mujer, un nuevo nacimiento con nuevo orden en la apreciación de valores. El simbolismo de la nueva vida, es hoy el agua en el diálogo de Jesús con la samaritana junto al pozo de Sicar.

Si no vivimos la fe, la esperanza y el amor, la vida se convierte en un desierto árido y sin caminos por el que no paramos de dar vueltas sin rumbo y sin salida posible; con mucho, unas gotas de agua cada día para ir tirando y no caer exhaustos.

Pero el desierto, también puede ser un lugar de encuentro con nosotros mismos y con las debilidades que anidan en cada uno, y en las estructuras que nos creamos cuando paramos en nuestra marcha hacia la libertad, tal como le ocurrió al pueblo de Israel al construirse un dios al que darle culto. No tuvo paciencia para esperar las pautas que su verdadero Señor les iba a indicar por medio de Moisés.

Porque nada es tan importante como el encuentro con Aquel que nos conduce desde su llamada a ser personas, que nos muestra el camino para ser más libres y más felices y que nos envía a acompañar a nuestros hermanos en la construcción de una tierra en la que todos tenemos que encontrar nuestro sitio y así crezcamos en responsabilidad.

Pero los días van pasando, el trabajo se hace monótono; las semanas resultan largas, se espera el fin de semana para evadirse; los meses y los años son una sucesión de tareas y de rituales sociales y, cada vez, se piensa más en los puentes y en las vacaciones para escapar de ellos y agobiarse con unas relaciones familiares continuadas de las que cada vez estamos menos acostumbrados.

Y es que hoy, igual que nuestros antepasados, seguimos “casados” con los antiguos dioses de la tradición muerta: la costumbre..., el trabajo..., la familia..., la religión..., la rutina. Este enganche nos lleva al cumplimiento, a realizar, todos, las mismas acciones, a no dar ni pedir explicaciones de nuestro comportamiento.

Porque, ¡ay! **de aquel que se le ocurre hacer algo diferente a lo que hace todo el mundo.** Lo ha de tener muy claro. Ha tenido que pararse a contemplar su vida, su entorno y decidir si eso que está haciendo tiene algún sentido, o es preferible plantearse y discernir, con otras personas, si no será mejor enfocar las cosas de otra manera, dejar de realizar las que han perdido su significado y buscar juntos otras formas y otro tipo de acciones que estén más acordes con los tiempos.

Las personas, desde que nacemos, andamos buscando el agua que sacie nuestra sed de tener cosas, de conocer los secretos del ser humano y de la naturaleza, de mandar sobre otros hombres. Por eso dedicamos mucho tiempo de nuestra vida a almacenar “agua”; es como **«el pozo de nuestro padre Jacob»**, al que cada día vamos a buscar el agua del dinero, de las novedades, de los puestos de poder en la sociedad o en la Iglesia.

En otras ocasiones pensamos que nosotros somos los que tenemos que salvar de la mentira y del pecado al mundo. Nos sentimos en posesión de la verdad y nos creemos los mejores del mundo entero: **¡nuestra religión es la verdadera!** Pero sólo el que está lleno del Espíritu de la verdad nos conducirá al manantial de agua que sacia la sed de ser persona libre y feliz.

Sólo el Espíritu, saciará nuestra sed. Se trata pues, de entrar en el conocimiento de Jesús, o de ahondar en el que ya tenemos, para que cada día sea mayor el amor que sentimos por él; sea más fuerte nuestra decisión de seguirle y de vivir como él. Y así ningún otro señor, del mundo o de la Iglesia, nos tendrá atrapados.

Porque lo más importante es que cada cual nos encontremos con Jesús verdadero y confesemos la fe en él con obras y con palabras; no en que aumentemos el número de adeptos a determinada confesión religiosa para gozar de más privilegios.

El pozo de agua, **«el manantial de agua viva»**, del que nos habla Jesús, no es el pozo de Jacob y el culto verdadero no está en Garizín ni en Jerusalén sino dondequiera que un corazón se abre a la palabra y a la gracia del Espíritu. No hace falta peregrinar; basta mirar al interior: allí está Dios. Es allí donde hay que buscarle y darle culto en espíritu y en verdad.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1º Samuel 16,1b.6-7.10-13a): *El hombre mira la apariencia, el Señor mira el corazón.*

2ª lectura (Efesios 5,8-14): *Despierta, y Cristo será tu luz.*

Evangelio (Juan 9,1-41): *Ni este pecó ni sus padres.*

“*Al pasar, vio a un ciego de nacimiento*”. Todo un símbolo este ciego de nacimiento. Representa al hombre que ha vivido siempre en un ambiente de tiniebla, esto es, en un ambiente de mentira propuesta por el círculo de poder y que nace de la ambición de riqueza y afán de gloria humana. Un ciego de nacimiento “*al borde del camino*”; un marginado, representante de los que han vivido y viven en la tiniebla sin noción de poder salir de ella por no conocer otra alternativa, pues han vivido siempre sometido a la opresión. Ceguera, que es provocada por la tiniebla, esto es, por una ideología que no sólo impide ver la luz, sino que trata de apagarla.

A la pregunta de los discípulos: “¿Quién había pecado?”, Jesús responde desenmascarando el engaño de la ideología dominante. La ceguera no se debía a que Dios le castigase, a él o a sus padres, por un pecado, sino a una sociedad que, diciendo que hablaba en nombre de Dios, le había impedido conocer a Dios y conocer su proyecto de amor sobre los hombres. La ceguera de nuestra sociedad se debe a que los que tienen el poder impiden, de una forma sutil, que la gente vea que otro mundo es posible.

“*Si fuerais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste.*” No es pecado ser ciego, como fácilmente se comprende; Jesús se refiere a la ceguera del corazón. Hay ciegos de nacimiento, totales o parciales, porque nacen y crecen en sistemas sociales y religiosos que nunca han permitido ver dimensiones fundamentales de la vida; éstos no son culpables de su situación, pero, sí lo son los ciegos voluntarios, es decir, los que rechazan la luz, cuando brilla ante sus ojos.

Son culpables porque, ante la luz, en vez de abrir los ojos, los cierran. Su pecado se apoya en una doble mala fe: por un lado, distinguen la luz, pero la rechazan; por otro, proponen como luz lo que saben que es contrario a la luz que conocen. Son ciegos voluntarios que buscan cegar a los demás. Son tiniebla que, proponiendo la mentira, apagan la verdad y con ella la vida.

Así, aparece la gran diferencia entre oprimidos y opresores. El oprimido es ciego, porque le han privado de la posibilidad de ver. El opresor, en cambio, propone la mentira y con ella ciega al pueblo. Viendo los efectos de su opresión debería rectificar, pero, como no tiene amor, no le importan los seres humanos, sino su situación de privilegio y de dominio.

Jesús “*Luz del mundo*”, viene con la misión de “*abrir los ojos a la humanidad para que conozcan el amor misericordioso de Dios*”, más, no sólo con sus palabras sino con un estilo de vida de contrastes y con los gestos que realiza. Y esta misma misión de Jesús, tenemos que continuarla sus discípulos, los cristianos; conociendo que la misión de dar vista no es sencilla, no es tarea fácil sino conflictiva.

Las tinieblas no sólo impiden ver la luz, sino que tratan de apagarla. Los fariseos y los representantes del pueblo, que se sentían responsables de conservar la ley, las tradiciones de los mayores, ante las obras de la luz de Jesús se desconciertan, ven amenazados los presupuestos del sistema; ¿cómo es posible que un hombre que no cumple la ley religiosa, actúe en nombre de Dios?

Lo que está en juego es la imagen de Dios: la que difunden los fariseos y la que revela Jesús con su actuación. La idea de Dios que proponen los fariseos es la de un Dios legalista, un juez severo que exige sometimiento a la ley por encima de las personas, de su libertad y su felicidad. Jesús con su actuación y palabras les invita a que abran los ojos y contemplen los hechos de su propia historia de pueblo, que les está mostrando a un Dios misericordioso y liberador, pero se aferran a su ideología y niegan la evidencia.

En el fondo, tras esa ideología se esconde una posición de privilegio y de dominio que defienden a toda costa; y, al sentirse amenazados en sus privilegios, atacan, porque Jesús está abriendo los ojos a la gente del pueblo para que vean otro mundo distinto que el que le ofrecen las autoridades, los escribas y fariseos, la elite.

En primer lugar, intentan negar el hecho, a pesar de estar clarísimo; después, pretenden desacreditar a quien le ha curado, coaccionando al ciego liberado a que afirme que es un pecador, pues va contra lo que ellos enseñan, y, por tanto, no actuaba en nombre de Dios: “*Reconoce tú ante Dios, que a nosotros, que poseemos la autoridad doctrinal, nos consta que ese hombre es un pecador*”. Y como se resiste lo excomulgan, lo declaran fuera de la ley, fuera del pueblo de Dios. Todos llevamos dentro repliegues de tinieblas, espacios donde todavía no hemos dejado entrar la luz. En medio de estas situaciones se puede progresar en la visión de Dios, y se puede crecer también en la ceguera, como las autoridades que niegan lo evidente.

Hay muchos en nuestro mundo que nunca han podido experimentar lo que significa ser persona; lo que es vivir con dignidad de seres humanos. Y nosotros, cristianos, seguidores de Jesús, tenemos que asumir la tarea de abrir sus ojos, es decir, ofrecerles la posibilidad de tomar conciencia de cuál es su auténtica condición, devolverles la conciencia de su propio valor de seres humanos, HIJOS DE DIOS.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37,12-14): *Os infundiré mi espíritu y viviréis.*

2ª lectura (Romanos 8,8-11): *Pero vosotros no estáis en la carne.*

Evangelio (Juan 11,1-45): *Desatadlo y dejadlo andar.*

En una genialidad literaria y artística, ha recogido, Ezequiel, en una imagen muy expresiva, la situación anímica de la gente de su comunidad. La compara con los huesos que, sin carne, sin espíritu, sin vida, yacen tirados y dispersos por el suelo reflejando la desolación y la muerte.

Con esa fuerza desgarradora de quien ve a su pueblo exhausto, des-animado, des-vivido y des-unido, falto de vitalidad y carente de esperanza; después de haber hecho un análisis sincero y crudo de las causas que le han llevado a su terrible situación, concreta el futuro en una voz que convoca, reúne y proyecta.

El futuro de vida y de esperanza está en Dios. Luego el presente de muerte y de fracaso se debe a la ausencia de Dios.

Cuando el ser humano, a nivel personal, comunitario o cultural, se empeña en eliminar a Dios haciéndolo desaparecer de su mundo de referencias, está iniciando una dinámica que le llevará a una situación en la que no verá futuro, y el presente se convertirá en una pesada carga que provoca desaliento.

Desde esa situación denuncia el profeta a sus paisanos. Pero desde esa misma situación les habla sobre la posibilidad de recuperar el sentido de Dios de una forma muy distinta a como lo veían antes.

La gran crisis del pueblo la ve Ezequiel como una gran oportunidad de renovar la relación con Dios que se había hecho muy externa, superficial y mágica. Ahora es cuando pueden ver que Dios, a quien habían echado de sus vidas por inútil, es mucho más importante y profundo para la vida de lo que imaginaban.

Como les puede ocurrir a la gente contemporánea nuestra que, tras este momento histórico de rechazo religioso, se vean en la misma situación de desaliento y desesperanza y descubran que la religiosidad es algo más que un tinglado de los curas, algo más que una proyección desde la frustración, algo más que un rito mágico para crear ilusiones, algo más que un misterio supliendo a la ignorancia.

Puede ocurrirnos como a Lázaro, a quien el amigo, ausente en sus momentos difíciles, se le presenta, cuando a todos les parece irremediable la situación, y lo llama a la vida de nuevo.

La tumba de Lázaro es uno de los lugares de obligada visita turística de los peregrinos a Tierra Santa. Una cavidad profunda, excavada en la roca. Abajo la oscuridad húmeda, el silencio y misterio de una tumba a la que le fue arrancada su presa. *¡Lázaro, sal fuera!* Al mandato de Jesús subió de allí a la superficie luminosa lo que había sido cadáver en la cavidad oscura.

La muerte, real o figurada, es siempre una manifestación de nuestras crisis religiosas, porque en ella se experimenta la distancia de Dios, su ausencia. Pero en ella se siente también, como en ningún otro momento, la profundidad vital y la necesidad angustiosa que Dios representa en nuestra vida.

Porque en la muerte se vive la ausencia de toda esperanza que no tenga su fundamento en Dios. O porque la situación vital de desesperanza profunda indica que Dios está ausente de nuestra existencia.

Y ésa es la realidad cultural de la humanidad occidental de hoy. Que hace coincidir su momento de bienestar en la historia, pese a la crisis económica, con una espiral consumista, un orgullo científico y un laicismo político que muchos achacan a la superación de la religión medieval oscurantista y manipulada.

Pero la situación es, a la vez, de profunda crisis de sentido y, por eso mismo, de esperanza en un futuro de vida y en un compromiso transformador del mundo con sus desigualdades y sus peligros ambientales. Sin ánimo no hay energía. Sin entusiasmo no hay virtud.

Si como le ocurrió a Lázaro, volvemos los ojos a la figura de Jesús, al amigo; el cercano a quienes lo pasan mal, el próximo a los necesitados, el que conserva la capacidad de sentir ternura por quien sufre o de llorar por quien muere y capaz de hundirse en la miseria de nuestra propia existencia humana. Si le echamos en falta, y lo estamos echando ya en falta, volveremos los ojos a su figura y abriremos los oídos a su voz y, entonces, escucharemos la potente llamada que nos invita a salir de nuestras crisis vitales y nuestras culturas de muerte, convocándonos a iniciar una vida distinta de proyectos, ánimos y alegría profunda.

Pero todavía tenemos que ser conscientes de la crisis profunda en que vivimos para echar de menos a un Dios que no es como ridículamente lo hemos imaginado, sino que es el Dios de la vida, de la historia, del futuro, de nuestras posibilidades. Un Dios mucho más profundo del que solemos hablar y un Dios mucho más humano del que históricamente nos hemos representado.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21,1-11): *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*

1ª lectura (Isaías 50,4-7): *Sé que no quedaré defraudado.*

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): *¡Jesucristo es Señor!*

Pasión (Mateo 16,14-27,66): *Elí, Elí, lamá sabaktaní.*

Hay una gran tensión entre los momentos felices y los desagradables de nuestra vida. A veces lo que nos encontramos fuera de nosotros es ayuda y amistad. Otras veces, sólo deprimente tristeza. Tenemos que salir airoso con los impulsos que nos hacen avanzar positivamente, o bien sacar fuerzas de flaqueza para no hundirnos en el abismo o retroceder con amargura. Y es que, en definitiva, la base de nuestra conducta está enraizada en la tensión que vive nuestra naturaleza entre el bien y el mal.

Esta realidad nos estremece tantas veces cuantas nuestro ánimo se eleva a las alturas o se ve arrojado a la profundidad. A menudo sentimos la tentación de romper violentamente con esa tensión. Sin embargo, antes de deshacernos de ella, casi siempre intuimos que debemos mantenerla. ¿Podremos aprender alguna vez a aceptarla como una energía indispensable para la vida?

Vida, destino y actitud de Jesús pueden ser para nosotros un modelo de existencia. A Él le había llegado la hora y se pone en camino hacia el lugar de la decisión: sube a Jerusalén. Está por ver si el pueblo acepta la oferta de la bondad de Dios que irrumpe en los caminos del mundo, lo cual exige de grandes y pequeños un viraje, un cambio de dirección, un “SÍ” a una justicia totalmente nueva, que, a su vez, pasa incondicionalmente por sumarse a la causa de Jesús y confiar en Él siguiéndole fielmente.

Una vez más los caminos de Dios no coinciden con los caminos de los hombres. La figura del «*Siervo de Yahvé*», inocente, injustamente perseguido, mudo ante quienes lo maltratan plantea un agudo interrogante: el siervo no abre caminos a la violencia, antes se esfuerza por cerrarlos; los rechaza claramente. Ya lo había dicho el profeta: «*Llevado al matadero sin abrir la boca*». Podría defenderse pero no responde a la agresión con otra agresión.

Con su silencio intenta abrir los ojos al hombre y hacerle ver su situación. Cargando con la incompreensión, el egoísmo, la brutalidad y los pecados de los hombres que los encierran en sí mismos y los apartan de Dios. Esto es redimir. Es lo que hizo el siervo de Yahvé, Jesús, el hijo del hombre. Sí, Jesús quiere acabar en sí el odio, la brutalidad, el desprecio del hombre para el hombre; todo se concentra en Él humillándolo, y sin embargo sigue siendo el más fuerte. Precisamente en su entrega con debilidad se revela a sí mismo como afirmación hecha carne del amor de Dios.

Al comienzo de su evangelio, Mateo nos había dicho que Jesús, al nacer, había conmocionado a Jerusalén, capital del reino, porque unos extranjeros, los magos, traían el rumor del nacimiento de un futuro rey. Su lugar de origen no sería la corte, con sus lujos y seguridades, sino un pueblo pequeño, en sus afueras, en la escasez e identidad con los pobres y necesitados. De Él se esperaba un reino cuya preocupación central no sería el poder y su conservación, sino la atención al pueblo sencillo y menesteroso. De ahí la ansiedad de unos por su llegada y la resistencia de otros a que llegue.

Pese a todos los esfuerzos por evitar que ese reinado se implante, hoy, alguien que dice ser el rey encargado de iniciarlo, llega, por fin, a Jerusalén. Unos salen a recibirlo. Otros miran con desdén. Los primeros quieren declararlo sucesor de David. Los segundos se conjuran para impedirlo.

Jesús hace la entrada aceptando el reto. Sus signos, sin embargo, no coinciden con la arrogancia de un sucesor de David; más bien se parecen a los expresados por los profetas. Su preocupación no es la apariencia de un rey con carroza, caballos, corte y guardia de honor. Rodeado con su curioso grupo, refleja actitudes de cercanía, sencillez y pertenecía al pueblo.

Los amigos de la apariencia no lo soportan. Harán todo lo posible por destruirlo. Y así se desencadena la espiral del mal, que envuelve a todos y concluye en la destrucción del inocente, del solidario, del servicial, del generoso. **¿No hará Dios algo para evitar esa espiral tan horrible que parece dominar la historia de la humanidad y hace sufrir a tanta gente inocente? ¿No tendrá Dios, como dice la Biblia, entrañas compasivas y poder suficiente para dar un puñetazo en la mesa del universo y decir basta a tanto horror?**

Con su hijo no lo hizo, con nosotros tampoco. Dios se ha tomado muy en serio nuestra autonomía, nuestra libertad. Él ha querido respetar nuestro mundo con sus leyes y nuestra historia con sus condiciones. Él se ha sometido a nuestros propios procesos y elige siempre lo débil, humilde, pobre y sencillo.

Por eso nos escandaliza, porque, pudiendo actuar a lo grande, prefiere actuar desde dentro, a lo sencillo. Ya las lecturas nos van avisando. ¡Tened cuidado! Dios no hace lo que queréis ni actúa como os gustaría. Él es siempre la víctima. Nunca hace alarde de grandeza y excepción. Pero al final tendrá la última palabra.

SEMANA SANTA

SILENCIO/...

Acostumbrados a una cultura de la eficacia y a la aplicación de soluciones rápidas, somos muy sensibles a los problemas materiales que acosan al mundo y, el tema de Dios lo ponemos en relación a ellos porque nos invade una sensación de impotencia. Dios no parece actuar de acuerdo a nuestros esquemas; no sigue nuestras indicaciones, y la presencia tenaz y molesta del mal, en todas sus formas, cuestiona nuestra fe de un modo muy fuerte y descarado.

Unos, basados en su aparente indiferencia, pasan olímpicamente de Dios, porque no pueden aceptar su existencia y su pasividad frente al sufrimiento. Otros, aceptando su existencia y desarmados por su silencio, lo aclamamos, pero en la comunidad creyente hay aclamaciones que no encajan con el modo de Jesús; hay manifestaciones religiosas que parecen más propias del triunfalismo regio y cortesano que de la sencillez y cercanía de su fundador.

Todos estamos conmovidos por el silencio que Dios guarda en nuestra historia y que nos hace sentir un estremecimiento interior, como de abandono por su parte, con la correspondiente sensación de soledad en la nuestra. Como represalia a su actitud, en nuestro tiempo, se ha decidido mantener un silencio sonoro sobre Él. A veces puede dar la impresión de contestación y rechazo generalizados, pero también puede ser la forma que adopta nuestro interrogante e incomprensión. **¿Por qué Dios es así?** También Jesús se lo preguntó, pero Él confió, a pesar de todo, y siguió adelante con su misión.

.../¿NO ESTÁ AQUÍ!...

Nuestro desconocimiento de la muerte es grande. Sabemos muy poco, porque no queremos reconocer que somos mortales, aunque lo digamos con la boca pequeña. No nos gusta hablar de la muerte, incluso nos parece cosa de mal gusto y siempre inoportuna. Tampoco parecemos estar muy interesados en la cuestión. Tal vez por eso, al dejar a nuestros seres queridos en los cementerios, colocamos una inscripción que nos permita saber dónde siguen: *“Aquí esta don...”*. *“Aquí yace doña...”*. *“Aquí reposan los restos de...”* **¿De verdad están ahí?**

No podemos vivir como si no tuviéramos que morir nunca. Sabemos que somos criaturas mortales. Pero tampoco podemos vivir sin clarificarnos respecto de la muerte y asumir nuestra condición, para no ser víctimas del miedo, porque tampoco podemos vivir muertos de miedo. La aceptación de la muerte es la primera condición necesaria para aceptarnos a nosotros, como somos, sin engaños, sin mentiras ni vanas pretensiones. Tenemos que afrontar nuestra condición y encontrar alguna razón para vivir como seres mortales e inteligentes.

Podemos dar por supuesto que todo acaba con la muerte, lo cual es una manera de creer lo que no sabemos en absoluto, o podemos creer que la muerte no es la última palabra. Hay, no obstante, una diferencia notable. Los que creen que la muerte es la última palabra, también creen que la muerte es una solución para determinados problemas. Así piensan los abortistas, suicidas, homicidas y todos los partidarios de la pena de muerte y de la eutanasia activa y discrecional. Pero también podemos suponer –creer– en la vida eterna. Los que creen en la resurrección, no creen que matar arregle nada, sobre todo para el que se arroga un derecho a matar, que no tiene, ni se le puede consentir.

.../AMANECE

La noche se había cernido sobre todos ellos. La oscuridad lo invadía todo. La tiniebla había vencido a la luz. Aquello no tenía sentido. ¿Por qué? Todas las esperanzas, todos los proyectos y todos los sueños habían quedado hechos añicos. Había triunfado la injusticia. Solo se podía llorar. No merecía la pena seguir adelante. El transitado camino de la cruz parecía haber llegado a su fin.

Hoy siguen existiendo demasiadas historias de muerte, cruz y dolor. Seguramente tuvieron sueños luminosos pero les abrazó la noche en alguna de sus manifestaciones. Hombres y mujeres, seres humanos, personas que llevan la cruz del desempleo o la enfermedad. Niños sin un entorno afectivo. Familias invadidas por la violencia. Pueblos enteros inmersos en la noche del hambre o la guerra. Regiones devastadas por el afán de enriquecimiento de unos pocos. Naciones sumidas en la miseria por un sistema socioeconómico que privilegia a quienes más tienen. Es imposible relatar tanta oscuridad.

Cuando parecía todo perdido, llegó el amanecer y surgió una nueva claridad. No siempre llega y, en ocasiones, no sabemos descubrirla. Aquella mañana fue distinta, todo quedó renovado, transformado. Algunos descubrieron la luz en una ausencia: la muerte ya no estaba. Sus signos permanecían pero no sus efectos. No hizo falta nada más. Corrió la voz, se propagó la noticia, se multiplicó la luz. Todo se iluminó de nuevo. Amaneció y todo fue distinto. Aunque no todos lo supieron ver. Es la Pascua. Es la vida. Es el triunfo de Dios.

Hoy anhelamos la luz. Necesitamos la luz. Muchas personas esperan que amanezca. Otros han perdido ya la esperanza y viven en permanente oscuridad. La Pascua nos recuerda que Dios es capaz de renovar y dar vida en todas las situaciones. A nosotros nos queda saber reconocer su presencia y comunicarla a todos. Nosotros, con los primeros discípulos, somos mensajeros del nuevo día y de la claridad que viene de Dios. Trabajadores de la Pascua que iluminan la oscuridad. Hoy también puede amanecer. Entre todos multiplicaremos esa luz. Es la Pascua. Es la vida.

SÁBADO SANTO

Siempre se ha reconocido la asociación de la Madre con el Hijo en la historia de la salvación, y en particular en los momentos de dolor y en los misterios de carácter y de valor propiamente sacrificial. Por eso, la Iglesia, desde la época de los Santos Padres, ha recordado con devota veneración los dolores de Nuestra Señora, interpretando la profecía de Simeón y contemplando teológicamente el misterio de la Cruz. Orígenes y los escritores orientales principalmente vieron en la “*espada de dolor*” el símbolo de los dolores de la Madre del Mesías.

Muchos escritores hablan de la “*compasión*” de la Virgen, es decir: de su participación en los dolores del crucificado, o de su “*compadecimiento*”. Ya en el siglo XII, se daba culto a los “*cinco dolores*” de María, que más tarde pasaron a ser siete. En el siglo XIII los servitas, o siervos de María, celebraban ya la “*comendatio*”, o recuerdo de María bajo la Cruz, con oficio especial y misa. Y en el siglo XIV consta que se celebraba una fiesta litúrgica en Alemania el viernes después del tercer domingo de Pascua, con el nombre: «*De Doloribus Beatae Mariae Virginis*».

La Virgen María, no solo se asoció al dolor de su Hijo y padeció con Él, sino que se ofreció a sí misma con Él, al Padre, como sacrificio agradable a Dios en el Calvario. Allí se mantuvo firme en su fe y en actitud de amor ardiente y de entrega al Señor, «*sufriendo con su Unigénito -dice el Vaticano II- y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la Víctima, que ella misma había engendrado*»,... «*padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma del todo singular a la obra del Salvador, con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas*» (LG, 58 y LG, 21).

La Virgen Dolorosa evoca principalmente la presencia de María al pie de la cruz, y el ofrecimiento que hizo al Padre de su sacrificio espiritual, juntamente con su Hijo, para la redención del género humano. Este ofrecimiento consistió en la abdicación de sus derechos de Madre, como recuerdan los papas Benedicto XV y Pío XII, en el ofrecimiento de sus propios dolores y sufrimientos, y en el ofrecimiento espiritual de su propio Hijo, desde lo más profundo de su corazón y con una voluntad totalmente rendida a la voluntad del Padre.

María es la Virgen oferente. La Iglesia, guiada por el Espíritu, ha vislumbrado un misterio de salvación relativo a la historia salvífica; esto es: ha notado la continuidad de la oferta fundamental que el Verbo encarnado hizo al Padre al entrar al mundo; ha visto proclamada la universalidad de la salvación...; ha comprendido la referencia profética a la Pasión de Cristo de las palabras de Simeón, las cuales unían en un solo vaticinio al Hijo, signo de contradicción... y a la Madre, a quien la espada había de traspasar el alma; «...Y el vaticinio triste, de Simeón cumplido, deja en su pecho herido, la espada del dolor», profecía que se cumplió en el Calvario. Misterio de salvación, pues que el episodio de la presentación en el templo orienta en sus varios aspectos hacia el acontecimiento salvífico de la Cruz.

«Junto a la cruz estaba su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre, y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: - “*Mujer: ahí tienes a tu hijo*”. Luego dijo al discípulo; - “*Aquí tienes a su madre*”. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa” (Juan 19, 25-27).

«La madre piadosa estaba junto a la cruz, y lloraba mientras el hijo pendía. / Cuya alma, triste y llorosa, traspasada y dolorosa, fiero cuchillo tenía. / ¡Oh, cuán triste y cuán aflicta se vio la Madre bendita, de tantos tormentos llena! / Cuando triste contemplaba y dolorosa miraba del Hijo amado la pena. / Y ¿cuál hombre no llorara si a la Virgen contemplara de Cristo, en tanto dolor? / Y ¿quién no se entristeciera, Madre piadosa, si os viera, sujeta a tanto rigor? / Por los pecados del mundo, vio a Jesús en tan profundo tormento la dulce Madre. / Vio morir al Hijo amado, que rindió desamparado el espíritu a su Padre. / ¡Oh dulce fuente de amor!, hazme sentir tu dolor para que lllore contigo. / Y que, por mi Cristo amado, mi corazón abrasado más viva en él que conmigo. / Y, porque a amarle me anime, en mi corazón imprime las llagas que tuvo en sí. / Y de tu Hijo, Señora, divide conmigo ahora las que padeció por mí. / Hazme contigo llorar y de veras lastimar de sus penas mientras vivo. / Porque acompañar deseo en la cruz, donde le veo, tu corazón compasivo. / ¡Virgen de vírgenes santas!, lllore ya con ansias tantas, que el llanto dulce me sea. / Porque su pasión y muerte tenga en mi alma, de suerte que siempre sus penas vea. / Haz que su cruz me enamore y que en ella viva y more de mi fe y amor indicio. / Porque me inflame y encienda, y contigo me defienda en el día del juicio. / Haz que me ampare la muerte de Cristo, cuando en tan fuerte trance vida y alma estén. / Porque, cuando quede en calma el cuerpo, vaya mi alma a su eterna gloria. Amén»

Este himno compuesto en 20 estrofas, es una profunda reflexión teológica donde se muestra el llanto y la pena de la Virgen santa, ante la muerte del hijo y, se convierte en testimonio vivo, que irradia el espíritu de la Dolorosa y el resplandor de la Cruz, que venció la muerte y dispuso las tinieblas del pecado.

“*En esta composición tan triste, cuyas estrofas monótonas caen como lágrimas tan dulces, que en ellas, se descubre un dolor divino consolado por los ángeles*” (Federico Ozanam).

PASCUA DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10,34a.37-43): *Dios estaba con Él.*

2ª lectura (Colosenses 3,1-4): *Vuestra vida está con Cristo.*

Evangelio (Juan 20,1-9): *Vio y creyó.*

Hoy como siempre, pero hoy más que nunca, suena en la Tierra la proclamación del evangelio como el anuncio de la Buena Noticia. Pues no hay noticia mejor para el hombre, atemorizado por la muerte, que el anuncio de la resurrección, que es el anuncio del triunfo de la vida sobre la muerte.

Para nosotros que abrigamos la oscura convicción de que la muerte es una ida sin retorno, una aniquilación, es difícil, por nuestra limitación, una inteligible comprensión. Uno nace, vive o malvive y se muere, eso es todo, pensamos. No obstante, los cristianos, creemos que, agotadas todas las posibilidades humanas, cuando incluso la razón no se atreve a plantearse y encararse con la cuestión, Dios hace valer la posibilidad que sólo Él tiene en sus manos. De modo que creemos que lo que resulta imposible para los hombres, no lo es para Dios. Lo imposible resulta posible para la fe y la esperanza. Porque creemos en Dios, que es el Señor y Amigo de la vida.

«**Conocéis lo que sucedió en el país de los judíos**». Durante esta semana, la Semana Santa, hemos recordado en la liturgia, en las procesiones y en las mil manifestaciones del arte (escultura, pintura, música religiosa...) aquellos entrañables sucesos. «**Me refiero a Jesús de Nazaret**» que, murió clavado en una cruz como un malhechor y entre malhechores. Pero Dios lo resucitó al tercer día. Es verdad que nosotros no lo vimos, sucedió hace ya muchos años. Pero nos lo han contado los testigos que le vieron, le escucharon, le hablaron, comieron con Él, se llenaron de gozo y se lanzaron a anunciar la buena noticia sin que nada ni nadie pudiera hacerles callar.

El grito de María Magdalena en el amanecer del primer día de la semana alerta al resto de los discípulos. El cuerpo de Jesús ha desaparecido. La tumba que alberga los restos del Nazareno se convierte en el lugar de la ausencia. **El Maestro no está allí.** Tras la noche oscura del calvario comienza a clarear un amanecer que anuncia algo nuevo. Así lo van a intuir Pedro y Juan cuando llegan al sepulcro, entran, ven y creen. Es ahora cuando comienzan a comprender.

En la tumba solo hay unas vendas y el sudario. Son el recuerdo de la muerte de Jesús. Allí también queda la cruz, el calvario y la tortura. La tumba es signo de injusticia y de tinieblas. Es signo del fracaso, aparente, de Jesús y de los fracasos que hoy padece la humanidad. En el sepulcro de Jesús reconocemos a las víctimas de nuestro mundo. Sin embargo, el sepulcro queda vacío, allí solo permanecen enterradas la muerte, la tiranía y la oscuridad. Los sepulcros se derrumban ante la vida que procede de Dios.

Los discípulos de Jesús no pueden perder el tiempo. La carrera hasta el sepulcro es la preparación para lo que van a descubrir. A partir de ese momento comenzará un nuevo camino en el que no conocerán fronteras y que les llevará a anunciar la Buena Noticia de Jesucristo hasta los confines de la tierra. Quien ha descubierto a Jesucristo no permanece igual. Quien se ha encontrado con el Resucitado queda renovado. Su vida, sus aspiraciones y sus sentimientos cambian. La vida adquiere una nueva dimensión, un nuevo destino.

Pero la fe en la resurrección no es una mera creencia o una bella teoría. Creer en la resurrección no es “*seguir tirando*” hasta la muerte y pensar que después de muertos Dios nos llamará a la vida. Creer significa, implica, responder ya a esa llamada a la vida para superarnos transformando la vida, esta vida ya, este mundo, este tiempo, aquí, ahora. Hermosamente lo exponía Pablo a los recién bautizados, como escuchamos en la segunda lectura de hoy.

Les recuerda Pablo a los colosenses el signo sacramental que significa la resurrección de Jesús y la actualiza en nosotros por la entrada y salida del agua bautismal. El bautizado es ya un resucitado, aunque su resurrección no esté consumada. Por eso nos recuerda que: «**Si habéis sido resucitados en Cristo**», o sea, bautizados en Cristo, debéis «**buscad los bienes de arriba**» y no sólo los del consumo, valorad lo que vale de verdad y no sólo lo que cuesta más dinero.

La experiencia de encuentro con el Resucitado convoca una comunidad renovada. Los miedos desaparecen, y surge la Iglesia que se configura en torno a Cristo resucitado, a su Palabra y a su Misión. Es la comunidad de los creyentes que se reúnen para celebrar la acción de gracias. Es la casa común de quienes han escuchado la Buena Noticia. Es el hogar de quienes han experimentado el encuentro con Dios. Es el refugio de aquellos que, día a día, siembran esperanza en el mundo.

Hay un lugar privilegiado donde siempre vamos a encontrar a Jesús: el prójimo y el necesitado. Ellos llevan las huellas de la cruz y el sinsabor de la injusticia. En ellos reconocemos la pasión de Jesús y los signos de su resurrección. La Pascua es celebrar la victoria definitiva de la Vida. La Pascua es también sembrar vida y esperanza en las víctimas de nuestro mundo. Entonces nuestra alegría de pascua, será completa.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,42-47): *vivían todos unidos.*

2ª lectura (1ª Pedro 1,3-9): *no lo veis, y creéis en él.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *Paz a vosotros.*

A los ocho días de su victoria sobre la muerte, según el relato de Juan que se proclama hoy, Jesús sale al encuentro de nuestros miedos y de nuestra incredulidad.

La resurrección de Jesús es la clave de nuestra fe cristiana, el anuncio central para los primeros cristianos y para los cristianos de todos los tiempos. La Buena Noticia de Jesús, sus palabras y sus gestos, fueron recogidos y narrados a la luz de su resurrección. Los evangelios son narraciones “*pascales*”.

Pablo dirá rotundamente: «*Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe*». Todo gira, nace y renace cada día alrededor de Cristo vivo. En Él es acogida y resucitada nuestra muerte y todas las muertes, y de manera privilegiada la muerte de tantas víctimas inocentes del egoísmo y la maldad humanos.

La figura de Tomás tiene la virtud de ayudarnos a repensar nuestra propia fe. **¡Creo en Jesús resucitado! Sí, pero, ¿creo hasta caer de rodillas ante ese misterio y exclamar entre el canto y el llanto: «Señor mío y Dios mío»? Porque entonces el Señor pronuncia para mi vida una palabra gozosa y definitiva: «Bienaventurado tú, que has creído sin haberme visto».**

Y nuestra vida se llena de una esperanza viva que ya nadie, ni nada, ni la muerte podrá arrebatarlos. Dios nos ha hecho nacer a esa esperanza «*en su gran misericordia*», nos ha dicho la carta de Pedro. Todos los hechos de la historia de salvación y de nuestra propia historia, culminados en la muerte y resurrección, la de Cristo y la nuestra, son signos de la entrañable misericordia de Dios.

Y desde la paz y la alegría de la resurrección, los discípulos de Cristo somos enviados, como a Él lo envió el Padre, para ser instrumentos de su misericordia y su perdón. **¿Lo somos? ¿Aparece la Iglesia ante el mundo como signo de la misericordia divina, hoy que celebramos el día de la Divina Misericordia?**

Aquellas primeras experiencia de que el Señor había resucitado y estaba vivo, fueron re-uniendo a muchos que habían seguido con gusto a Jesús, pero cuya muerte parecía haber defraudado sus esperanzas. Al sentir que está vivo, recuerdan sus palabras como Palabra de vida eterna; pueden ya pasar por la vida sin miedo a la muerte.

Las bienaventuranzas son el estilo de su Maestro y Señor, pero también su estilo de vida; el mayor entre ellos se hace su servidor, y los pobres y necesitados son, junto al Pan y el Vino, el Sacramento de la presencia de Aquel que les ha pedido que no le olviden, que actualicen sus gestos acordándose de Él.

Nace así una comunidad nueva de hombres nuevos, ungidos con el agua y el Espíritu de Dios para pasar por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal, porque sienten que Dios está con ellos y cuida de ellos, y es su fuerza en la debilidad.

Finalmente aspiran a morir como murió Jesús: «*¡Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu!*» Y el Espíritu de Dios, que resucitó a su Hijo de entre los muertos, dará vida eterna y feliz a sus cuerpos mortales.

Esa fe celebrada en un culto vivo, no ahogado todavía por los ritos rígidos e inamovibles, cobra vida en las relaciones fraternas que se establecen entre sus miembros. Viven unidos, comparten la vida y los bienes, según la necesidad de cada uno. Las cosas no las poseen como propiedad privada. Ninguno de ellos pasa necesidad. Dios los bendice con la alegría de una vida en común, y el pueblo los mira con buenos ojos, y muchos piden el bautismo para incorporarse al grupo de creyentes, que crece cada día.

Esa sociedad perfecta en el amor parece que no se realizó en toda su pureza a lo largo de la Historia de la Iglesia. Pero siempre estuvo ahí como horizonte deseado por Dios para los enamorados de su Hijo y de su Evangelio de todos los tiempos.

Y nunca faltaron en la Iglesia, y nunca faltarán, hombres y mujeres cuya vida personal y comunitaria estuvo y está hoy animada por ese ideal evangélico. **¡Dichosos los invitados a la mesa del Señor, a compartir la Eucaristía, la vida y los bienes!**

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,14.22-28): *Escuchadme, israelitas.*

2ª lectura (1ª Pedro 1,17-21): *tomad en serio vuestro proceder en la vida.*

Evangelio (Lucas 24,13-35): *¡Qué necios y torpes sois!*

Siempre que leemos este pasaje del evangelio, me produce una tremenda tristeza la desilusión que se esconde en ese tremendo “**nosotros esperábamos...**” de los discípulos de Emaús. Porque eso significa que ya no esperaban nada más, que no tenían ya ilusión, que se había disipado su esperanza y que habían perdido la razón de su vida.

Habían dejado todo por seguir a Jesús y en Él lo habían encontrado todo, de modo que estar con Él y seguirle era la razón de su vida. Pero no contaban con la muerte de Jesús y tampoco contaron con la promesa de resucitar al tercer día. Precisamente, el tercer día, sin esperar al resucitado, dieron por muerta su esperanza. *Nosotros esperábamos...*

No quisieron aceptar los hechos, ni la promesa, ni el camino de Dios... Se aferraron a sus expectativas, a lo que ellos creían, sin creer lo que Jesús les había dicho. Tampoco dieron crédito al testimonio de las mujeres, ni aceptaron las verificaciones de Pedro y Juan que confirmaron la sospecha de las mujeres. No tuvieron en cuenta la opinión de sus compañeros, al contrario, aferrados a las suyas, huyeron de la comunidad. Para ellos todo había terminado. Había sido una etapa preciosa de su vida, una experiencia inolvidable, una gran ilusión. Por eso ahora sufren la mayor desilusión. *Nosotros esperábamos...* pero ya no esperan.

¡Cómo se parece la situación de estos dos discípulos de Jesús a la nuestra cuando se nos tuercen las cosas, cuando viene el fracaso, la enfermedad, el revés y, sobre todo, la muerte de nuestros seres queridos, cuando empezamos a sentir que estamos dejados de la mano de Dios!

También nosotros dejamos la fe en ese pretérito imperfecto de la falta de confianza, ese tremendo “*esperábamos*”, que denuncia nuestra falta de esperanza y de fe. No nos fiamos de Dios. Pero Dios no falla. Cuando creemos que Dios nos tiene abandonados, el Señor se nos acerca, pero no somos capaces de reconocerlo. Igual que los de Emaús, que confunden a Dios con un caminante, o mejor, no son capaces de ver a Dios en el caminante, en el prójimo. Tenemos una imagen distorsionada de Dios, nos lo imaginamos como lo describen los filósofos, alguien lejano, inmenso, inalcanzable... y no queremos ver lo que nos revela Jesús en el evangelio; por eso no somos capaces de reconocerlo en el hermano. Jesús se les acerca discretamente, sin molestar, siente compasión de sus preocupaciones y se interesa por ellas, y ellos se desahogan, sin disimulos, contándole lo que habían imaginado sobre Jesús.

Jesús discretamente les da un buen repaso con la palabra de Dios por delante, para enfrentarla a sus elucubraciones. Un largo camino que termina feliz y amigablemente en la mesa; y ahí, al compartir, se les caen las telarañas de sus prejuicios y, por fin, reconocen que el compañero de camino es Jesús.

Ya hacía rato que su corazón había empezado a latir con más fuerza. Tenían corazonadas, pero ahora, al compartir con el otro, comprenden que el lenguaje del corazón es, a veces, más fuerte que el de la razón. Su alegría incontenible, ya de vuelta a casa, al grupo, se colma con la alegría y el testimonio de los compañeros. Entonces comprenden el mensaje de sus corazonadas.

Conforme Jesús les iba comentando las escrituras, los discípulos iban reconociendo los textos que sabían muy bien, pues los habían frecuentado desde pequeños. Como también sabían lo que les había dicho Jesús. *¿Cómo hubieran podido olvidarlo?* Pero una cosa es saber y otra creer, es decir, tomar en serio y expresar en la vida lo que confesamos de palabra.

El problema de los creyentes, el nuestro, como cristianos, es que nos hemos aprendido de memoria el Credo, pero no hemos aprendido a vivir lo que decimos creer. Creemos que Dios es nuestro Padre, pero le tenemos miedo. Creemos que todos los hombres somos hermanos, pero nos resultan unos perfectos desconocidos. Creemos en la vida eterna, pero la muerte sigue siendo una trágica realidad y su sombra oscurece nuestra esperanza y tiñe de luto nuestra liturgia funeraria. Y es que eso del cielo, de la resurrección, de la vida eterna... son cosas que sabemos pero que no acabamos de creer. Vivimos como si no tuviéramos que morir para resucitar, y el cielo es sólo unas vacaciones para dentro de demasiados años. Por eso no nos hace mucha ilusión.

Como a los discípulos de Emaús, nos hace falta un buen repaso para encararnos con la Escritura y hacer caso y confiar en la palabra de Dios. Comprendemos que el grano de trigo caiga en tierra y muera para dar mucho fruto, y eso porque así lo ha dispuesto el creador. Pero no acabamos de comprender, de creer, que sólo podemos empezar a disfrutar de la vida para siempre si antes nos desprendemos de las ataduras de la mortalidad.

Por eso era necesario que el Hijo del hombre padeciese y muriese para así entrar en la gloria y acabar con la tiranía de la muerte y fundar nuestra esperanza y hacer renacer la ilusión de vivir. Dios ha querido pasar por el aro, adelantándose a nuestra suerte, para despejar el camino y eliminar los miedos. Es como si nos dijese: ya veis, yo he vencido a la muerte; y, lo mismo vosotros, también venceréis sobre la muerte; **¿lo creéis? ¿Nos lo creemos?**

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2,14a.36-41): *Escapad de esta generación perversa.*

2ª lectura (1ª Pedro 2,20b-25): *Cristo padeció su pasión por vosotros.*

Evangelio (Juan 10,1-10): *Yo soy la puerta de las ovejas.*

Hay en el evangelio autodefiniciones en las que Jesús habla de sí mismo y se define como la luz, el camino, la vida...

A esa serie de definiciones se añade aquí una doble definición: *yo soy el buen pastor, yo soy la puerta del redil*. Puede parecer desconcertante: Jesús es al mismo tiempo ¿pastor que guía y puerta por la que se entra? Otra vez nos provoca a calar en el hondo significado de sus palabras este fascinante Jesús de Nazaret. Él es el pastor que guía y da su vida por las ovejas y, al mismo tiempo, es la puerta por la que Dios viene a los hombres y a través de la cual tienen los hombres acceso a Dios. Él es la vida y al mismo tiempo la puerta para entrar en la vida.

Como cada vez hay menos pastores y estos solo se dan en las zonas rurales, la mayoría de niños y jóvenes, que crecen en ambiente urbano, no saben lo que es un pastor ni han visto ninguno. Mas la figura del pastor sigue teniendo actualidad en tantas personas que arriesgan y entregan su vida por los otros, como Jesús.

«*Él va llamando por el nombre a sus ovejas*» El nombre es la totalidad de la persona, su situación actual, sus ilusiones y preocupaciones. Conocer el nombre es ser solidario con su vida y hacer propia su situación. El Buen Pastor se detiene junto al herido, se acerca al enfermo, llora con quien está triste... sufre con el parado, pasa hambre con el hambriento y vive la incertidumbre de tantos jóvenes ante su futuro. Más allá de dar respuestas, el buen pastor, camina con su rebaño y sabe de sus alegrías y penurias.

Alguien ha dicho que es más fácil rezar por el que sufre que sentarse junto a él. Jesús se sienta junto al que sufre y lo pasa mal, recorre su camino. Es Buen Pastor.

La puerta es una parte importante de la casa. Sirve para entrar y salir, para permitir el acceso a alguien o para excluirle. Las puertas se ponen para eso: para entrar y también para salir.

Tras la puerta hay un camino que podemos recorrer; es nuevo y único para cada persona. Jesucristo se hace puerta y camino, vida y plenitud para todos. El Evangelio es invitación y nos ofrece una clave de sentido para vivir hoy, aquí, ahora. Se trata de una vida nueva, diferente, apasionada por Dios y por los demás.

Hoy tenemos muchas puertas abiertas. Son puertas que nos ofrecen estilos de vida diferentes. Unas están más de moda que otras. Hace falta coraje para abrir algunas puertas. En ocasiones nos da miedo saber qué hay detrás; resulta más cómodo permanecer en lo conocido. La puerta de Jesucristo se abre en todo momento para todo aquel que quiera atravesarla. La puerta de Jesús nos abre a la solidaridad y a la justicia, al servicio a los demás, a la preocupación por los otros... pero por encima de esto nos abre a Dios. Es lo fundamental. Todo adquiere un sentido nuevo: tras la puerta hay un camino de vida y esperanza para cada persona y para toda la humanidad.

La promesa es que Dios no ha olvidado a su familia: la humanidad. No se desentiende de sus hijos sino que quiere que *«tengan vida abundante»*. Es una promesa universal, para todos. Nadie queda al margen del corazón de Dios que va a buscar *«la oveja perdida»* y hace fiesta por *«un solo pecador que se convierte»*.

El Buen pastor *«se juega la vida»* por el rebaño, no huye ante el peligro, ni se aprovecha de quien tiene a su cargo. Hace propia la vida de su pueblo y se deja afectar por la vida de los demás. Esta vida entregada tiene consecuencias para el seguidor de Jesús, que recorre el mismo camino del Señor. Un camino de hacerse solidario con los pobres y con los que sufren; un horizonte de justicia para todos; una vida no exenta de dificultades... una seguridad de vida plena.

Las heridas de Jesús nos han curado. Su resurrección es la clave. Sin ésta nada tendría sentido.

La Iglesia ha hablado de la misión pastoral a la que todos estamos llamados: **anunciar el Evangelio y hacer presente el Reino en todas las áreas de la sociedad**. Todos somos pastores. Hoy es necesario fijarnos en Jesús para aprender de Él. Es un pastor que arriesga la vida, está atento a los que sufren y se acerca a los más pobres. Transgrede las normas de su tiempo porque lo más importante es cada persona.

Nuestra sociedad está esperando un anuncio de vida. Son muchos los que buscan y esperan una palabra de vida y una puerta abierta. La pobreza está demasiado presente como para desentendernos: inmigrantes y parados, mujeres discriminadas y ancianos en soledad, personas atrapadas por un estilo de vida consumista..., *«andan como ovejas sin pastor»*. Jesús cuenta con nosotros y nos hace partícipes de su misión. En su grupo hay mujeres y niños jóvenes y ancianos, extranjeros, enfermos, pecadores... todos somos necesarios.

La conversión es una nueva orientación de vida hacia el Evangelio. No es una imposición, ni un castigo. Se trata de una realidad totalmente distinta y nueva: **Vivir la vida desde Jesucristo**.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6,1-7): *Les impusieron las manos orando.*

2ª lectura (1ª Pedro 2,4-9): *El que crea en ella no quedará defraudado.*

Evangelio (Juan 14,1-12): *¿Cómo podremos saber el camino?*

¿Es posible una comunidad cristiana ideal? ¿Crees viable una parroquia perfecta? La descripción de la comunidad de Jerusalén parece cumplir todos los requisitos necesarios: una fe viva en perfecta armonía, un solo corazón y una sola alma, nadie carecía de nada (Hechos 4,32). Pero el mismo Lucas, que describe aquel idilio de ángeles más que de hombres, vuelve hoy sobre los pasos para señalar algunas sombras: tensiones, grupos, favoritismos, protestas. Cierta tipo de problemas parece inevitable en cualquier empresa o comunidad humana. En realidad no importa tanto el hecho de la existencia de problemas y tensiones como la manera de resolverlos según inspire el amor al Resucitado.

Desde el comienzo de la Iglesia, una vez que el grupo de discípulos acogieron el don del Espíritu Santo, y sintieron en su interior la fuerza y el empuje para cumplir el mandato de Jesús, salieron del cenáculo (donde estaban encerrados por miedo a los judíos), salieron del templo judío (donde se encerraban a rezar por su mentalidad de pueblo elegido) y salieron de los límites de Israel (donde el miedo a los romanos les mantenía cultivando el nacionalismo mesiánico).

Lo mismo que Jesús, aunque con las resistencias propias de todos los seres humanos, entendieron que la salvación de Dios era para todas las personas; que era necesario buscar a los que se sentían enfermos y pecadores y no a los que se creían sanos y justos; y que los más desfavorecidos de entre ellos debían ser los mejor atendidos.

Esto les llevó a plantearse también la necesidad de diferentes ministerios o servicios, para que, sin descuidar lo más fundamental: el anuncio del Evangelio y la oración comunitaria, todos los miembros necesitados de las distintas comunidades fueran igual de bien atendidos.

El Pueblo de Dios se sigue cuestionando la mejor manera de llevar adelante la tarea encomendada por el Maestro: **«Id por todo el mundo y anunciad la Buena Noticia»**. Desde ahí es consciente de que el Reino de Dios llega en la vida y no en los ritos. Por las obras de Jesús quedan todos los convertidos enamorados de este hombre Dios, que hace ver a los que están ciegos, andar a los que cojean y procura sanar a los que se encuentran hechos polvo. Esta situación, que atraviesan los más empobrecidos de este mundo, provoca la marcha de muchas personas, en misión, a los países donde éstos sobreviven.

Cualquier comunidad cristiana que comprenda que la razón de su existencia es la extensión del Reino de Dios en la tierra y no su propio engrandecimiento considera que el verdadero y sólido fundamento, sobre el que se asienta su vida comunitaria, es Jesucristo.

Todos, y cada uno de los miembros de la comunidad nos vamos haciendo conscientes de esta existencia fundamentada en Cristo Jesús, cuando los cristianos que animan y dirigen la vida comunitaria nos invitan a participar en la organización, en la convivencia y en la celebración de la fe que habitualmente congrega a todos los que forman responsablemente esa comunidad.

El proyecto de Jesús hace personas activas en medio de la vida de la sociedad; nadie que se acerca a él lo desconoce y, si profundiza y decide llevarlo a la práctica será incapaz de inhibirse ante las situaciones que encuentra a su alrededor. Jesús habla de sí mismo, de lo que Él es y de lo que Él vive; y eso es lo que atrae realmente a las personas de su entorno, Cuando la gente se pregunta: ¿y éste quién es?, ¿de dónde ha salido? Es precisamente porque lo descubren actuando más allá de la normativa vigente y de lo que se consideraba normal en aquella época.

Jesús no se lava antes de las comidas, hace lo que no está permitido en sábado, toca a los impuros según la ley, se sienta a comer con pecadores y entra al templo para atajar los desmanes que allí se cometen con la excusa de honrar a Dios, su Padre.

A las personas religiosas y biempensantes de su época, como de todas las épocas, les cuesta entender que para llegar a encontrarse con el Dios verdadero haya otros caminos diferentes a los de toda la vida: el cumplimiento de las normas y de los ritos y la conducta acorde con la ley de nuestros padres.

Jesús entiende que esa forma de actuar cierra las posibilidades a muchas personas que, por diferentes motivos, se han alejado de esa vía. Jesús decide no hacer discriminación de ningún tipo; Él se acerca a todo tipo de personas y les comunica la experiencia que va teniendo de Dios como Padre.

Un Dios que es tierno con todas sus criaturas y a la vez enérgico para corregirlas cuando atropellan a los más débiles. Un Dios que se acerca a las personas heridas por la vida para sanarlas y para que sientan su abrazo amoroso. Un Dios, en definitiva, que se goza con todos los hijos que no olvidan la senda de la fraternidad y miran y se acercan a los que están heridos en las orillas del desarrollo humano y que únicamente recogen las migajas que caen de la mesa de los ricos.

Ésas son las obras de Jesús. Ésas han de ser las obras de los cristianos para que el mundo se salve, llegue al conocimiento de la verdad y viva eternamente desde ahora y por los siglos.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8,5-8.14-17): *La ciudad se llenó de alegría.*

2ª lectura (1ª Pedro 3,15-18): *El justo por los injustos.*

Evangelio (Juan 14,15-21): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

A quince días de que termine la cincuentena Pascual, la Iglesia en su liturgia comienza a prepararnos para la gran celebración que la concluirá: Pentecostés. La venida del Espíritu Santo, la manifestación pública de la Iglesia; podríamos decir: su inauguración.

El Señor promete a sus discípulos el envío de un defensor y un consolador, que no es otro que el Espíritu del mismo Dios, su fuerza, el Espíritu de la Verdad. Espíritu que establecerá una comunión de amor entre el Padre, los fieles y Jesús mismo. Esta presencia del Señor resucitado en la comunidad ha de manifestarse en un compromiso efectivo, en una alianza firme, en el cumplimiento de sus mandatos, que no es ni mucho menos un regreso al legalismo judío. En el evangelio de Juan los mandamientos de Jesús se reducen al amor: *Amor a Dios y amor entre los hermanos.*

Hay principios y normas de comportamiento que son aceptados y defendidos por la Iglesia, pero que no le pertenecen en exclusiva, sino que son patrimonio de gran parte de la humanidad. Entonces, **¿qué es lo propio del comportamiento cristiano?**

En el origen del comportamiento cristiano hay un hecho fundamental: la relación del creyente con Jesús de Nazaret; una relación que es, primero, de adhesión a su persona y a su proyecto; en segundo lugar y como consecuencia, un comportamiento coherente. Por tanto, el actuar cristiano no consiste básicamente en observar una lista de preceptos, sino en seguir las huellas de Jesús. Ahora bien, **¿cómo es posible seguir a Jesús aquí y ahora?** He aquí una cuestión básica y determinante del actuar cristiano, ya que continuamente nos encontramos con el riesgo y la tentación de reducir la vida cristiana a mero actuar ético, desconectando de Jesucristo, dejándolo reducido a un mero personaje histórico, del pasado, iniciador de un sistema moral, humanizador.

En su raíz, la vida moral está muy condicionada por la imagen de Dios que se tenga y se viva. En el corazón del comportamiento de Jesús está la conciencia de la extraordinaria cercanía de Dios. Su uso de la palabra familiar e íntima de *“abba”*, implica que Dios está muy cercano a Él. Y uno de los cambios más importantes que introdujo en el pensamiento religioso y espiritual fue el convencimiento de que Dios no está lejos, sino que *«está en medio de nosotros»*. Esta cercanía de Dios a todos, con independencia de quiénes o qué pudiéramos ser, es fundamental a la experiencia cristiana.

Cómo dijo san Agustín: *«Dios está más cerca de mí que yo mismo»*. Dios está siempre cerca de nosotros, no sólo cuando somos buenos, sino, incluso, cuando lo ignoramos. Nosotros podemos estar lejos de Dios en el sentido en que lo tenemos completamente olvidado y no somos conscientes de su presencia. Pero no hay forma alguna de que Dios pueda estar lejos de nosotros.

Dios no sólo está más cerca de mí que yo mismo, sino que, además me ama, **¡nos ama!** Este amor incondicional de Dios será fundamental en la espiritualidad de Jesús. Y en nosotros se trata, sencillamente, de tomar conciencia de esta cercanía y presencia amorosa de Dios; y será entonces cuando brote espontáneamente el amor y el comportamiento coherente.

«No os voy a dejar desamparados, volveré con vosotros..., la vida que yo tengo la viviréis también vosotros». En la vida espiritual de Jesús el amor a Dios y el amor al prójimo son centrales. Lo extraño es que decimos que el amor es el mandamiento más importante. **¿Cómo se puede mandar a alguien que ame?** El amor no es una cuestión de obediencia o de deber; si no, que se lo pregunten a una madre, a un hijo o a los que están enamorados.

Leyendo los evangelios, Jesús, en su enseñanza da la impresión de que no pretendía que se considerase el amor como un mandamiento o ley. En la comprensión de Jesús, el amor a Dios y al prójimo es la respuesta agradecida y gozosa al amor incondicional de Dios. Una respuesta espontánea a la experiencia de Dios como Padre amoroso y solícito.

Esto queda afirmado con claridad en la 1ª Carta de Juan 4,19: *«Nosotros amamos porque Dios nos ama primero»*. En la práctica, nosotros hacemos al revés: primero nos esforzamos por cumplir los mandatos y, cuando lo conseguimos, pensamos que Dios responde, amándonos. **¡NO!**, la primacía la tiene el amor de Dios. La vida cristiana no es fruto de nuestro esfuerzo; es gracia y fruto del Espíritu Santo.

La base del comportamiento moral es la conciencia de la presencia de Dios, del encuentro transformante con Cristo mediante el Espíritu, y el actuar cristiano es la expansión de este estado cristiano. Por tanto, la moral cristiana ha de insistir y expresar que el primado lo tiene el amor de Dios, infundido en nuestros corazones por el Espíritu; la moral debe aparecer como Buena Noticia: entrega incondicional de Dios al hombre y respuesta agradecida, total y radical del hombre a Dios, amando incondicionalmente al hermano.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *Hasta los confines del mundo.*

2ª lectura (Efesios 1,17-23): *Ilumine los ojos de vuestro corazón.*

Evangelio (Mateo 28,16-20): *Id y hacéd discípulos de todos los pueblos.*

Volverá...

Mientras, hay algunos que entienden la religión como un “*mirar pasmados hacia el cielo*” en una pretensión de querer ver, más allá de las nubes, la claridad existencial que aquí no alcanzamos a tener; con el fin de darle a nuestra vida una orientación más sublime que la pura y dura condición de tener que esforzarnos por conseguir el pan, cubrirnos del frío y satisfacer algún pequeño placer.

Mientras, hay muchos que entienden la religión como un desplazar la atención a un ámbito distinto y lejano de la vida cotidiana.

Unos ángeles, dos, de blanco, como los que habían hecho saber a las mujeres que fueron al sepulcro que Jesús había resucitado, les dicen ahora a todo el grupo que dejen de mirar al cielo como pasmarotes.

Si ángel significa “*mensajero*”, como todos sabemos, estos dos mensajeros parecen colocados en la redacción de este episodio para expresarnos, con fuerza y seguridad, algo que el escritor y Dios a través de él, considera de enorme importancia.

Poniendo en boca de los dos ángeles estas palabras, la comunidad, dentro de la que profesamos nuestra fe, nos transmite una convicción muy firme: «**Jesús volverá**». Su desaparición física de entre nosotros no es igual que la nuestra, y su ausencia tampoco tiene parecido a nuestra desaparición mortal.

Es una experiencia que une, a la vez, la convicción de que Dios no ha dejado su vida reducida a la efímera ilusión de un hombre bueno pero incapaz, no ha dejado reducida su experiencia vital, profundamente humana y solidaria, a la nada sino que la ha confirmado como la mejor forma de ser y vivir humanamente.

Y por otro, su ausencia no se convierte en nostalgia plañidera de quien pudo ser y no fue. Su ausencia es nuestro tiempo. Su distancia es nuestro fundamento. Porque Dios no puede estar tan distante que nos deje sin ninguna referencia de sentido y de esperanza, de presente comprometido y de futuro posible.

Mientras, nosotros, debemos caminar haciéndolo presente.

Jesús, con este gesto de elevación, es la imagen visible de Dios, tal como creemos en nuestra comunidad cristiana, que se ha hecho presente entre nosotros eligiendo un estilo de vida que considera el más adecuado para las personas.

En él hemos descubierto cómo podemos vivir de manera que se realice en nuestra vida la necesidad de sentirnos bien con nosotros mismos, de ser útiles a los demás y aportar una contribución al futuro de la humanidad para que ésta, viva mejor.

Él lo eligió así, decidió vivir de esa manera y nos ha deslumbrado a todos, no por sus grandezas sino por su humanidad profunda, su personalidad sensible, su capacidad de ser y de servir, a la vez, con libertad y solidaridad.

Desde ese punto geográfico, el monte, que tampoco es un lugar sino una referencia simbólica, recibimos la invitación a seguir nuestro camino, pero ahora con la compañía de la esperanza.

Ya no es un camino a ninguna parte, tampoco es el camino fatal de quien no puede hacer otra cosa, ni el apesadumbrado paso de quien lo siente como una condena.

Hay quienes eligen echarse al monte, y con esta expresión no indicamos un estilo de vida marcado por la violencia y la clandestinidad, sino que hay quienes deciden subir al monte, invitados por Jesús, para iniciar un estilo de vida marcado por la esperanza, la confianza, la libertad y el servicio solidario a los demás.

La vida ya no es un inútil esfuerzo por arreglar imposibles. Si elegimos bien, es la expresión del camino hacia la Vida, hacia la plenitud y la felicidad, confirmado por Dios.

Será un estilo de vida que, sin pretensiones, despertará la pregunta por Dios que ha delegado la manifestación de su presencia en nuestras actitudes:

¿Somos portadores de esperanza en un mundo con tanto desaliento?

¿Nos dejamos encerrar en los esquemas pesimistas del mundo?

¿Hacemos presente en nuestra vida al Dios que ha delegado en nosotros?

PASCUA DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

2ª lectura (1ª Corintios 12,3b-7.12-13): *Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *...así también os envío yo.*

Llenos de gozo en el espíritu, celebramos las maravillas que el Espíritu Santo obró en los comienzos de la predicación evangélica, cuando su soplo de viento recio y el calor de sus llamaradas de fuego, movió a los hombres de aquella primera Iglesia a anunciar, a todas las lenguas y pueblos de la tierra, la obra de Dios en su Hijo Jesucristo, en sus gestos y palabras, en su amor y su perdón, en su muerte y resurrección.

La vida había triunfado definitivamente en el que habían crucificado, y la Iglesia naciente quería ofrecer al mundo la buena noticia de que Dios ama a todos los hombres y que en Jesús nos ha dado participar de su misma vida.

La noticia no podía quedar encerrada en el miedo y entre los muros del Cenáculo. Los discípulos allí reunidos, hombres y mujeres, con María, la madre del Señor, fecundada en su voluntad y en su vientre por el Espíritu de Dios, recibida como Madre por los seguidores de su Hijo, se sentían libres y liberadores, enviados a anunciar la Buena Nueva a los pobres y la liberación a los oprimidos. Era la carta de identidad de Jesús, su Señor, y querían que fuese también suya.

El Espíritu abría de par en par las puertas de la casa para presentar y ofrecer una Iglesia abierta al mundo, invencible en su esperanza, coherente en su testimonio. Un Espíritu que se llevaba para siempre de su Iglesia los miedos de todos los tiempos, y la purificaba cada día con la pobreza y el martirio de sus hijos más queridos.

Un Espíritu que abrasaba y quiere seguir abrasando en su fuego todo poder que no sea un servicio fraterno, a los pies de todos, especialmente de los últimos porque **«el que quiera ser grande entre vosotros debe hacerse el último y servidor»**, como había dicho y hecho el Maestro.

Desde Pentecostés el Espíritu es el *“Dios con nosotros”*, que en Cristo se une a todos los creyentes para exclamar en ellos **¡Abba, Padre!** Sin el Espíritu, Dios queda lejano, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad un despotismo, la misión una propaganda, el culto un puro recuerdo, y el actuar cristiano una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu, y en una colaboración indisoluble, el universo entero gime en dolores de parto para engendrar el Reino, el hombre lucha contra la carne, Cristo resucitado está aquí, el Evangelio es poder vivificador, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión un Pentecostés, la liturgia memorial y anticipación, y la acción humana queda divinizada. El Espíritu Santo hace nacer, habla por los profetas, arrastra hacia la segunda venida. Él es el Señor y dador de vida. Por Él la Iglesia y el mundo gritan con todas sus fuerzas: **¡VEN, SEÑOR JESÚS!**

Movidos por ese mismo Espíritu, los laicos cristianos celebran también su fiesta, el *“Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar”*. El Concilio Vaticano II supuso el reconocimiento de la dignidad del seglar y de su participación en la misión de Cristo. **«Por la consagración bautismal, que les configura con Cristo sacerdote, profeta y rey, todos los bautizados gozan de idéntica dignidad»**.

“En sus corazones habita el Espíritu Santo. Su ley suprema es el amar como el mismo Cristo les amó. Reunidos en Él, son guiados por el Espíritu en su peregrinar hacia el Reino del Padre, y han recibido la Buena Nueva de la salvación para comunicarla a todos. El campo de su actividad evangelizadora es el mundo de la política, de lo social, de la economía, de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación, así como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc. Cuantos más seglares haya impregnados del Evangelio, comprometidos en estas tareas, tanto más estas realidades estarán al servicio de la edificación del Reino de Dios y de la salvación en Cristo Jesús”. (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, 70).

El Espíritu sigue hoy impulsando la acción de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. Como escribieron en 1991 los obispos españoles: **«La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará»**.

SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34,4b-6.8-9): *Dios compasivo lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.*

2ª lectura (2ª Corintios 13,11-13): *Tened un mismo sentir y vivir en paz.*

Evangelio (Juan 3,16-18): *...sino que el mundo se salve por Él.*

«*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*», con estas palabras iniciamos siempre nuestra diaria jornada, y con esa misma invocación, comenzamos igualmente nuestra celebración eucarística. Así hacemos profesión de nuestra fe.

LA GRACIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Después de la proclamación de la Palabra y tras su explicación por el sacerdote en la homilía, recitamos el credo y repetimos una vez más «*Creo en Dios Padre... Creo en Jesucristo... Creo en el Espíritu Santo...*».

Pero toda nuestra fe tropieza con lo incomprensible del misterio de la Santísima Trinidad, que proclamamos. Aunque todas esas dificultades irán desapareciendo, si tenemos en cuenta que no es un misterio teórico lo que celebramos, sino un misterio de amor, que nos ha sido revelado en Jesucristo.

Porque lo que de verdad aclamamos, lo que nos llena de gozo y desborda de alegría es la bondad del Señor, al hacerse hombre y convivir entre nosotros y con nosotros para declararnos que somos hijos de Dios, que Dios es nuestro Padre y que nos ha dado su Espíritu para engendrarnos ya en el bautismo.

Lo que celebramos es la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha revelado el inmenso amor de Dios que funda y sostiene la comunidad trinitaria y que se desborda para fundar y sostener la unidad de la Iglesia y para animar y promover la solidaridad de la familia humana.

EL AMOR DEL PADRE.

«*Dios es amor*». El amor es la única definición que podemos entender y experimentar acerca de Dios. Un amor singular y personal a cada uno, pero un amor a la vez universal a todos.

Esa es la revelación que Jesús nos transmite en el evangelio; además, nos la repite una y otra vez: “*que Dios nos ha amado tanto que ha entregado a su propio Hijo para que nadie quede al margen de la voluntad salvífica de Dios*”. Porque lo que Dios quiere es nuestro bien, nuestra felicidad, nuestra salvación para compartir su propia felicidad con nosotros para siempre en el cielo.

Para eso decidió hacerse hombre para acercarse a nosotros y así acercarnos a Él, para compartir nuestra vida y así hacernos participar de la suya, para revelarnos que Dios es Padre y hacer posible, por el Espíritu, que seamos hijos de Dios y, como tales, herederos de su gloria.

Y LA COMUNIÓN DEL ESPÍRITU SANTO.

Dios es comunión, trinidad, familia. Por eso confesamos tres divinas personas, para resaltar las relaciones mutuas en la unidad indivisa.

Pero es también comunión con nosotros, gracias al Espíritu que se nos ha dado, y que hace que Dios esté con nosotros, en nosotros y para nosotros. Por eso es nuestro Padre y nuestro hermano y nuestro amigo.

La Santísima Trinidad, la fiesta que celebramos, es, además del misterio de la intimidad de Dios, la comunión de Dios con nosotros: Con nosotros está como Padre, para nosotros desciende como hermano, y en nosotros está como espíritu y vida.

La Trinidad es el fundamento de la comunión en la Iglesia y es también la posibilidad de construcción de la familia humana. Basta con que nosotros sentemos las bases de la gran familia de todos los seres humanos como hijos de Dios, edifiquemos la convivencia de la gran fraternidad de todos en Cristo y sostengamos en alto la gran utopía, la esperanza, que el Espíritu inspira y sostiene en nuestros corazones.

«QUE LA GRACIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, EL AMOR DE DIOS PADRE Y LA COMUNIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, ESTÉ CON TODOS NOSOTROS Y PERMANEZCA PARA SIEMPRE».

Y como no podía ser de otra manera, los cristianos, terminamos nuestra jornada también con la misma invocación: «*En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*».

CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Deuteronomio 8,2-3.14b-16a): ...*no sólo de pan vive el hombre...*

2ª lectura (1ª Corintios 10,16-17): ...*porque comemos todos del mismo pan.*

Evangelio (Juan 6,51-58): *Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.*

Esta fiesta eucarística, trasladada con buen criterio por la Iglesia del jueves al domingo, no debe hacernos olvidar que en su origen, fue una fiesta instaurada separada del día del Señor y de la comunidad, esto es del domingo. Era un día para sacar la presencia eucarística de Jesús a la calle, porque había quien ponía en duda su presencia real en el pan y en el vino; sobre todo fuera de la celebración.

Las cosas hoy van por otro lado. Porque el pan ya no es pan como el de antes y la comida por motivos laborales y económicos (trabajan ambos esposos), ya no son tan familiares como las de antes. Además ahora se tienen comidas de negocios, de trabajo, de jubilación, etc., más que de relación y convivencia. Ahora solamente nos reunimos a comer juntos los días de fiesta grande: navidades, vacaciones, cumpleaños..., no todos los días.

Todo esto desfigura el sentido que tenía para nosotros el momento cotidiano de la comida de cada día, con sus rituales: el sitio de cada uno en la mesa, el contar cada comensal lo que le había sucedido, el reparto de la comida con su orden, el estar juntos en la mesa mientras duraba la comida, hasta el final, y, en muchas casas, el dar gracias juntos por todo lo que había aparecido sobre la mesa.

Hoy por hoy, pensamos más en almacenar “pan” para el día de mañana que en las personas con las que comemos todos los días en la mesa redonda de este mundo, en el que suceden tantas cosas que están perjudicando a la raza humana.

La verdad es que no todo lo podemos prever en esta travesía por el desierto que es la vida humana. No siempre sabemos adónde nos dirigimos. Al cabo de mucho tiempo nos volvemos a encontrar en el mismo sitio, hemos estado dando vueltas y más vueltas sin dirección alguna.

El pueblo de Israel, cuando atravesó el desierto para pasar de la esclavitud de Egipto a la libertad de la tierra prometida, siguió siempre esa dirección para alcanzar la liberación, y nunca le faltó el pan necesario e imprescindible para ese camino hacia la vida verdadera.

Bien es cierto que en ocasiones dudó de si era ésa la mejor opción, tuvo la tentación de volver atrás, de conformarse con la seguridad de una vida de esclavos a los que nunca les falta la comida ni el trabajo, aunque sea a costa de depender de la voluntad y del capricho de otras personas.

Los seres humanos no debemos perder nunca la capacidad de sentarnos, con otros seres humanos, en una mesa común para intercambiar nuestros puntos de vista sobre lo que está sucediendo a cada uno y compartir las maneras de afrontar esa realidad por dura que sea. La llegada de personas diferentes, sin perder nuestros signos de identidad, debería ayudar a enriquecer nuestro propio patrimonio con la cultura de los que vienen de otros lugares, nunca deberían llevar a encerrarnos cada uno en nuestra casa.

Los esfuerzos de todos deben ir dirigidos a fomentar encuentros entre las personas con diferentes maneras de afrontar la vida con sus dificultades, con sus esperanzas y con sus variadas formas de plantear las relaciones familiares, laborales y culturales.

Entre todos, los que ahora estamos acá y los que han llegado de fuera, debemos buscar siempre respuesta a las nuevas situaciones planteadas y descubrir la salida a los problemas que vamos encontrando en esta sociedad que invita más al individualismo y al disfrute del momento presente, sin mirar para nada a nuestro alrededor y a los que viven cerca de nosotros.

El pan que el mundo necesita, no es un pan prefabricado, sin calorías. Es un pan amasado con las manos, con algunas gotas de sudor que cae sobre esa masa; horneado, poco a poco, con un fuego de leña que chisporrotea. Es un pan crujiente al partirse, al desmigarse y al repartirse entre todas las personas que, sentadas a la misma mesa, comparten la vida y la comida de cada uno que siempre sobra cuando se junta a la de los demás.

Así deben ser las eucaristías de las comunidades cristianas. Encuentro de diferentes, que se enriquecen mutuamente con lo que cada uno es: diferente país, diferente género, diferente edad, diferente cultura, diferente forma de pensar y opinar, pero todos hijos del mismo Padre y también hermanos en el sentir y en el colaborar por un mundo más justo y más solidario.

Tampoco debe faltar en las celebraciones la escucha de la Palabra de Dios, que se hace viva y eficaz en todos nosotros cuando la escuchamos encarnada en la vida de los hombres de hoy, sobre todo en la de aquellos que se debaten en situaciones de muerte (*vida entregada libremente*) por lograr una vida mejor (*vida recibida gratuitamente*) para aquellos a los que se les niega hasta su dignidad.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9,9-10): ...*dictará la paz a las naciones.*

2ª lectura (Romanos 8,9.11-13): ...*el Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Mateo 11,25-30): *Cargad con mi yugo y aprended de mí.*

En nuestro mundo se han instalado la prisa y los agobios. El tiempo es más escaso que nunca. Nos gusta tener todo planificado y controlado. Dejamos poco espacio para la improvisación, para el encuentro gratuito con las personas, o, simplemente, para la contemplación y el encuentro con Dios.

Por nuestro afán de dominio, las personas nos hemos empeñado en buscar y controlar a Dios; pocos rincones han quedado sin explorar. La filosofía, las matemáticas, la sociología, la religión... han hecho esfuerzos indecibles por conseguir demostrar su existencia para que a nadie le quedase ninguna duda. El resultado ha sido desconcertante. No hemos encontrado su vivienda, ni el horario de atención al público o su teléfono, tampoco sabemos si “*libra*” algún día de la semana o qué hace en vacaciones. Así es nuestra manera de encontrar a Dios.

La manera de Dios es distinta. Él ha salido a nuestro encuentro. Él ha venido a buscarnos y nos ha encontrado, llamándonos por nuestro nombre, en toda situación y en cada momento de nuestra vida, por bonito o difícil que este sea. «*Él nos ha amado primero*», pero sólo «*los sencillos*» se han dado cuenta. Dios está «*dentro de mí*» y nosotros «*por fuera le buscamos*». Los signos de su presencia están en nuestra vida y nuestro entorno, sólo hay que buscarlos.

A partir del encuentro con Dios todo adquiere un nuevo sentido. Es una nueva relación que da vida y nos lanza a una existencia agradecida y entregada, fruto del amor. Así lo encontramos en Jesús.

Dios ha roto las fronteras de su divinidad y nos ha salido al encuentro en Jesús. Toda su vida es expresión de Dios. Su mensaje, sus acciones, los milagros que realizaba, su preocupación por las personas..., son signos de Dios. Jesús viene para anunciar la Buena Noticia con signos y palabras. Ya no hay distancia entre Dios y el hombre. Lo humano es sagrado, lo sagrado es humano. En la vida de Jesús todo nos habla de Dios.

Hay muchas personas que, con su vida, son signo de Dios. Hombres y mujeres testigos del Reino que Jesús anunció. Con su vida expresan valores de justicia y de amor, de entrega por los demás; son signo de paz entre las personas y trabajan por “*otro mundo posible*” desde compromisos cercanos y sencillos. No se trata de complicar la vida; se trata de amar y vivir gratuita y solidariamente porque Dios «*nos ha amado primero*».

El «*yugo*» del que Jesús nos habla en el evangelio es el compromiso con los valores del Reino. Es una «*carga ligera*» porque brota del amor y del encuentro con Jesús; va mucho más allá de las normas y obligaciones. La vida del creyente es una vida de amor entregado por los demás. Todos estamos invitados y convocados a construir este proyecto de amor: un mundo de hermanos, que se construye día a día desde lo cotidiano de nuestra vida. El encuentro con Jesús no deja a nadie indiferente.

La comunidad cristiana también está llamada a expresar con su quehacer el rostro misericordioso y amoroso de Dios. Sólo podrá hacerlo desde la sencillez y la entrega por los pobres y necesitados. No puede haber ningún interés por encima del servicio a Dios concretado en el momento presente.

Han pasado dos milenios, y seguimos padeciendo cansancios y agobios. Para unos será el paro, el trabajo precario o en condiciones injustas; para otros, las hipotecas y el acceso a la vivienda; quizá el cuidado de los niños o de los padres mayores; la vida familiar y afectiva... Hoy, como siempre, necesitamos espacios de descanso en los que “*bajarnos*” de las preocupaciones cotidianas y recordar todo aquello que da sentido a la vida de cada persona.

Este tiempo es un momento de gracia para el descanso y para profundizar en nuestra relación con Aquel «*que llama a nuestra puerta*» y nos invita a hacerle un hueco en nuestra vida. El evangelio nos lo recuerda: «*venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré*». Seguro que es la mejor noticia que podemos recibir. Estos meses de verano pueden ser una buena ocasión para releer el evangelio de Jesús y procurar un auténtico descanso desde nuestro encuentro con Él «*y Él nos aliviará*»

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,10-11): ...*después de empapar la tierra y fecundarla.*

2ª lectura (Romanos 8,18-23): ...*aguardando la plena manifestación.*

Evangelio (Mateo 11,25-30): *Y dio grano: unos, ciento; otros, sesenta; otros, treinta.*

Durante los meses de verano, sobre todo julio y agosto, muchas personas solemos trasladarnos a lugares diferentes al que es nuestra residencia habitual; también nos encontramos con personas distintas a las que tratamos comúnmente y acostumbramos a realizar actividades no habituales a lo largo del año.

En ocasiones, vamos a las vacaciones con un programa predeterminado: visitamos ciudades, contemplamos monumentos, vemos cosas, paisajes y folclore preparado, pero difícilmente tratamos con personas que viven en esos lugares en la vida y con las actividades comunes de su vida. En otras que vamos a lo que salga, tenemos encuentros y sorpresas que nos hacen plantearnos el sentido de nuestra vida y el de las cosas que hacemos cotidianamente.

También son diferentes los días de descanso en el verano de cuando vamos solos a cuando vamos acompañados por otras personas, bien de familiares, de amigos o miembros de nuestra comunidad. En este último caso, lo que sale muy fortalecido son las relaciones entre nosotros.

Es frecuente en las relaciones humanas, incluidos los contextos religiosos y eclesiales, quejarse del poco éxito que tienen los proyectos que hacemos para con los otros; así como de la escasa respuesta a las llamadas que se hacen para llevar adelante las propuestas que organizamos.

Con frecuencia olvidamos que hay que implicarse colectivamente en todo el proceso; no sólo en la siembra, también en la preparación de la tierra, en hacer ver los obstáculos que se ponen a la siembra de verdad, y en ser conscientes y concienciar a las personas de que no todo depende de nuestro trabajo y de nuestras posibilidades.

Esto suele pasarnos, sobre todo, cuando vemos el poco fruto de lo mucho que nosotros pensamos haber trabajado. Y es que seguimos sembrando lo mismo (*contenidos*) en una tierra (*personas*) que no es como la de antes y de una manera inadecuada para estos tiempos. **¡Algo habrá que ir cambiando!**

Las personas que tratan con jóvenes y con niños denuncian que las expectativas que tienen son sólo a corto plazo y “*es lógico*”; poco a poco les hemos ido convenciendo que lo importante en su vida es el presente, que la historia pertenece a sus abuelos y que el futuro se lo tenemos que ir preparando la generación de sus padres. Ellos tienen bastante con la máxima de las tres “*ges*”: **ganar, gastar y gozar.**

Lo peor de todo esto es que el presente tampoco les pertenece; están realizando unos estudios o un trabajo que para nada les aporta algo a su desarrollo como personas, y además les convierte en piezas de un engranaje que enriquece a los dueños del capital. Salen rotos de ese quehacer inhumano a un tiempo libre consumista, organizado por los mismos personajes para embrutecerlos más todavía. De esa manera ni se realizarán como personas ni transformarán nada sus vidas.

La imagen de «*creación expectante*» supone personas adultas capaces de engendrar un futuro digno para todas las personas humanas; que nacen como fruto de un encuentro entre personas libres y que están dispuestas a dejarse la piel por lograrlo.

Debemos ser conscientes de lo que sembramos y dónde lo sembramos. La situación hoy es más de preevangelización que de catequesis; de ahí la importancia que tiene, en el momento presente, pensar en los destinatarios de la evangelización y en los pasos a dar antes de presentarles el núcleo del mensaje evangélico.

Lo mismo podemos decir en cuanto a los sembradores: es urgente la presencia de testigos de Jesucristo y de su proyecto, en la sociedad y en todos los ambientes: tanto públicos (la política, la sociedad, los sindicatos, el mundo del trabajo...) como privados (la familia, la vecindad, la amistad...). Y que estos testigos estén conectados con alguna comunidad de cristianos, sea en una parroquia o fuera de ella; pues cada día es más necesaria la alternativa colectiva de vida frente al individualismo al que nos conduce esta sociedad consumista e insolidaria.

Y no debemos olvidar que Jesús, sin abandonar a las personas religiosas más apegadas a la tradición y a las normas de siempre, se dirigió fundamentalmente a aquellas gentes que trabajaban para vivir con dignidad y consideraban más importante atender las necesidades de su prójimo que cumplir con el templo y los ritos.

También hoy, encontramos personas que no se consideran religiosas, pero siembran y preparan la tierra, participando con sencillez, sin saberlo, en la edificación del Reino de Dios.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12,13.16-19): ...en el pecado das lugar al arrepentimiento.

2ª lectura (Romanos 8,26-27): *El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad.*

Evangelio (Mateo 13,24-43): *Dejadlos crecer juntos hasta la siega.*

Las tres parábolas que nos narra san Mateo, se podrían sintetizar hoy en unas pocas palabras: *Ni intolerancia, ni triunfalismo, ni indiferencia ante los problemas de nuestro mundo.*

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

En tiempos de Jesús corría una mentalidad de que la llegada del Reino era inminente y que el Mesías iba a acabar con el mal, Jesús corrige esta visión del judaísmo. La parábola de la cizaña contraponen dos actitudes: la impaciencia del hombre y la paciencia y espera de Dios. Ambas, ante un hecho evidente: *el mal existe en el mundo*. Es preciso contar con el misterio del mal; pero lo que llama la atención es que crecen juntos. En el Reino de Dios hay que tolerar la presencia de lo bueno y de lo malo como Dios lo tolera, respetando la libertad.

El Reino de Dios es universal, en él no hay judíos ni griegos, esclavos y libres, pero, no sólo es universal en sentido geográfico, sino también en la desaparición de barreras entre personas. En este sentido, universalismo significa supresión de fundamentalismos, de toma de posiciones cerradas, intolerantes, impregnadas de celo fanático, ya que el trigo y la cizaña también se encuentran en uno mismo. Ahora bien, la tolerancia tampoco significa “*todo vale*”, ya que la cizaña no es lo mismo que el trigo y que hay que luchar para que la cizaña vaya desapareciendo; pero no todo procedimiento vale, según el evangelio.

Dos puntos se han de acentuar, según la explicación que nos da el evangelio a la parábola; el primero: el mal no proviene del Mesías, sino de un enemigo que se opone al proyecto de Dios sobre la humanidad, si bien la última palabra la tiene Dios, y su palabra es una palabra de vida, de amor y de misericordia. El segundo punto; la buena semilla no es una doctrina, ni un principio moral, ni una ley, sino “los ciudadanos”, los partidarios del Reino, los que han hecho suyo el mensaje de las bienaventuranzas.

En contraposición aparecen los secuaces del Maligno, es decir, los que siguen el programa opuesto, sintetizado en las tentaciones: los partidarios del poder, del prestigio, de las riquezas. El mal, al que hace referencia la parábola, no se ha de identificar sólo con los sistemas existentes, sino también, y sobre todo, con los falsos profetas. La contradicción entre trigo y cizaña existe y existirá dentro de la comunidad cristiana. Los secuaces del Maligno (cizaña) son, según Mateo, los que se arrojan un rango, despreciando a los demás; los que usan de sus dones para utilidad o prestigio propio y no para el bien de los otros, principalmente de los pequeños y los débiles.

GRANO DE MOSTAZA

No están justificados ni el fundamentalismo e intolerancia (cizaña), pero tampoco está justificado el triunfalismo. El ideal de la comunidad cristiana es ser una gran familia, cuanto más grande mejor, pero nunca un imperio. Jesús contradice la ideología mesiánica nacionalista, y se opone a la esperanza de grandeza triunfalista de sus paisanos e incluso de sus discípulos.

No, el Reino de Dios, tal como Jesús lo presenta, no se parece a un gran cedro frondoso plantado en un monte encumbrado, sino a un modesto arbolillo más ancho que alto para acoger a cuantos, procedentes de cualquier lugar, busquen la hospitalidad de su sombra. Para ponderar la grandeza de lo pequeño, pero lleno de energía, se compara con el grano de mostaza.

Ésta es la grandeza que Jesús propone a su grupo de seguidores: una inagotable capacidad de acogida para poder ser el lugar de encuentro de todos los hombres que busquen compañía, comprensión, amor, solidaridad.

LA LEVADURA

Esta parábola completa la del grano de mostaza. Ésta se ha fijado en el aspecto visible; en cambio, la de la levadura, en su acción invisible, en toda esa vida que no la vemos. Sólo vemos sus efectos. Por eso, todo lo anterior no significa que la comunidad cristiana, la Iglesia, renuncie a intervenir en la marcha de la humanidad. Pues, ésa es su misión: intervenir en la marcha de la historia, empujando para que esa historia marche en la dirección que señala el proyecto de Dios. Pero, no de cualquier manera.

El Evangelio no se puede imponer por la fuerza o coacción, ni el mensaje de Jesús no se puede reducir a una ideología socio-política, ni tampoco a un puro espiritualismo; el mensaje se ha de encarnar en la vida, y la comunidad cristiana debe influir en la transformación de la sociedad humana con su vida, siendo signo; viviendo en medio de la sociedad civil y mostrando que es posible una nueva alternativa de vivir, de tal modo que quienes se ponen en contacto con la comunidad o con alguno de los cristianos vayan conociendo este estilo de vida, se convenzan de que esa manera de vivir es la que realmente interesa a las personas de nuestro tiempo.

Pero, en el fondo lo que las parábolas están reflejando y revelando es una imagen de Dios, muy diferente de la del judaísmo. No es un Dios triunfador, sino humilde; y dentro de la historia su obra no es esplendorosa, sino modesta (mostaza), no se hace sin obstáculos, sino entre ellos (cizaña). El amor es al mismo tiempo fuerte y débil.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3,5.7-12): ...*corazón dócil para discernir el mal del bien.*

2ª lectura (Romanos 8,28-30): *Destinados a ser imagen de su Hijo.*

Evangelio (Mateo 13,44-52): *Invertir cuanto se tiene para poder comprar la joya.*

La expresión “*Reino de Dios*” nace por contraste con los reinados de las monarquías humanas, durante las cuales se amontonan los problemas, las necesidades, las injusticias y el cansancio de ver que la humanidad no tiene arreglo por sí misma.

Las ilusiones que cada nuevo mandato despierta se desvanecen; los sueños que en cada época de renovación afloran, son sólo ensoñaciones de una noche; los proyectos que cada generación pretende, quedan reducidos a alguna construcción y algún logro de tipo material.

La esperanza de algo profundamente distinto, que haga surgir lo positivo que cada ser humano lleva y, entre todos, se haga sentir una realidad humana realmente novedosa, queda siempre en una esperanza dirigida a Dios, porque no hay ser humano que la realice.

Más tarde, tomando al pie de la letra la prohibición del judaísmo tardío de no pronunciar el nombre de Dios, la expresión se transformó en Reino de los cielos, sinónimo de Dios por el lugar que Él habita, pero mantuvo ese punto de contraste crítico y de esperanza aplazada cuando Dios hará realidad, lo profundamente anhelado por unos seres humanos que, no siempre mantienen su impaciencia dentro del marco de la esperanza y, lógicamente, renuncian y desisten de la confianza en el futuro, que es, en definitiva, en Dios.

Aunque la expresión es hija de unas épocas más monárquicas que la actual, contiene todo el sentido de la aspiración humana a una salvación que le alcance el acceso a una trascendencia intuida, a una inmortalidad deseada, a una plenitud buscada. Pero contiene, además, mucha inquietud por las penurias y miserias humanas de la historia: la falta de derecho, la ausencia de justicia, la impunidad de las diferencias, el escándalo de la insensibilidad y la indiferencia ante el sufrimiento.

No se queda sólo, como algunos han interpretado, en el sueño de otro mundo que consuela a las víctimas de éste. Es la esperanza de un futuro que marca ya el proceso de esfuerzo, el horizonte de la tarea histórica y fustiga a quien se conforma con los pequeños logros que en la historia se van alcanzando.

Porque es cierto que la expresión “*Reino de Dios*” debe rellenarse de contenidos concretos, que la hagan comprensible en términos humanos y, expresen la esperanza de los necesitados de la historia. Pero eso mismo es arriesgado si se identifica con los proyectos ideológicos que cada grupo humano presenta como horizonte de su tarea política.

El “*Reino de Dios*” está por encima de cualquier ideología, programa, objetivo, meta y orden con que podamos simpatizar y compartir.

El “*Reino de Dios*” es la “*obsesión*” por el bien integral del ser humano. Es “*la causa del hombre*” que Dios asume como propia y nos presenta para que la asumamos también nosotros; es la “*joya de la corona*” por la que todo se pone a su servicio y disposición; es “*la preocupación*” fundamental que da sentido a todo el conjunto de la creación y jerarquiza nuestros principios, criterios, normas y decisiones.

El “*Reino de Dios*” es la perla con la que sueña el joyero, y es, sobre todo, como el nerviosismo y la impaciencia que un pescador siente ante la caña que se dobla en el río o ante la red que se recoge en el mar.

El “*Reino de Dios*” es la sensación de una tarea apasionante, lenta, callada, tenaz. Es como el músico entusiasta que cada día toma en sus manos el instrumento que pretende dominar y, en la soledad, ignorado de todos, va consiguiendo el manejo técnico y la sensibilidad de un maestro que un día despertará la admiración y la sorpresa de quien lo escuche interpretar la sinfonía de sus sueños.

El “*Reino de Dios*” es nuestro propio horizonte sentido, previsto, trabajado y esperado. Es el futuro que ya ahora nos hace trabajar, con la ayuda de Dios, por forjarlo como el artista fuerza los materiales para obtener, por fin, su obra más lograda.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,1-3): *...comed sin pagar vino y leche de balde.*

2ª lectura (Romanos 8,35.37-39): *Nada podrá apartarnos del amor de Dios.*

Evangelio (Mateo 14,13-21): *Dadles vosotros de comer.*

Cuando media España está terminando sus vacaciones y la otra mitad a punto de comenzarlas, cuando quizás (por el calor), no estamos para reflexiones, homilías o arengas, los textos litúrgicos nos abren a uno de los problemas más duros para toda conciencia humana, y para quienes queremos hacer de las palabras de Jesús luz y sentido de nuestra vida. Delante de nosotros están los hambrientos y enfermos que pueblan la tierra. Como si su presencia quisiera amargarnos las vacaciones. Pero también puede ser ocasión para que en estos días de descanso, pensemos un poco más sobre cómo queremos pasar por el mundo y cuál es nuestra relación con el prójimo necesitado.

La pobreza y el hambre, más que cualquier otro, son el drama de nuestro tiempo. **Sí, más que cualquier otro.** Lo denuncian con firmeza muchas voces, en la Iglesia y fuera de ella, porque para comprender este drama no hace falta ni siquiera creer en Dios, ni la Iglesia tiene el monopolio del bien, Eso Sí, hace falta sensibilidad para comprender que el pobre es de mi propia carne. Y si soy creyente, sé que esa carne, la suya y la mía, ha sido asumida por Dios en la Encarnación de su Hijo. Misterio esencial, que nunca acabamos de asumir los creyentes.

Y ni siquiera necesitamos voces “*autorizadas*” que denuncian la situación de los hambrientos. Porque ellos mismos, los pobres, nos hablan de su tragedia a través de las largas colas que se forman, día tras día, ante Cáritas, las parroquias y las sedes de Acción Social (imágenes que la televisión pone en el comedor de nuestras casas), y no sólo en lo que llamamos Tercer Mundo, sino que están ya hasta en nuestro rico mundo desarrollado. Es terrible que más de las tres cuartas partes de la humanidad, viva y muera hoy sin “*derecho a cocina*”. Y este drama no sucede, solamente por una especie de fatalidad, o a causa de los desastres naturales, sino por unos “*mecanismos perversos, económicos, financieros y sociales*”.

¿Hay solución? **Sí.** Pero, ¿hay voluntad humana, política e individual, de cambiar la situación? **No.** La respuesta puede parecer fuerte, pero los hechos reales no permiten otra. Año tras año, década tras década, crece el abismo entre pobres y ricos. Ya lo afirmaron, claramente los padres de la Iglesia en el Concilio Vaticano II: «*Alimenta al que se muere de hambre, porque si no lo alimentas lo matas*» (Gaudium et Spes, 69). Y la campaña “*Pobreza cero*” nos dijo: «*La humanidad tiene hoy en sus manos la capacidad de acabar con el hambre en el mundo*». Es por tanto claro que, desde todos los estamentos, se nos ha invitado a reflexionar.

Y no faltan tampoco las voces que avisan del peligro de la violencia a la que el hambre puede conducir a quienes la padecen. Hay muchas palabras que lo advierten. Sirvan como muestra éstas de un hombre nada violento: «*Cuando tantos pueblos tienen hambre, cuando tantos hogares sufren la miseria, cuando tantos hombres viven sumergidos en la ignorancia, cuando aún quedan por construir tantas escuelas, hospitales, viviendas dignas de este nombre, todo derroche público o privado, todo gasto de ostentación nacional o personal, toda carrera de armamentos, se convierte en un escándalo intolerable. Nos, nos vemos obligados a denunciarlo. Quieran los responsables oírnos antes de que sea demasiado tarde*» (Pablo VI. Encíclica: “*Populorum Progressio*”, 53).

El Evangelio no da recetas. Con todo, podemos señalar algunos rasgos en el texto evangélico de hoy. Para luego tratar de subrayarlos en nuestra vida:

- «*Jesús vio el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos*».

Conjugemos estos verbos: Veamos, no retiremos la mirada ante lo que ocurre, no miremos hacia otro lado; sintamos lástima; dejémonos afectar, conmover por la necesidad ajena, que nazca en nosotros la misericordia. Curemos, actuemos con eficacia, con una vida mucho más austera y generosa, pero también con una implicación política a favor de los necesitados.

Los discípulos piden a Jesús que despida a la multitud. Hoy, como ayer, “*que se las apañen como puedan o que lo arreglen otros*”.

Jesús pone la solución en manos de sus discípulos:

- «*Dadles vosotros de comer*».

Con lo que algunos aportan, Jesús alza la mirada al cielo:

- «*Señor, todos los bienes son tuyos. Bendice estos alimentos, recibidos de tu generosidad que ahora te presentamos. Haz que sean, para nosotros pan de vida*».

Y la solidaridad hizo el milagro:

- «*Comieron TODOS hasta quedar satisfechos*».

-

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,9a.11-13a): *El Señor llegó en el susurro.*

2ª lectura (Romanos 9,1-5): *El Mesías está por encima de todo.*

Evangelio (Mateo 14,22-33): *¿Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?*

Comencemos, hoy la reflexión, por el primer paso de Pedro. Aunque todos creen ver un fantasma y, los otros gritan de miedo: Pedro, a la palabra de Jesús, baja de la barca y marcha sobre las aguas.

Me pregunto: ¿Qué ha permitido a Pedro marchar tan valientemente? Fue la voz de Jesús: «**Ven**». Podemos imaginar la escena: La barca agitada por las olas, el viento en contra, el agua entrando en la barca está a punto de hacerla zozobrar. Los discípulos llenos de miedo comienzan a gritar. Pedro oye la voz de Jesús: «**Tranquilizaos, soy yo; no tengáis miedo**». Y Pedro se dirige hacia Jesús.

En derredor olas muy altas, en la barca los discípulos: uno se tapa la cara con las manos, otro grita “*¡Estás loco! ¿No se te ocurra!*”, otro intenta retenerlo agarrándolo por la túnica. Pedro abandona el suelo más o menos seguro de la barca y se baja al agua. Los discípulos se asustan. Pedro confía y se atreve.

Pedro escucha la llamada: «**¡No temas! ¡Ven!**» Y Pedro va desde la barca al agua. Hace falta valor para bajarse de la barca y dirigirse, solamente por su palabra, hacia alguien a quien los demás toman por un fantasma. Pedro se atreve a abandonar el último resto de seguridad, a abandonar la barca y afrontar la muerte. Pedro con fe se atreve a ir al encuentro de Jesús.

Más, después de algún tiempo, piensa: “*Lo que hago es de locos. ¡Esto no puede ir bien!*”. Ve como se acerca una ola amenazadora, y ante la violencia del viento siente miedo. Su confianza en Jesús se hunde, y con ello comienza él también a hundirse. Cuando Pedro mira más al peligro que le amenaza que al Señor que viene a su encuentro, se hunde.

De alguna manera nos es conocida esta situación. Las dudas sobre Dios están en cada hombre: en Pedro, en un sacerdote, en ti y en mí. Todos conocemos el sentimiento del miedo, de hundirnos en la nada en alguna parte. La barca amenazada por las olas y el viento en las horas de la noche, ¿no es una imagen apropiada para la situación de cada uno de nosotros? ¿No estamos también en la barca de nuestra vida, camino de la otra orilla? ¿En camino cuando se nos plantean con toda agudeza las preguntas sobre el sentido de la vida, del dolor, del sufrimiento, de la muerte? ¿En camino cuando pensamos y nos preguntamos sobre el futuro?

Es comprensible que durante largo tiempo, el viaje transcurra sin dificultades. Durante mucho tiempo nuestra fe no tiene problemas, está más o menos intacta, casi segura. Pero la fe no es ninguna garantía para un viaje por la vida sin viento y sin olas. La fe no garantiza un viaje en un crucero de lujo. Nosotros, los creyentes –como los discípulos– estamos sentados en la pobre barca de un pescador. Y no se nos ahorran los tiempos en los que sentimos la tormenta y el viento contrario.

¿No nos sorprende la duda en el camino cuando nos envuelve lo oscuro, lo enigmático, lo quebradizo de nuestra vida? ¿Cuándo de repente nos visita una enfermedad grave o incurable? ¿Cuándo nuestros pensamientos se dirigen a nuestro envejecimiento, a nuestra soledad creciente, a nuestra propia muerte? ¿No son nuestros pensamientos como los de los discípulos de la barca? ¿No nos viene también la pregunta: “*Nos ha abandonado quizá el Señor*”, a nosotros, que hemos sido bautizados, que nos acercamos a comulgar, que nos hemos casado por la Iglesia?

Pedro a la invitación de Jesús abandona la barca y echa a andar sobre el agua. Quiere estar donde está Jesús, y su fe lo mantiene y le proporciona apoyo. Cuando Pedro empieza a reflexionar, nota que la fe es un vacilar y titubear esforzado. Pierde a Jesús de la vista y se hunde más y más en el agua. Allí, salta ese grito de confianza: «**¡Señor, sálvame!**». Al hundirse, Pedro quita la mirada de sí mismo y se entrega sin condiciones a Jesús, que le extiende su mano.

Precisamente Pedro con su experiencia nos podría decir: “*Mira hacia adelante. Cuando el agua te llegue al cuello, mantén la cabeza en alto. Yo mismo lo he vivido. Si miras a Jesús descubrirás su mano. Él te alarga esa mano. Dios sujeta a cada uno que acude a Él con fe*”.

En esta escena evangélica está el esquema de nuestra fe: una llamada de Jesús que nos dice: «**Ven**», un caminar por encima de los abismos de la irracionalidad aparente de la fe, la duda que hace vacilar, la entrega total a Aquel que nos tiende la mano. En tanto que miremos con confianza al Señor y confiemos en Él, no nos hundiremos, nos mantendrá la fe, aún cuando las olas sean muy altas.

Tenemos suficientes motivos de esperanza en la palabra de Cristo: «**¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!**»

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56,1.6-7): *Guardad el derecho, practicad la justicia.*

2ª lectura (Romanos 11,13-15.29-32): *Los dones y la llamada de Dios son irrevocables.*

Evangelio (Mateo 15,21-28): *...que se cumpla lo que deseas.*

El verano es tiempo de descanso, de vacaciones, y puede serlo también de reflexión, de repaso de los temas que, durante el curso laboral, escolar y pastoral, van quedando aparcados por la tarea cotidiana, por lo de siempre. Uno de ellos es el tema de los inmigrantes.

Nos hemos acostumbrado a ver personas de otros países en nuestros trabajos, por las calles de nuestro barrio, de nuestros pueblos y ciudades. Cada día es más frecuente la relación de nuestros niños con compañeros de otras culturas y tradiciones. Este trato cotidiano, que mantienen en los colegios, es el que facilita el intercambio de palabras, de juegos y de maneras de relacionarse entre ellos.

Para los más pequeños esta vivencia forma ya parte de su vida normal, a nosotros los adultos nos está costando bastante más la relación con las personas de otros países; nos ven con bastantes prevenciones frente a ellos, sobre todo si son de culturas tan distintas como en el caso de los asiáticos o los africanos.

La Iglesia Católica, a través del Papa Juan XXIII y a raíz del Concilio Vaticano II, invitó a toda la comunidad eclesial a abrir puertas y ventanas para salir al exterior de la misma, para ver y analizar lo que estaba pasando en el mundo, lo que las personas de todos los pueblos de la tierra estaban viviendo.

La Iglesia comenzó entonces a añadir entre los destinatarios de sus documentos a “*los hombres de buena voluntad*”; también ellos eran objeto de sus reflexiones y desvelos. Nada humano debía ser ajeno a la vida y a la tarea de todas y cada una de las comunidades de creyentes.

La lectura del profeta Isaías nos invita a tomar conciencia de que ni ellos, los que han venido de otros lugares, ni nosotros, que no nos hemos movido de nuestra casa para nada, hemos llegado ya a vivir la plenitud de los hijos de Dios a la que, como humanidad, estamos destinados, viviendo en fraternidad.

Lo que sí es cierto es que en esta casa, que es el mundo, unos estamos sentados a la mesa todos los días para realizar varias comidas y, en otros lugares, hay muchos millones de personas que, no sólo no tienen mesa donde sentarse, ni siquiera pueden hacer una comida todos los días.

El hecho de no pertenecer a nuestra familia, de no ser de nuestro grupo, de no tener la misma lengua y de haber venido de lejos con otra cultura, otra religión y otras costumbres dificulta la relación, el acercamiento. Lo mismo sucedía en tiempos de Jesús, entre los judíos y los pueblos extranjeros a los que llamaban «*perros*» y como tales eran tratados.

Por eso le resulta tan extraño a Jesús que la petición venga de una mujer, y además extranjera. Él mismo la llama «*perro*» y le dice sus derechos. La osadía de la mujer viene de la fe; ella cree que Dios no ha podido hacer a las personas tan distintas como para no ser capaces de compartir las riquezas materiales de cada pueblo y las diferencias culturales que hemos ido desarrollando los humanos, a través de siglos, en cada uno de los mismos.

Pablo, el llamado apóstol de los gentiles, se acercó como nadie, en aquella Iglesia naciente, a los que eran diferentes. Sintió el impulso del Espíritu para dirigirse a las gentes de otros países, que tenían otra cultura y otras religiones; así lo hizo con los romanos, cuya carta hemos escuchado hoy.

Descubrió que Dios no es ajeno a la vida ni a las inquietudes de ninguna persona, sea de la nación que sea, y que su Hijo Jesús así lo vio con las gentes de otros países y de otras regiones, atendiendo sus demandas y plegarias.

Asimismo, Jesús tampoco se somete a normas ni a leyes de ningún poder político o religioso, sobre todo cuando está en juego la vida de las personas o la dignidad de los más débiles. Casi siempre sucede que es a los más pequeños a los que se les aplica la ley con mayor exigencia y rigurosidad.

Pablo deducirá también que Dios, al no tratar de manera diferente a ninguna persona, tampoco lo hace entre el varón y la mujer; por eso, manifiesta su misericordia con todos los que se acerquen a Él con un corazón limpio a buscar liberación, como hace la mujer sirio-fenicia del evangelio de este domingo.

Acerquémonos también nosotros a las personas, sean de la nación que sean, para atender sus demandas de ayuda y de ser escuchadas cuando quieren compartir con nosotros lo que son y lo que hacen.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11,19a;12,1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-27a): *Todo sometido bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 1,39-56): *Bendita tú entre las mujeres.*

En este día de fiesta, tal vez en vacaciones, disfrutando del mar o la montaña, con la familia o los amigos, al celebrar la Asunción de María al cielo, en cuerpo y alma, damos gracias a Dios, nuestro Señor por las maravillas que obró en María. Así lo reconoció ella misma, al ser saludada tan elogiosamente por su prima Isabel: **«El Señor ha hecho en mí maravillas»**.

Y ciertamente, María es una maravilla de Dios. Desde el principio en que el Señor puso en ella sus ojos, escogiéndola para madre de su hijo, ya la ideó inmaculada, libre de pecado desde su concepción y desde el principio llena de gracia, como reconoció y la saludó el ángel, al invitarla de parte de Dios a ser su madre.

Y toda su vida, marcada por la presencia de Dios en su seno, se vio colmada del Espíritu del Señor que la envolvió al concebir a Jesús y no la abandonó hasta arrebatarla al cielo, como hoy recordamos y celebramos alborozados. La Asunción de María es el colofón glorioso, al estilo de Dios, de toda una vida vivida en su servicio y al servicio de la humanidad.

La Asunción de María es para todos nosotros un mensaje de esperanza, que nos hace soñar anticipadamente y acariciar ya la dicha de poder alcanzar un día el cielo, para juntarnos con ella y con todos los santos en la gloria de Dios Padre. En la Asunción de María tenemos la confirmación de los frutos de la resurrección del Señor. Su victoria sobre la muerte es también la de María, asunta al cielo en cuerpo y alma, y la de todos los santos del cielo, y la nuestra, destinados al cielo, ciudadanos del cielo.

Porque el mismo Señor que hizo maravillas en María, hace también maravillas por su gracia en todos y cada uno de nosotros. Como ella, como la Virgen, tenemos que decir sí incondicionalmente a las sugerencias del Espíritu para que se cumplan en nosotros la voluntad de Dios. Y para que cumpliendo su voluntad trabajemos sin descanso por el reino de Dios.

Fue precisamente esa buena disposición de María la que ensalzó Jesús públicamente ante los elogios de una mujer a la madre de Jesús. Jesús subrayó, precisamente, la responsabilidad de María, que supo escuchar la palabra de Dios y ponerla por obra en su vida, toda la vida. Y ésa es también la repuesta que el Señor espera de nosotros, escuchar su palabra, ponerla por obra, sacar adelante el reino de Dios. Es decir, trabajar para que ya en la tierra se cumpla la voluntad de Dios, como se cumple en el cielo.

María es nuestra esperanza, como dijo Benedicto XVI: **«El lucero de la mañana, que despeja las tinieblas del horizonte y hace posible nuestra esperanza»**. Así repetimos una y otra vez, de diferentes maneras, en la letanía del santo rosario, cuando la invocamos: **«arca de la alianza»**, que hace posible nuestra reconciliación con Dios, o **«puerta del cielo»**, que nos franquea la entrada, y **«estrella de la mañana»**, que hace nacer la luz en las tinieblas de nuestra vida, y cuando reiteramos con insistencia: **«salud de los enfermos»**, **«refugio de los pecadores»**, **«consuelo de los afligidos»**, **«auxilio de los cristianos»**.

Pero sobre todo, hay una oración, antiquísima, siempre en nuestros labios, en la que la invocamos: **«vida, dulzura y esperanza nuestra»**. Sí, me refiero a la salve. Una oración preciosa, sencilla y archisabida, pero llena de sentido (aunque no entendamos eso del *“valle de lágrimas”*). Y que vale la pena recitar con frecuencia, para recobrar aliento, reanimar la fe, reactivar la esperanza. En pocas palabras, la invocamos como reina y madre, como vida y dulzura, como esperanza nuestra.

Y tras reconocer nuestra situación, las penas de este *“valle de lágrimas”*, nuestra condición de peregrinos, de desterrados, le hacemos una petición: que nos mire y que nos haga ver a su Hijo, el fruto bendito de su vientre. Porque la mirada de María, de nuestra Madre, nos da vida, nos da coraje, infunde dulzura en nuestras tareas y levanta en vilo nuestro ánimo y nuestra esperanza de ver a Dios.

VER A DIOS, disfrutar de su contemplación, en compañía de María y de todos los santos y ángeles, será nuestra dicha para siempre.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22,19-23): *...lo que él cierre nadie lo abrirá.*

2ª lectura (Romanos 11,33-36): *Él es el origen, guía y meta del universo.*

Evangelio (Mateo 16,13-20): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Parece que el ministerio de Jesús, después de un comienzo brillante –le seguía mucha gente-, entra en crisis; experimenta el rechazo del pueblo y el fracaso aparente de su misión. Jesús en esta situación les propone que respondan a una breve encuesta acerca de su identidad.

La primera pregunta: «¿Qué piensa la gente que es el Hijo del hombre?» En aquella cultura, y ahora también, la opinión que los demás tengan de una persona era muy importante. La respuesta de la gente lo asocia a algunos personajes conocidos del pasado y a Jesús lo ven como una continuidad de ese mismo pasado. No captan su originalidad. No descubren la novedad del Mesías ni comprenden su figura.

La segunda va dirigida a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» La pregunta mantiene toda su actualidad y no vale una respuesta cualquiera; ni siquiera es suficiente responder, como Pedro, diciendo que Jesús es el Hijo de Dios; hay que decir de qué Dios hablamos.

La siguiente anécdota puede aclararnos la situación en que nos movemos: *“Una persona ante un personaje público que estaba hablando por TV, hizo el siguiente comentario: «Por qué habláis tanto, si nadie os escucha»”. La gente no cree en las palabras, está muy decepcionada, sino en los gestos.*

Para la Biblia *“la verdad no se dice, se hace”*. Por eso, Dios es veraz porque lo que dice lo hace. Por tanto, si la verdad se hace, lo contrario de la verdad no es la mentira, sino la decepción. A los judíos les gusta el siguiente dicho: *Se anuncia a un rabino que por fin ha llegado el reino de Dios. Él abre la ventana, mira a la calle, se vuelve y dice: “No es verdad, porque no veo que haya cambiado nada”*.

De hecho, así actuó Jesús. A los enviados del Bautista, que le preguntan si Él era el Mesías, les contesta: ***«Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia»***.

Ahora bien, entre los signos que muestran la presencia del reino, no hay que mencionar únicamente lo que Jesús hace, sino también lo que Él mismo es y vive. Así a la pregunta de Felipe: ***«muéstranos al Padre y nos basta»***, la respuesta de Jesús es grandiosa: ***«¿Quién me ha visto a mí, ha visto al Padre»***.

Jesús no es sólo un enviado de Dios; es el Hombre-Dios, es el rostro humano de Dios. Pero es Hijo no de un dios cualquiera, sino del Dios vivo, esto es, del Dios que posee la vida, que la comunica, la defiende y se opone totalmente a los ídolos incapaces de dar vida, sino que, por el contrario, generan muerte.

Y Jesús es Hijo de ese Dios y participa de su vida, da vida y la da en abundancia, lucha contra los poderes de la muerte y vencerá a la misma muerte. Jesús acredita su forma de ser y actuar como Hijo, mostrando sus obras, que son signos de vida y de humanización de todos aquellos a quien los poderes de la muerte estaban deshumanizando.

La Iglesia, en el Concilio, se define ante el mundo como *“signo del amor del Dios de la vida para el hombre actual, sobre todo, para los pobres y los que sufren”*. He aquí un gran reto: ***¿Cuál podría ser el perfil eclesial que le capacitase ser signo del amor de Dios a nuestro mundo?*** Un mundo caracterizado por ser idólatra; actitud, que es todavía más funesta y peligrosa, cuando se reviste con ropaje religioso: ***«Hijitos, guardaos de los ídolos»***, nos dice san Juan. El ídolo puede ser cualquier cosa que, en el corazón, ocupa el lugar de Dios a la hora de la verdad.

Digo a la hora de la verdad, porque cuando hacemos profesión de fe, e incluso afirmamos que Cristo es el centro de nuestra vida, en realidad el centro de nuestra vida lo están ocupando otras cosas, ya que el ídolo puede ser una persona (culto a la personalidad), una idea, una verdad (incluso de fe), una función, una institución, etc.

Los frutos de los ídolos, y por ellos los conoceréis, son frutos de muerte. Mata al hombre como sujeto y como hermano; mata la compasión, la sensibilidad, la solidaridad, el amor universal, es fundamentalista e intolerante y, sin embargo, tolera lo que no debe tolerar.

Provoca ceguera para ver los rincones oscuros de la sociedad y de la Iglesia, del propio grupo... Mata al pueblo como pueblo, convirtiéndolo en *“masa sumisa”*. Esconde sus víctimas y todo aquello que pueda desenmascarar al ídolo.

Jesús luchó contra los ídolos tanto civiles como religiosos; la reacción de los idólatras fue cruel. Ahora más o menos sucede lo mismo, quizá de una forma más sutil, pero también cruel.

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». La respuesta creo debería ir por ahí: ***«¿Quién me ve a mí, ve al Padre?»***

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20,7-9): *Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir.*

2ª lectura (Romanos 12,1-2): *...transformaos por la renovación de la mente.*

Evangelio (Mateo 16,21-27): *...pagaré a cada uno según su conducta.*

«*Quítate de mi vista, tú piensa como los hombres, no como Dios*». Las lecturas que nos muestra la liturgia hoy, son, las tres, partes de un contexto más amplio y que merecerían leerse completas, tranquilamente, en casa, posiblemente en grupo familiar, y dedicarles un rato de reflexión, de diálogo, de comprensión.

La primera utiliza una expresión tan bella para referirse a la atracción que Dios ejerce en quien se encuentra con Él y la energía que transmite, tan fuerte, como para poder soportar la soledad, el rechazo y la culpabilización manteniéndose, a la vez, en pie y con dignidad para seguir trabajando, no combatiendo, por lo que Él nos demanda. Así es como vivió esa experiencia suya tan apasionada y apasionante, tan dramática en términos personales, tan trágica para su pueblo, tan esclarecedora de lo que es vivir la vida en contacto con Dios.

El profeta habla con palabras que nos suenan mal a nosotros, personas con pretensiones de autonomía, de libertad, de buscar los propios intereses, de erigirnos un fin de nuestras actividades y preocupaciones para no caer en el concepto de alienación que algunos atribuyen, precisamente, a la religión por pedir el sacrificio de la propia vida.

A Jeremías le sonaban, por el contrario, a lo que él experimentaba como impulso y motivación que, desde lo más profundo de sí mismo, le hacían salir a ponerse en relación con los demás, que formaban parte de él mismo por su integración religiosa, cultural, racial e histórica. Trabajar en lo que Dios le animaba a trabajar a favor de los suyos y, de paso, en su propio bien comunitario y personal, No era una imposición. Era un ayudarle a ver claro y despertarle el deseo de hacerlo porque era lo mejor.

También Pablo que había vivido en su propia historia personal lo que es experiencia de muchos cristianos y sensación de no cristianos, había pasado de una religiosidad moralizante y opresiva, como era la de su educación infantil, a otra de liberación de tanto mandamiento y tanta culpa. Porque Dios había cargado a Jesús con todas ellas para que nos hiciera libres, tanto como son los hijos en su casa y con su familia, tanto como se sienten relajados cuando llegan y pueden abandonarse en el sofá sin hacer caso a las recomendaciones que les hacen los padres.

Él, que viendo morir a Esteban se había preguntado cómo podían llegar a morir por sus convicciones quienes parecían despreciar las normas de los rabinos, había caído en la cuenta de que el mundo no lo podemos arreglar nosotros, aunque nos empeñemos, y que la salvación no la podemos merecer ni alcanzar nosotros con nuestro esfuerzo. Esa tarea nos desborda, es inalcanzable. Sólo puede ser un regalo.

Pero también él experimentó la seducción de Dios que anima a tomarse en serio más el destino de los seres humanos que el futuro y la permanencia de unos principios. Él, que había sentido la libertad como el primer regalo que Dios nos hace con la acción de Jesús, entendió que su libertad no era para vivir atado a sí mismo y a sus propios intereses, sino que era tanto más libre y feliz cuanto más al servicio de los demás se ponía.

Por eso sus consejos y recomendaciones no son un conjunto moral normativo sino una orientación para situarse en la vida haciendo posible y compatible el servicio, la libertad y la felicidad. Así entendió él lo que es la moral cristiana. Algo secundario, porque primero es la experiencia de libertad y la alegría de saberse perdonados y acogidos hasta el punto de que aunque nadie me quiera, acoja y comprenda, Dios si lo hace. Después, por gratitud, haremos muchas más cosas de las exigibles. Nos sorprenderemos a nosotros mismos. Seremos mucho más libres, felices y serviciales. *Si alguno quiere... que cargue con la cruz*. Las cruces suelen venir sin buscarlas y en la vida todos tienen que llevar sus cruces a gusto o a disgusto. Enfermedades, fracasos, desengaños, trabajos... cruces previstas o impuestas de repente ante las que uno se lamenta: ¿por qué me viene esto ahora a mí? Todo entra en el programa de la vida. Jesús no da explicación del origen de las cruces. Solamente invita a cargar con ellas y seguirle a Él. No hay respuesta mejor porque: «*¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero si malogra su vida?*».

Que la felicidad tenga mucho más que ver con el servicio a los demás que con la satisfacción de los propios caprichos no entra en el cálculo lógico de una razón dominada por la convicción de que la muerte termina con todo. Para quienes la vida es una única y última posibilidad de pasarlo bien, la felicidad puede estar en uno mismo.

Que la felicidad sea compatible con el servicio callado, desinteresado y sencillo, con la entrega por los demás, con estar pendiente de quien nos necesita, con hacer por los otros más que por uno mismo, eso es una esperanza que Dios da a quien se fía de Él. Esa confianza sólo tiene una referencia de garantía: Fiarse de la Palabra de Jesús. Él es quien lo dice. Él, que optó por ser y ejercer de Mesías no como algunos hubieran querido, lleno de esplendor fuerza y revancha, sino abierto, comprensivo, interesado en los sencillos, pobres y necesitados.

No se trata de hacerse cruces y hacer sacrificios. De eso ya se encarga de traérnoslo la vida. Se trata de vivir auxiliando a quienes se doblan, por qué no pueden con ellas, al tenerlas muy pesadas, ayudándoles a llevar su carga. Eso aligera la nuestra y alegra la vida de todos.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33,7-9): *...pero a ti te pediré cuenta de su sangre.*

2ª lectura (Romanos 13,8-10): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Mateo 18,15-20): *...todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo.*

Si la alabanza se recibe, aunque no sea verdadera porque halaga, la corrección suele resultar molesta porque humilla. **«Si tu hermano peca...»** Nadie es perfecto y todos tenemos la posibilidad de pecar, y, corregir al que yerra se incluía entre las obras de misericordia del viejo catecismo.

Siempre hay ojos inquisidores, cerrados a “las propias vigas” y escudriñando “las pajas ajenas” en busca de motivos de acusación y de condena. Siempre puede haber individuos fácilmente escandalizables, agudos en la crítica y agrios en la condena, aunque los que así condenan no estén ellos mismos sin pecado y por lo tanto no deberían lanzar la primera piedra.

Otros suelen reaccionar con un indiferente y culpable encogimiento de hombros pensando que a ellos ni les va ni les viene: “allá él con su conciencia, ¿a mí qué?”. Jesús dice: «Si tu hermano peca...», es decir, no se trata de un extraño sino de tu hermano; tampoco se trata de un santo sino de un pecador como tú. No puedes ni condenar ni desentenderte. Debes ayudarlo de manera cada vez más apremiante según sea su obstinación en el error.

El mensaje del Evangelio constantemente nos llama al perdón. Es una característica del cristiano, aprender y practicar el perdón desde el amor. Estamos más habituados al lenguaje de la responsabilidad y la culpa que al del amor y la gratuidad. No es fácil perdonar. El perdón adquiere un nuevo significado cuando uno mismo se ha sentido perdonado. Quien no es amado, no puede amar; del mismo modo, quien no ha sentido el perdón no podrá perdonar. No conoce esa realidad.

Reconocer las propias limitaciones y errores y estar abiertos al perdón que se nos ofrece gratuitamente, sin condiciones ni exigencias, nos abre el camino hacia la experiencia auténtica de la reconciliación.

El perdón y la reconciliación tienen mucho que ver con el encuentro y el diálogo, así como con la relación gratuita que se establece entre personas y países. Todos estamos en relación, todos estamos vinculados unos con otros por lazos de sangre, historia, vecindad o de futuro. No somos entes autónomos o solitarios.

El perdón del Evangelio pide diálogo y relación con la persona que yerra, pide respeto y paciencia y pide también participación de la comunidad para facilitar el retorno de quien se ha apartado. Hay que emplear todos los recursos necesarios para conseguirlo.

Jesús nos enseña la dimensión comunitaria y social del perdón que implica a toda la comunidad. Todos sufren el pecado y todos trabajan para restablecer la vida. Los creyentes estamos invitados a donar la experiencia del perdón a nuestro mundo. Un perdón que respeta al otro, que pide la reparación de los daños causados, pero que piensa en un futuro de vida plena, tanto individual como colectiva. Un perdón que nos hace pasar del yo al nosotros.

Hoy no nos conformamos con vidas individuales. Queremos y necesitamos estar en relación. En la gran red del mundo hay nudos que unen los hilos. Sin ellos no podríamos subsistir. Son las relaciones y los encuentros que construyen la sociedad.

Estos nudos pueden ser interesados o gratuitos. Jesús apostó por “*atar su vida con los desposeídos del mundo, con los enfermos y desahuciados, con las víctimas*”. Su vida es signo de perdón y conversión; quien entra en contacto con Él queda transformado.

El encuentro fraterno con el otro es signo de la presencia de Dios y expresión de su apuesta por la vida de las personas. Dios ha apostado por las personas y quiere que **«tengan vida abundante»**. La llamada es a la conversión que hace dirigir nuestra existencia hacia Él desde el encuentro con toda persona humana, especialmente con los que sufren y son víctimas de la injusticia del mundo. El perdón se ha convertido en signo y posibilidad de “*otro mundo posible*”.

En la Iglesia tenemos un tesoro desdibujado. Es el sacramento de la reconciliación, expresión de la posibilidad del perdón y la conversión. Un sacramento al que todavía no hemos llegado a comprender su gran fuerza ni a vislumbrar y valorar la inmensa cantidad de gracias que sobre el penitente se derraman; con un fuerte componente comunitario y social que tenemos que recuperar. La reconciliación es capaz de transformar nuestra vida y la historia de la humanidad.

Además, no lo dudéis, nos lo dice Jesús, **«SI NOS PONEMOS DE ACUERDO PARA PEDIR ALGO, EL PADRE DEL CIELO NOS LO DARÁ»**

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27,33-28,9): ...y perdona el error.

2ª lectura (Romanos 14,7-9): *Ninguno de nosotros vive para sí mismo.*

Evangelio (Mateo 18,21-35): ...¿cuántas veces le tengo que perdonar?

Una de las más profundas y consoladoras convicciones de nuestra fe es la de que Dios ofrece ilimitadamente su amor y perdón. Él pone como condición que nosotros perdonemos fraternalmente. Los judíos fijaban el número cinco como tope máximo del perdón tratándose de un hermano. Pedro, formula su pregunta en términos matemáticos y, queriendo batir un récord de generosidad, amplía el número hasta siete. La respuesta que recibe de Jesús está formulada en términos de amor “*son siempre y de corazón*”. Si no se puede poner límites al amor, tampoco al perdón. Hay que amar y perdonar siempre. Hay una forma de entender el perdón que subraya el aspecto puntual de un acto concreto en el que alguien, después de hacer algo mal, molestar, ofender o perjudicar, se manifiesta dispuesto a reconocerlo y asumir su mal comportamiento. La respuesta esperada bien por convicción o bien por cortesía, es la aceptación de la disculpa y la ilusión -ingenua quizás- de que no volverá a ocurrir.

El acento se pone en la formalidad, en las condiciones que debe tener quien lo pide para que su acto reúna unas exigencias mínimas de veracidad y no se convierta en una pantomima vacía. La preocupación por las condiciones llega a ser tan predominante que sobrepasa, con mucho, sobre la vivencia interior, y el conjunto de requisitos llega a convertirse en una obsesión que eclipsa la experiencia profunda de poder descubrir la propia intimidad, volcar los rincones oscuros a la luz del diálogo y encontrarse con la agradable sorpresa de no ser acusado ni detestado, de no ser sermoneado sino comprendido y aceptado.

En cambio, la experiencia común es la de sentir vergüenza ante lo que debo decir y buscar los subterfugios más inverosímiles para decirlo sin que se note, expresarlo sin aclararlo y cumplir con la obligación de hablar, aunque no comunique mi interioridad. Después ya se pondrá en práctica la penitencia que el cura indique; pero la verdadera penitencia es cómo inventar una forma de acudir al perdón sin decir lo que me avergüenza.

La experiencia termina siendo un acto que se vive con mucha hipocresía y que, lógicamente, muchos acaban desechando para no aumentar la sensación de engaño y falta de sinceridad con el cura, no con Dios, ante quien volcaríamos todo nuestro interior sin reparos, en un tú a Tú humano-divino, sin intermediarios. El resultado es la falta de experiencia de perdón, una experiencia imprescindible para la vida, para el equilibrio psicológico y para la convivencia social. Para más dificultad, se insiste en la obligación de perdonar, porque Jesús lo manda, pero no se facilita la experiencia previa que Jesús transmitió a los suyos: «*Se os perdonan vuestros pecados*». Precisamente la experiencia previa de sentir que Dios nos perdona es la única que puede hacer posible todo el sentido del perdón humano.

Porque si Dios, que conoce los recovecos más inéditos y oscuros de nuestra personalidad, las inclinaciones menos confesables de nuestro yo, las búsquedas más ocultas de nuestra intencionalidad, nos manifiesta su aceptación y, nos responde expresándonos su comprensión. Entendiendo nuestra debilidad, nuestra pobreza, nuestra realidad, mezcla de decisiones libres e incapacidades que nos hacen sentir la grandeza de hacer cosas y la pobreza de ser víctimas de oleadas de todo tipo, podremos nosotros aceptarnos como personas marcadas por toda nuestra condición.

La experiencia de vivir que Dios, nada ingenuo, conoce todo lo que somos, pensamos, sentimos, vivimos y hacemos y aun así nos abre sus brazos con actitud paterna, o más bien materna, y reflexionando con nosotros sobre la realidad nos invita a crecer, a tratar de superarnos, sobre la base de su amor indudable y aceptación segura, tantas veces como acudamos a Él, es lo que hace posible el perdón como regalo vivido y como tarea que se ha de compartir.

Nosotros que somos la comunidad de los perdonados, a quienes se nos ha invitado a ser miembros de esta comunidad precisamente por ser pecadores y a quienes continuamente se nos repite la experiencia de sentirnos acogidos, aceptados y queridos aun siendo seres humanos normales, limitados y corrientes, tenemos la misión de hacer presente el perdón ilimitado de Dios que, día a día, está mostrando con nosotros su capacidad de paciencia, aguante y, sobre todo, amor, inmenso amor, siempre abierto al perdón.

Hemos de recuperar la experiencia de esta dimensión tan profunda del perdón para estar dispuestos a extenderla no una o siete veces sino miles de veces, todas las que hagan falta, porque los seres humanos necesitamos vivir y sentir que Dios nos quiere, que no estamos solos en esta pesada tarea de vivir.

Que Dios nos acompaña siempre y nos echa una mano y nos da una palmada de aliento y nos sonrío. Pero eso sólo lo sentimos si alguien nos lo hace ver en su nombre.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,6-9): *Mis planes no son vuestros planes.*

2ª lectura (Filipenses 1,20c-24,27a): *Lo importante es llevar una vida digna.*

Evangelio (Mateo 20,1-16): *Id también vosotros a mi viña.*

Después de oír esta parábola, con atención primero, con creciente curiosidad después, uno no sale de su asombro al escuchar las explicaciones del propietario de la viña. Ni entendemos su modo de proceder, dando a todos lo mismo, ni compartimos su razonamiento a los obreros que se sienten discriminados. Más bien nos identificamos con ellos y pensamos que el propietario actúa con arbitrariedad.

Y es que nosotros, inevitablemente, seguimos pensando de acuerdo con el sistema capitalista y, hemos llegado a creer que ésta y no otra es la verdad rigurosa, científica. Nosotros creemos que el salario debe tener en cuenta el tiempo empleado en la faena, la dificultad, la calidad y la dignidad de los cargos, a los que mandan, a los que tienen títulos y otras tantas cosas. En cambio, a la hora de fijar los salarios, no se tiene, no tenemos en cuenta para nada, la cuestión principal, el argumento que nunca debería menospreciarse, **“la dignidad humana”**.

Por razones económicas justificamos las mayores arbitrariedades, camufladas en flamantes leyes (injustas, las más de las veces) y en convenios sindicales que están generando un mundo absurdo, con unas desigualdades intolerables, una miseria insoportable y, peor todavía, un genocidio de pobres que clama al cielo. Pero el sistema no es Dios. Y los planes de Dios están en abierta contraposición con el sistema si queremos dar crédito al Evangelio y escucharlo sin prejuicios.

De momento, la parábola habla del reino de Dios. Y en el reino de Dios las cosas funcionan de distinta manera. La parábola aunque habla del denario, no se trata de una cantidad de dinero fijada en el mercado de trabajo, sino de un salario suficiente. Ya hace ciento veinte años que León XIII, en la encíclica *“Rerum Novarum”*, advertía que el salario para ser justo no basta con haber sido fijado en el mercado, sino que debe ser suficiente para el trabajador.

El denario representa el salario suficiente para vivir, independientemente del tiempo trabajado, sobre todo, si se tiene en cuenta que los que trabajaron menos tiempo no fue por falta de ganas, sino por falta de ocasiones, porque no pudieron encontrar trabajo, porque al no ser contratados, no tuvieron las mismas oportunidades.

En nuestro caso, en el evangelio, el denario no es dinero, no es paga, sino que es gracia, la gracia de Dios, siempre suficiente para colmar de felicidad a todos sus hijos en el cielo. En este sentido, Jesús denuncia la mentalidad de los fariseos, recogida por una falsa espiritualidad, más inspirada en el sistema capitalista que en el Evangelio, según la cual la vida cristiana consiste, sobre todo, en atesorar *“obras buenas”* para el cielo. Creían que en el cielo se perpetúan las desigualdades y privilegios de este mundo.

No podían entender que la felicidad no es cuestión de más y menos. Se es feliz o no, pero, si se es feliz, no cabe la envidia de sentirse menos que otros. No nos cabe en la cabeza que todos, absolutamente todos y cada uno, estamos llamados a ser inmensamente felices con Dios, sin privilegios, sin enchufes, sin ventajas. **¿Puede haber mayor privilegio, mejor enchufe, más ventajas que ser hijos de Dios?** Porque no es necesario esperar a ir al cielo. Podemos ya ser inmensamente felices en la tierra. Porque somos hijos de Dios, y aunque queda mucho por ver, tenemos ya lo suficiente.

Aunque la parábola se refiere, primero, al reino de Dios, tiene mucho que ver con el de la tierra, que también es de Dios, aunque lo haya confiado a nuestra responsabilidad. Por tanto, en nuestras manos está:

- **Hacer** que el planeta empiece a ser la casa de todos, en la que todos tengan sitio y puedan vivir y ser felices, degustando ya el cielo prometido.
- **Lograr** que todos los seres humanos puedan ejercer su derecho a trabajar, a aportar su esfuerzo para incrementar el bienestar de todos y mejorar el mundo.
- **Quitar** las trabas y dar facilidades para que todos, independientemente de su lugar de nacimiento, del color de su piel, de su sexo o de su religión, puedan vivir con dignidad de su trabajo.
- **Volver** a las recomendaciones de León XIII y Juan Pablo II para que el trabajo no se reduzca a mercancía que se tase en el mercado, sino que sea la auténtica expresión del hombre que, por el trabajo, coopera con Dios en la creación y en la vida y en la felicidad de todos.

Si no entendemos que la vida no es un negocio, sino convivencia, si no superamos la mentalidad de que el tiempo es oro para convencernos de que el tiempo es la gran oportunidad para vivir como hermanos, no tenemos futuro sostenible, ni soportable. Y así, es claro que, *«en el reino de Dios los últimos serán los primeros y los primeros los últimos»*.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18,25-28): *Muere por la maldad que cometió.*

2ª lectura (Filipenses 2,1-11): *Buscad el interés de los demás.*

Evangelio (Mateo 21,28-32): *Hijo, ve hoy a trabajas en la viña.*

La parábola de los dos hermanos trata de la conversión. La respuesta con un “no” de uno de los hijos es ciertamente una falta contra la virtud de la obediencia, pero el cambio de opinión y la ejecución de lo mandado borra la falta inicial y cumple la voluntad del padre. No se alude a las promesas incumplidas de los políticos. Se dice a todas las cabezas pensantes con mentalidad de fariseos, que dicen sí a la letra de la ley, pero no cumplen las obras de esa ley: Palabras sí, obras no. Se parecen al segundo hijo que no cumplió la voluntad del padre.

Los conocidos como pecadores se dejaron impresionar por la predicación de Juan y se convirtieron: habían dicho no pero luego dijeron sí. No se puede juzgar por apariencia o por solas palabras. Son las obras las que mejor definen lo que cada uno es.

Dios quiere una conversión con obras. La parábola de hoy está tomada de la vida. El padre terreno es una imagen del Padre celestial. Llama a todos los hombres a su servicio (los trabajadores en la viña). *«No todo el que dice “¡Señor! ¡Señor!” entrará en el Reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos»* (Mateo 7,21). Quien escucha y no obra, es como el que edifica sobre arena. Y san Juan nos escribirá: *«Hijos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad»* (1 Juan 3,18).

¿Quién de los dos hijos cumplió la voluntad del Padre? El contraste entre los dos hijos es marcado. Y en el contexto polémico de las controversias entre Jesús y las autoridades religiosas de Jerusalén, son estos, los jefes de los sacerdotes y ancianos, los que son denunciados. La parábola es también un ataque a los fariseos por la discrepancia entre sus palabras y sus obras.

A ellos contraponen Jesús los publicanos y prostitutas, los pecadores profesionales, los pecadores públicos. Los publicanos, ¿esos seres comprometidos con el dinero? Las prostitutas, ¿esos seres comprometidos con la carne? En la declaración de Jesús el acento está puesto en la conversión. El peor pecado es la autosuficiencia, pasar de Dios, no tener necesidad de Él.

Dios quiere una conversión con obras. Corremos el peligro de hacer una interpretación errónea si nos referimos únicamente a las circunstancias de entonces, es decir a judíos y paganos, publicanos y prostitutas. Si hacemos una aplicación solamente para los demás, si pensamos que nada tiene que ver con nosotros.

También se nos plantea hoy esta cuestión. La parábola toca a cada uno de nosotros con una exigencia seria. No basta, por tanto, que uno pertenezca a la Iglesia y que juzgue críticamente a los que están fuera. No basta que uno se haya decidido una vez por la voluntad de Dios, pero interiormente ya no está abierto a su llamada porque la vida le ha ido haciendo poco a poco una costra.

Sin notarlo, nace en nosotros la convicción de que no sólo estamos en el buen camino, sino también en el buen estado del alma, configurando una falsa seguridad, y mientras condenamos a los fariseos uno mismo se hace fariseo.

¿Quién de los dos hijos cumplió la voluntad del Padre? Así la parábola es un aviso contra las costras del alma, contra la falsa seguridad interior y es la exigencia de escuchar a Dios y seguir su llamada. El hombre tiene que convertirse cada día y dejarse convertir, pues está siempre en peligro de seguir caminos falsos. Este peligro es especialmente grande cuando la fachada es bella, cuando exteriormente todo parece estar en orden. Es brutal que Cristo prefiera los publicanos y prostitutas a los fariseos y escribas.

Dios quiere una conversión con obras. “Espejito, espejito, dime la verdad” (decía la madrastra de Blancanieves). Por la mañana nos miramos en el espejo y vemos que cara tenemos. **¿Estoy dormido, cansado, enfermo?** A veces, antes de salir de casa echamos una ojeada al espejo para comprobar que estamos presentables para movernos en sociedad. **¿Voy bien vestido, peinado?** La parábola es como un espejo de la conciencia donde mirarnos.

Un espejo son las lecturas de la liturgia. Varía el contenido de un domingo a otro, pero no la función. Esta parábola, por una parte refleja a los oyentes de entonces, pero por otra tiene una validez perpetua y nos interpela hoy a cada uno de nosotros. La intención es exhortar a la conversión y cumplir la voluntad de Dios.

No sería honesto aplicar las parábolas del Evangelio solamente a los demás. Se dirigen a cada uno de nosotros hoy. La parábola es un espejo, válido siempre, que dice la verdad para examinar nuestras conciencias.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5,1-7): *Y esperó que diese uvas.*

2ª lectura (Filipenses 4,6-9): *Nada os preocupe.*

Evangelio (Mateo 21,33-43): *...para recibir los frutos que le correspondían.*

Una de las situaciones que más repetimos en la vida es la de “*volver a empezar*”. Todos los cursos hay familias con niños, adolescentes, algún joven que otro y adultos que han cambiado de residencia, que se acercan a la parroquia en demanda de algún grupo de catequesis o de alguna de las actividades parroquiales para inscribirse o preguntar por lo que podrían hacer por los pobres en su tiempo libre.

Y uno de los riesgos más frecuentes es pensar que, como son diferentes personas, podemos seguir haciendo lo que hemos hecho siempre; aunque eso sí, cogemos los últimos medios que hay en el mercado, utilizando las tecnologías más actuales: ordenador, powerpoints, CD, etc., así nos va la “*cosecha*” de cristianos que continúan cada año en la vida de la comunidad, después de los procesos catequéticos en los que los metemos.

Como el viñador de la historia que nos cuenta Isaías, lo que debería asombrarnos, o cuestionarnos, no es el número de personas que se enganchan a nuestra vida parroquial sino la tarea que realizamos: lo que se ha hecho siempre, ¿es lo que debemos seguir haciendo? O deberíamos hacer algunos cambios en nuestras tareas. ¿Es preciso hoy utilizar tantas horas en lo que esas personas nos solicitan?

Y, sobre todo, en la actual situación social y eclesial, nuestras fuerzas y nuestros afanes pastorales han de ir dirigidos más a la misión que a la sacramentalización. Nuestras gentes no conocen el Evangelio. Nuestros conciudadanos no saben del proyecto de Jesús; sus preocupaciones están puestas en otros intereses menos transformadores.

No debemos dudar nunca de que el anuncio de la Buena Noticia, realizado con las obras y con las palabras de una comunidad de seguidores de Jesús, provoca la transformación del corazón, como lo hizo con nosotros, y nos ayuda a ser colaboradores en la transformación de todo aquello que daña la vida de las personas.

Desde siempre ha habido grupos de personas creyentes que han visto la presencia de su Dios en los acontecimientos, tanto positivos como negativos; acontecimientos que ellos vivían en el interior y en el exterior de sus grupos. Los cristianos decimos que nuestra historia es “*historia de salvación*” porque en ella es en la que Dios nos va manifestando su actuación amorosa con todas sus criaturas.

Tras esta revelación, culminada por su Hijo Jesús no sin las dificultades de ser rechazado y quitado de en medio por aquellos que tenían otros planes, a nosotros nos toca trabajar. Trabajar en esta viña que es el mundo, **todo el mundo**, no sólo el mundo religioso y eclesiástico. Para llevar adelante el plan de este Padre-Madre, Dios, que quiere que todos nos salvemos, que lleguemos al conocimiento de la verdad y que vivamos en comunidad fraternal. “*Dios sigue enviando mensajeros y esperando frutos, pero el hombre sigue creyéndose propietario absoluto de lo que sólo se le ha dado en administración*”.

La manera de llevar adelante esta maravillosa tarea es lo que las comunidades cristianas debemos plantearnos con las fuerzas que tenemos; hacer lo que podamos junto con los hermanos que nos encontremos en cada una y asumir las responsabilidades para las que cada cual estemos mejor preparados.

La alegría de estar injertados en Cristo, de que el desarrollo de nuestra vida vaya vinculándonos cada día más a la vida de Jesús y a su proyecto, Pablo la relaciona con el anuncio del Evangelio, que él hizo en Filipos. Sus oyentes fueron, poco a poco, adhiriendo sus corazones al mensaje evangélico; fueron sintiendo la llamada y la elección a vivir con la dignidad de hijos de Dios su proyecto de persona y de sociedad.

¿Es el Dios de nuestra fe un Dios amenazante o un Dios lento a la cólera y rico en clemencia?

¿Puede el hombre actuar como dueño absoluto, decidir sobre el bien y el mal, sobre lo permitido y lo prohibido, el aquí y el allá, matar a Dios para entronizar dioses de repuesto como el poder, la imagen, el dinero o el placer?

La tarea misionera del apóstol, animada por el Espíritu del crucificado resucitado, y con la paciencia propia del que realiza la parte que le toca y confía que el Padre Dios haga el resto, no busca tanto su propia satisfacción por la abundante cosecha de adeptos a la Iglesia cuanto que la siembra se realice con fidelidad: el único que salva a todas las personas y que quita los pecados, obstáculos, que impiden y dificultan que se encuentren con Dios, es Jesús.

Por eso, la verdadera fe ha de llevarnos a la construcción de una sociedad más solidaria y fraterna, fundamentados en el humanismo cristiano que trata de mantener siempre la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre; así lo recuerda Pablo en el pasaje que escuchamos hoy: **«todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable; todo lo que es virtud o mérito tenedlo en cuenta»**.

Siempre hay en la Iglesia frutos en esperanza y frutos en sazón. Son puros fenómenos humanos de los que somos responsables los mismos hombres que hacemos la historia. A los desplazamientos de la fe siguen los frutos de santidad que Dios busca. ¿No es esto una buena noticia?

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25,6-10a): *Un festín de manjares suculentos y vinos de solera.*

2ª lectura (Filipenses 4,12-14.19-20): *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

Evangelio (Mateo 22,1-14): *¿Cómo has entrado aquí sin vestirte de fiesta?*

Quizá parezca una observación ingenua; pero en el evangelio nunca se nos dice que, el Reino de Dios se parezca: “a un monasterio”, o “a una reunión de entendidos y sabios”, o “a un encuentro de almas puras”, sino más bien nos habla de un “banquete de bodas”.

Las gozosas celebraciones nupciales fueron con frecuencia utilizadas por los profetas para significar lo que Dios prometía para la humanidad. De entre todas las fiestas, la de las bodas es especialmente portadora de alegría y esperanza. La boda es celebración pública del amor entre dos personas, un hombre y una mujer, que, amándose, engendrarán nuevas vidas. En Palestina, la fiesta de bodas se prolongaba. A veces, hasta una semana, y estaba siempre acompañada de cantos, bailes, algarabía y gozo.

«*El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba las bodas de su hijo.*» Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero la invitación es rechazada. La insistencia del rey, enviando otros criados, muestra el amor de Dios a su pueblo. Hay un nuevo y definitivo rechazo de la invitación: “*Andaban demasiado complicados en sus tierras y negocios*”. Su amor desmesurado al dinero (tierras y negocios) fue el motivo por el que no aceptaron la invitación. “*Poderoso caballero es don dinero*”.

No ha surgido entre los hombres institución más perniciosa como el dinero. El dinero destruye ciudades, expulsa a los hombres de sus casas, el dinero trastoca las mentes honradas de los mortales y los induce a entregarse a acciones vergonzosas. «*Es él quien enseña a los hombres las malas artes y a cometer impiedades sin género*» (Sófocles). Quien acapara por sistema, viviendo centrado en las cosas y no en las personas, acaba con las personas.

Pero el proyecto de Dios no iba a fracasar porque algunos lo rechazasen; sigue en pie. Y la invitación se extendió a todos. Los criados salieron a los caminos, reunieron a todos los que encontraron y la fiesta se celebra con una gran concurrencia. El proyecto de Dios se cumple, pero hay un aspecto que hay que resaltar. Según la parábola, nadie puede decir «*mi Dios*» sino «*nuestro Dios*». El Dios del banquete es el Dios de todos, y debemos descubrir con gozo que somos invitados junto con todos.

Nadie tiene derecho a sentirse privilegiado, a reivindicar una exclusiva. Por eso, precisamos quitarnos las cataratas que nos impiden no sólo conocer al Dios revelado en Jesús, sino que también nos impiden ver a los demás debido a nuestro particularismo excluyente. La parábola tiene una dimensión universalista; por eso son reclutados todos los que se encuentran en los «*cruces de los caminos*», en la periferia.

Hay que ampliar la mirada que tiende instintivamente a limitar el Reino de Dios a los confines de la Iglesia, en vez, de dilatar la Iglesia a las dimensiones del Reino, simbolizado en la mesa compartida, donde se reúnen y se encuentran gentes de diferentes procedencias sociales y étnicas, es decir, una hermandad sin discriminaciones.

Los primeros invitados rechazaron la invitación, pero no por eso se iba a suspender. Más aún, todos son invitados a participar del banquete: buenos y malos. No se les pide ningún certificado de buena conducta. Pero uno de los invitados se presenta al banquete sin traje de fiesta y le dice el rey: «*Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin traje de fiesta?*». Esta escena final nos choca, nos parece extraño que sea expulsado de la celebración dado que han sido invitados todos sin excepción. Por eso, algunos expertos afirman que se trata de una breve parábola añadida por exigencias de actualidad, para disipar equívocos en la comunidad cristiana.

No es suficiente con haber aceptado la invitación; es preciso llevar el traje de fiesta, que, en el contexto de Mateo, simboliza el nuevo modo de vivir; hay que poner en práctica las enseñanzas de Jesús. El banquete de bodas es símbolo del Proyecto de Dios Padre: que el mundo llegue a ser una fiesta de bodas en la que todos, sin excepción, puedan sentarse a la mesa con igual dignidad de hijos y de hermanos.

Pero no todos están dispuestos a llevar a cabo esta tarea, no todos quieren participar en esta fiesta. Quizá creen que si se multiplica el número de hombres y mujeres que son felices, pueden mermar su bienestar. Son los que han construido o buscado su felicidad a espaldas y a costa de la mayoría.

La Pastoral de la Iglesia y su afán misionero han cumplido el mensaje de la Parábola sólo a medias. Han invitado a todos para que entren en la Comunidad cristiana, y esto lo ha facilitado al máximo hasta tal punto de no exigir en la práctica casi nada.

Quienes nos llamamos cristianos, la mayoría ignoramos el Evangelio de Jesús, que es el “**traje de bodas**” que deberíamos vestir ante el mundo, y nos hemos contentado con una religión, donde los cristianos coherentes con el Evangelio son los menos y los oficialmente católicos, los más.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45,1.4-6): *Yo soy el Señor y no hay otro; fuera de mí no hay dios.*

2ª lectura (Tesalonicenses 1,1-5b.): *Recordamos vuestra fe, esperanza y caridad.*

Evangelio (Mateo 22,15-21): *¡Hipócritas!, ¿Por qué me tentáis?*

Con la pregunta que le proponen a Jesús los fariseos y herodianos, no buscan claridad de conciencia, sino quitárselo de en medio porque molestaba y ponía en peligro sus intereses. Pero, la respuesta de Jesús sitúa la cuestión en un nivel más profundo a fin de que aflore la auténtica verdad. Esta lucidez se nos pide hoy tanto a los cristianos como a la Iglesia institución, para situar las cosas en el verdadero nivel y no en el que nos quieren llevar los poderosos de este mundo.

«¿Es lícito pagar el tributo al César o no?» Jesús se da cuenta de que no se afronta el verdadero problema, sino que quieren mantenerlo oculto. Lo que pretenden es cogerlo en una trampa para desprestigiarlo ante el pueblo o dar motivos para que Roma lo juzgue y condene. Jesús se da cuenta de la trampa y les dice: «¿Por qué me tentáis?», traedme un denario y les dice: «¿De quién es esta imagen y la inscripción?» La inscripción era del emperador: «Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto». Entonces, «lo del César devolvérselo al César y lo de Dios a Dios».

Con esta respuesta Jesús pretende que aflore el verdadero móvil que se esconde tras el problema de los impuestos: *la codicia, la avaricia del dinero*; ya que, quienes hacen la pregunta son los mismos que poseen las monedas romanas. Se pensaba que las monedas eran propiedad personal del gobernante que las había emitido, y el dominio político está basado en la dependencia económica. Por tanto, no es dinero de Dios, sino del César y aceptar el dinero del César significa reconocer su dominio. Una vez más aparece: «*No podéis servir a Dios y al dinero*», si queréis servir a Dios, tenéis que renunciar a vuestro deseo de poder, prestigio y posesiones, devolviéndolo a los pobres.

Toda política, en el fondo, es religiosa. De aquí la siguiente afirmación: **Una sociedad no cambia, si no cambian sus dioses.** “Dime que dioses tienes y te diré qué imagen de sociedad, de política, de economía aspiras a tener”. O, por el contrario, “dime qué sociedad, qué política, qué nivel social tienes y te diré cuáles son tus dioses”; ya que en la base de todo compromiso socio-político-cultural se esconde un dios que lo legitima. Por eso, en el análisis de la realidad política, se han de tener en cuenta dos coordenadas:

1º. El programa, su proyecto económico, social, su organización.

Aquí la visión cristiana poco tiene que decir.

2º. La cultura política, sus valores, su ética, su horizonte, su concepción del mundo, de la sociedad, del hombre, el motor que la mueve (mística).

Aquí, sí que el cristiano como cristiano puede aportar.

En nuestro mundo brutalmente oprimido por los poderes de sus dioses, **¿cómo situarse el cristiano? ¿Cómo se situó Jesús?** Jesús se ubicó entre aquellos que el poder del mundo les despojó de todo poder y, desde ahí, no habló ni una sola vez contra los romanos, sin embargo, lo mataron por una causa política.

¿Por qué los poderes políticos mataron a Jesús, si Él no atacó directamente a tales poderes? La razón es que vivió y enseñó a vivir de tal manera, que los poderes de este mundo, tanto religiosos como políticos, se sintieron amenazados. Las armas más peligrosas que utilizan los poderes de este mundo, no son los armamentos bélicos, sino la manipulación de la razón y de la conciencia mediante la ceguera.

Los poderes de este mundo no temen a la gente que sale a la calle gritando, si esa gente tiene apego al poder y al dinero, ya que en el fondo están defendiendo el mismo sistema, están dando culto al mismo dios. El poder funesto tiene más miedo y tiene sus enemigos más peligrosos en los profetas-místicos que le abren los ojos a la gente, que liberan las conciencias de la seducción del poder y del dinero, y así, se convierte en pueblo libre que no se deja domesticar por los mecanismos del sistema.

Los profetas-místicos quieren cambiar el mundo y la sociedad no por el derrocamiento de regímenes o gobiernos, sino mediante su presencia amorosa que hace renacer de nuevo la esperanza entre los oprimidos de que otro mundo es posible. Eso es lo que cualquier gobernante opresor teme de verdad.

A Jesús lo que le preocupaba, de modo especial, era la opresión y marginación de los pobres y pecadores a manos de los ricos, los poderosos y los virtuosos. Y éste es el gran problema que tiene planteada la Iglesia en su conjunto: qué hacer para que renazca de nuevo la esperanza de los pobres, de los débiles, de los “don nadie”; esperanza que le ha sido arrebatada por los dioses de nuestro mundo y que a veces, la Iglesia, ha colaborado con su silencio y tolerancia.

Un paso necesario es desenmascarar, para que aflore la auténtica verdad, es decir, la injusta situación de quienes se ven excluidos de una vida digna por la dinámica de un desarrollo que favorece a los más poderosos. **Devolver a Dios lo que es de Dios, esto es, el hombre creado a su imagen.**

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22,20-26): *Lo escucharé, porque yo soy compasivo.*

2ª lectura (Tsalonicenses 1,5c-10): *Os volvisteis para servir al Dios vivo y verdadero.*

Evangelio (Mateo 22,34-40): *El amor sostiene la Ley y los profetas.*

Ante la complejidad de tantas situaciones de la vida todos nos hemos preguntado alguna vez: **¿Qué es lo más importante?**; ya que, como todo no es posible, tenemos que elegir: *la comida, el vestido, el coche, el piso...*

Siempre que hay elecciones se discuten las prioridades de todos los programas políticos, en busca de lo que es lo más importante. Algo semejante nos ocurre en algunas ocasiones de la vida de familia o personal. Y mucho más cuando se trata de aquello en que nos va la propia vida.

En la vida del pueblo judío los fariseos, en su afán por cumplir estrictamente la Ley, habían ido multiplicando los preceptos y las recomendaciones hasta el punto de haber complicado excesivamente el sentido de la Ley. Por eso se discutía sobre lo más importante, lo principal, para poder así tranquilizar la conciencia.

De ahí el interés por plantearle la cuestión a Jesús, del que tanto y tan bien se hablaba entre la gente. Si, de paso, se comprometía al Maestro, en una cuestión tan discutida y sin solución fácil, tanto mejor.

Todos estaban de acuerdo en lo que dice la Ley, que lo primero es: **«Amarás al Señor, tu Dios, con todas tus fuerzas, con toda tu alma, con todo tu ser»**. E incluso estaban de acuerdo en que hay que amar al prójimo como a uno mismo. Pero qué pasa si el amor a Dios se interfiere con el del prójimo. **¿Se puede o no se puede ayudar al prójimo en sábado?**

Jesús escucha atentamente la pregunta, acepta el reto y responde comprometiendo, a su vez, a sus malintencionados interlocutores. Porque lo que menos esperaban era que, al recitar Jesús al pie de la letra el texto de la ley, concluyese con que no se trata de dos mandamientos, sino de uno, en dos versiones, pero que se implican mutuamente. De manera que no puede haber oposición entre el amor a Dios y el amor al prójimo, sino en las triquiñuelas de los que utilizan la religión para no dejar vivir en paz a los demás.

«Vosotros, les acusará Jesús, con el pretexto de largos rezos, explotáis a las viudas, apropiándoos de sus ahorros». Nadie puede engañarse, creyendo que ama a Dios, si no revalida ese amor en el amor a los hermanos. Porque el que dice que: **«ama a Dios, a quién no ve, y no ama al prójimo, al que ve, dirá san Juan, es un embustero»**.

No se puede separar la religión de la defensa de la justicia y de la lucha por los pobres y marginados. No se puede separar la Teología de la Doctrina Social de la Iglesia. No se puede ser tan intransigente en cuestiones discutibles de doctrina y tener manga tan ancha en cuestiones de derechos humanos y de defensa de los débiles. Porque el amor a Dios es la razón para amar al prójimo y el amor al prójimo es la garantía de que nuestro amor a Dios es sincero, no un amor platónico.

Lo primero y principal es el amor, no la ley. Cuando falla el amor, todas las leyes son insuficientes; y cuando hay amor, es muy fácil secundar la ley. No es que la vida sea muy complicada, es que la complicamos nosotros, cada vez más, para eludir el tomar en serio el amor y la solidaridad.

Lo estamos comprobando tristemente con la inmigración. Se multiplican las leyes para regular la inmigración, es decir, para controlar y frenar la presión migratoria. Decimos que no somos racistas..., que no nos oponemos y que sólo queremos que vayan viniendo en la medida que podamos ir haciéndoles sitio. Pero no nos hemos preguntado si el hambre está dispuesta a secundar nuestras reglas y no afectar a todos sino, solamente, a los que nosotros podemos dar de comer, trabajo y alojamiento sin perder nuestra posición privilegiada.

¿Cuántos tendrán que morir de hambre...?

¿Cuántos tendrán que renunciar a su deseo de una vida libre...?

¿Cuántos tendrán que jugarse la vida en busca de una vida digna...?

En estas circunstancias, amigos míos, no es fácil celebrar la Eucaristía, si no estamos dispuestos a dar la vida para que **TODOS** tengan vida, para que **TODOS** puedan vivir y trabajar y comer y verse libres y queridos.

Ése es nuestro reto, el primer mandamiento, el principal y el más urgente.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 1,14b-2,2b.8-10): *¿No tenemos todos un solo Padre?*

2ª lectura (Tesalonicenses 2,7b-9.13): *Hemos servido al Evangelio.*

Evangelio (Mateo 23,1-12): *El primero entre vosotros sea vuestro servidor.*

Hace unos años, bastantes ya, cuando uno era nombrado o citado por su nombre. Respondía: “*servidor de Vd.*”, o aún mejor, “*servidor de Dios y de Vd.*” Era esto, una norma de buena conducta. Pero, como suele suceder, era también algo más. Era una transcripción a la vida de la enseñanza de Jesús en el evangelio, invitándonos a ser útiles y servir a los demás. Pero ahora las cosas han cambiado y estamos más ocupados en nuestros derechos que en nuestros deberes.

La Declaración de los Derechos Humanos, la Ley de Igualdad, los Derechos del alumno, la Ley del menor..., llena nuestras bocas y nuestras expectativas y su reivindicación está diariamente en los telediarios de las TV., en las noticias de la radio y en las primeras páginas de la prensa universal, colmando nuestra existencia. Sin embargo, de nada sirve la proclamación de derechos y la promulgación de leyes, si no hay, al mismo tiempo, un reconocimiento de los **deberes humanos**.

Miles de personas mueren diariamente de hambre, sin que les sirva de nada el derecho a la vida, a la salud, al trabajo... Y lo que es aún más grave, sin que se lo tomen en serio los orgullosos inventores de esos derechos, más ocupados en conservar el sistema que garantiza sus privilegios, que en que se cumplan de verdad los derechos humanos de todos.

Tal parece el caso de las reuniones de los señores de este mundo, como son las sesiones de los famosos: **G 8, G 12 y G 20**; del **F.M.I.** y el **B.M.**; de la **O.N.U.** y la **O.T.A.N.**; de la **C.E.E.**, la **Liga Árabe**, los **Países Emergentes**, etc. Aunque las cosas están cambiando, porque la música, lejos de marcharse a otra parte, está cada vez más en su sitio, implicando a mayor número de personas que optan por posicionarse al lado de los pobres y excluidos.

En la 1ª lectura, el profeta Malaquías denuncia la conducta de los sacerdotes, que lejos de ser guías del pueblo y acercarlo a Dios con un culto sincero, lo apartan de la alianza, lo esquilmán con sus abusos y lo discriminan con una aplicación interesada e injusta de las leyes. No les interesa el servicio a la gente sino su exclusivo provecho.

Por su parte, en el evangelio, Jesús no desautoriza, pero sí desenmascara a los dirigentes del pueblo, escribas y fariseos; porque no hacen lo que dicen y obligan a cumplir al pueblo. Andan más solícitos en aparentar y figurar y en hacer alarde de su poder, que en servir al pueblo al que complican la vida con sus triquiñuelas legalistas.

La Palabra de Dios, ayer como hoy, denuncia las pretensiones de los poderosos, más atentos en conservar sus derechos y retener sus privilegios como representantes del pueblo, que en cumplir sus obligaciones para con los representados de ese pueblo al que se han comprometido a servir. Mucho más preocupados en mantener el buen funcionamiento de un sistema que les favorece, que en facilitar la vida de los pobres y excluidos, víctimas de ese sistema.

Jesús nos llama a la responsabilidad, a la humildad y al servicio: Primero, nos llama a la responsabilidad, invitando a sus oyentes a hacer lo que dicen sus dirigentes, pero sin imitar lo que hacen. No dan buen ejemplo, porque dicen y no hacen. Nos pide así responsabilidad y coherencia en la vida. No podemos rezar, por ejemplo, llamando a Dios padre y viviendo como si el prójimo fuese un desconocido. Ni podemos llamarnos cristianos, discípulos de Cristo, y luego andar mendigando títulos y dignidades que nada tienen que ver con el Evangelio.

Nos llama, en segundo lugar, a la humildad, a la verdadera humildad que reconoce todo lo que somos, nuestra altísima dignidad humana y cristiana, pero sabiendo que es un regalo de Dios. Lo que no tiene nada que ver con la falsa humildad de quienes aceptan la adulación sólo “por la dignidad que representan”: **«No os dejéis llamar padre, ni maestro, ni señor»**. No hay mayor dignidad que la de ser hijos de Dios, cristianos en la Iglesia, ciudadanos en la sociedad y seres humanos en cualquier parte. Las dignidades no son, ni deben ser, pretexto para privilegios y discriminaciones, sino estímulo para servir y ayudar a los demás.

Por eso, y en tercer lugar, nos invita a servir: **«el que quiera ser el primero –“el primero entre iguales”- que sea el primero en servir. Para eso vino Dios al mundo, no para hacerse servir, sino para servir y dar la vida»**. Por eso debemos luchar con todas nuestras fuerzas para destronar el ídolo de un sistema, que se ha erigido en señor de este mundo, al que se sacrifica el futuro del planeta y al que se inmolan diariamente millones de pobres.

El culto que Dios quiere, el que nos pide, es que sirvamos, que ayudemos, que contribuyamos a la salvación y felicidad de todos.

TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *...han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *...ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Dichosos los justos... los sufridos... los limpios de corazón...*

Cuando hablamos del “*hombre moderno*”, fruto de la sociedad industrial y urbana, le damos una serie de características que le diferencian de las personas que viven en el campo, con una vida más relajada y más acorde con el ritmo de la naturaleza y con las condiciones de sus mayores.

Una de las características de las personas que vivimos en las ciudades es que nuestra vida está muy fragmentada; es difícil darle continuidad a las cosas que emprendemos por nuestra cuenta o con otras personas. Sólo aquello que constituye el fundamento de ese tipo de vida, como es el trabajo, está sometido a un horario no siempre fijo, y es lo que da una cierta estabilidad a nuestro desarrollo personal.

Pero el otro polo de la vida personal y social, que sería la celebración y la fiesta, no tiene ningún tipo de continuidad. En muchos casos lo convertimos también en obligatorio o, como poco, en un hábito que pocas veces nos resulta gratificante; y esto muy probablemente porque no conecta con un proyecto de vida humana plena ni con el sentido sagrado de la vida.

Días que antes eran festivos, ahora no lo son. Y ahí andamos, debatiendo si esto nos quita la fe y nos hace ser más luchadores por la tradición secular de un calendario, en el que todo debía tener un “*santo patrón*” con el correspondiente “*triduo*” o a ser posible, mejor un “*novenario*” y la conveniente “*misa mayor*” con sermón de “*campanillas*” y con banco de autoridades “*civiles y militares*”, fueran o no creyentes.

Exactamente igual sucede con los domingos. Hasta hace unos pocos años, nadie trabajaba en domingo; ahora, además de los que trabajan en servicios a la comunidad, muchas fábricas, almacenes, establecimientos y despachos no paran en domingos ni en días de fiesta. Las personas, antes paseábamos, íbamos a Misa, visitábamos a familiares y amigos vestidos con traje de fiesta; hoy, salimos al campo, playa o a los centros comerciales con ropa deportiva.

Ésa no es manera de celebrar la vida; pues no nos juntamos con los amigos ni con la familia ni con los vecinos para compartir lo que realmente es importante: los sueños, los proyectos, la construcción de un futuro que haga un mundo verdaderamente humano.

Lo que está aconteciendo en la vida: el crecimiento económico desigual de todos los pueblos, ahora acuciado por la crisis financiera mundial; la búsqueda del placer rápido y el dolor permanente escondido en los hospitales; la paz pasiva y la violencia activa; las comidas de diseño y el hambre de millones de personas; junto con el resto de nuestras contradicciones..., cuando todas estas cosas se toman en nuestras manos y se afrontan seriamente con otras personas y con decisión transformadora, aparece la necesidad de celebrar la vida; y las pequeñas cosas que se van logrando son las que están dando verdadero sentido.

Así describen la celebración de la Vida las lecturas de la Palabra de Dios que la liturgia de la Iglesia propone para la festividad de Todos los Santos: vemos cómo la humanidad entera se junta a celebrar el triunfo del que ha descubierto que la vida, si no se entrega a lo que merece la pena, no es vida.

Éste es el fruto de ese proyecto de vida que se muestra en las **Bienaventuranzas**: el que ha descubierto el verdadero tesoro del Reino de Dios no necesita tener cosas ni bienes propios; sólo necesita el Amor que el Padre Dios nos entrega para afrontar las causas que generan el sufrimiento de los que no tienen una vida digna.

Las personas que así lo han vivido, las que así lo han descubierto son los SANTOS; pues han acogido la Palabra de Dios, Jesús, su Hijo, y tratan de llevarla adelante.

La fiesta verdadera es como la vida misma, un **regalo** que recibimos de nuestros antepasados y una **tarea** que cada uno de nosotros debemos desarrollar y entregar a las generaciones que nos suceden. Por eso, posee estas características: **gratuidad, continuidad y reciprocidad.**

- La **reciprocidad**, que es correspondencia de una cosa o persona con otra, hace referencia a la relación con otras personas que tienen los mismos intereses, al diálogo con todos, incluso con los que piensan distinto y, sobre todo, al protagonismo que todos debemos tener tanto en la vida como en la fiesta.
- La **continuidad** es lo contrario a la fragmentación con la que vivimos y también con la que celebramos nuestras fiestas. “*Deberíamos celebrar lo que vivimos y vivir lo que celebramos*”; de esta manera ambas adquieren mayor sentido.
- Y la **gratuidad** nos pone en relación con nuestro pasado y con nuestro futuro, con la libertad de los que nos quieren y con la responsabilidad de la entrega de lo mejor de nosotros mismos a los que queremos.

Así verdaderamente celebraremos la vida.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 6,12-16): *...fácilmente la ven los que la aman.*

2ª lectura (Tsalonicenses 4,13-18): *Y así estaremos siempre juntos.*

Evangelio (Mateo 25,1-13): *Por tanto, velad.*

La historia de “*las diez doncellas*” que acabamos de leer, nos puede resultar un tanto extraña porque no conocemos los usos y costumbres de las bodas de aquel tiempo. Lo habitual era que la boda se celebrara en la casa del novio y que éste, acudiera a la casa de la novia para recogerla y llevarla a su propia casa. En esta ceremonia el novio era recibido por muchachas que acompañaban a los novios en el camino desde la casa paterna de la novia hasta su futuro hogar. Como este recorrido tenía lugar de noche, se preparaba un cortejo de luces.

Las “*diez doncellas*” se han reunido en casa de la novia y esperan al novio. Esperan la gran fiesta, esperan que venga el novio. Las bodas eran en aquel tiempo grandes fiestas que duraban hasta una semana, y en la Biblia encontramos la boda como imagen del Reino de Dios. También nuestra parábola comienza; **«El Reino de los cielos se parecerá...»**

Veamos más detenidamente a las “*diez vírgenes*”. Todas esperan al novio y el comienzo de la fiesta. Todas están preparadas; sin embargo el novio y su comitiva no han llegado todavía. Las diez están cansadas y se duermen. De pronto, a medianoche, se oyó una voz: **«¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!»**. Cinco de las doncellas arreglan sus lámparas y las rellenan con aceite. Han tenido en cuenta que la espera podría durar. Las otras no se encuentran preparadas y no pueden aparecer en la fiesta.

En la parábola de las “*diez vírgenes*” se trata de la fe en la venida del Reino de Dios y de la postura en la vida que nace de esa fe y de esa espera. Dios llega de improviso, a la hora que menos se piensa. El solo minuto verdaderamente importante para cada uno es éste: el minuto de Dios, el minuto del encuentro, el minuto donde para cada uno de nosotros se para el reloj del tiempo y se entra en la eternidad. Nadie sabe cuándo va a suceder esto: ¿Hoy? ¿Mañana? ¿En un mes? ¿En un año? Jesús nos advierte que hay que estar preparados. ¿La voz a medianoche, nos sorprenderá desprevenidos?

Muchas personas están cansadas y adormiladas. No creen mucho en la venida del novio celestial o, mejor dicho: del Salvador. En esto radica la necesidad desde el punto de vista del evangelista Mateo. La parábola de Jesús es una advertencia muy seria a nuestra fe. Como cristianos, pensamos que tenemos que estar presentes en el mundo. La Iglesia, interrogada o no interrogada, se pronuncia públicamente sobre muchas cuestiones. Eso está muy bien, pero da que pensar si se olvida algo totalmente decisivo. Los cristianos no estamos destinados sólo a esta vida y a este mundo, Jesús nos ha dado una esperanza que va más allá de nuestra vida y de nuestra muerte.

Ya sé que este aspecto de nuestra fe nos resulta extraño porque buscamos toda nuestra felicidad en este mundo y en esta vida. Lo que viene después, la mayor parte de las veces, se difumina porque no nos lo podemos imaginar, incluso porque pensamos que es sólo una vaga promesa. Sin embargo, a la vista de tal olvido y falta de esperanza reducimos nuestra fe a una visión del mundo con un par de indicaciones éticas. Pero la fe cristiana no se agota con esto. Sin una esperanza en una nueva vida, en la que estamos con Dios, negamos una parte decisiva de nuestro cristianismo. “*Creo en la vida eterna*”.

Como cristianos, tenemos que comprometernos con este mundo. Sin embargo, no podemos perder de vista la esperanza de un futuro en Dios. Que Él **«ilumine los ojos de vuestro corazón para que entendáis cuál es la esperanza a que os ha llamado»** (Efesios 1,18).

«Vosotros sois la luz del mundo. No se enciende una lámpara y se la pone bajo el celémín, sino sobre el candelero para que alumbre a cuantos hay en la casa» (Mateo 5,14.15). Nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor son el aceite con el que se alimentan estas lámparas. Desde luego que este aceite no se compra en una tienda. El aceite de la fe, de la esperanza y del amor lo adquirimos en la oración. No sé de nada en la vida cristiana que se pueda comparar con el aceite como la oración. Por el Espíritu de Dios se despiertan en nosotros estos dones divinos para que alumbre nuestra luz y estemos preparados cuando venga el novio celestial.

El cristiano que ora habla con Dios y es interpelado por Él. El cristiano que ora mantiene un contacto y una relación con aquel, que es su Señor. El cristiano que ora se cerciora en cada oración de que nuestra vida tiene otra cara, un futuro y una esperanza. El cristiano que ora es siempre un hombre que espera.

La parábola me interroga. Quisiera ser sensato; necio, lamentablemente lo soy a menudo. **«Hoy es el primer día del resto de tu vida»**. Esta cita puede darme ánimos para tomar mi vida en mis manos como un don de Dios y darle un nuevo sentido. Me puede ayudar a esperar, no la muerte sino la vida que Cristo nos quiere preparar.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 31,10-13.19-20.30-31): *...la que teme al Señor merece alabanza.*

2ª lectura (Tesalonicenses 5,1-6): *...porque todos sois hijos de la luz.*

Evangelio (Mateo 25,14-30): *...te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu Señor.*

Con esta parábola se inculca el sentido de la **responsabilidad**: los dones que cada uno ha recibido no pueden quedar ociosos, hay que hacerlos fructificar y, para ello, compara la actitud de los dos primeros con el tercero. Lo que más llama la atención es que la conducta del tercero, incluso desde el punto de vista de la ley judía, era irreprochable. Pero no basta con no hacer nada malo, hay que hacer el bien, hay que colaborar para que las cosas vayan mejorando en el campo social y eclesial.

Respecto al tercer siervo, el evangelio nos dice algo que creo muy significativo: si enterró el denario lo hizo porque *“tuvo miedo”*, porque la imagen de Dios que le habían inculcado era la de un dueño duro, exigente y amenazador; *«que siega donde no siembra y recoge donde no esparce»*.

¡Cuántas personas han abandonado el don de la fe por la imagen de Dios que se les ha ofrecido, y por una imagen de Iglesia amenazadora! El Evangelio no justifica el enterrar los dones, porque el ser humano no deja de ser libre y, por tanto, responsable. Sin embargo, y de un modo indirecto, nos hace cómplices de dicho comportamiento, pues el miedo y las amenazas paralizan a las personas y bloquean sus posibilidades, sus capacidades de producir.

Me voy a referir a dos dones que, creo, es necesario que afloren:

1)- Somos humanidad. Éste es el primer don a descubrir y hacer que produzca sus frutos coherentes. Todos, pertenecemos a la misma humanidad, por el hecho de ser personas, Más aún, se es persona porque se pertenece a la familia humana. Este don o identidad es anterior, previo y fundamento de todos los demás. Los otros dones más particulares y específicos son secundarios, y están al servicio y enriquecimiento de esta identidad fundamental.

En esta identidad todos, sin excepción alguna, coincidimos y somos iguales: personas humanas. En coherencia con esta identidad, afirma el Concilio Vaticano II, la Iglesia se siente *«íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia»*; por lo que desea ofrecerle su sincera colaboración para lograr la fraternidad universal.

Fruto primordial a esperar de este don es que cada persona, sin excepción, se sienta corresponsable de la sociedad y así se le respete. Hay que pasar de ser meros espectadores a ser protagonistas. Nuestro mundo lo haremos juntos o no se hará. Tenemos que pensar, construir y realizar juntos nuestro futuro.

2)- Bautismo. Segundo don: *la Iglesia, comunidad de bautizados*. El gran don del bautismo, según mi impresión, está casi completamente enterrado. Sólo apelamos a él con motivo de las primeras comuniones y la confirmación, cuando uno se casa, cuando se ordena al sacerdocio, etc. Pero en la vida práctica eclesial apenas influye, lo tenemos olvidado.

Sirva como ejemplo: solemos celebrar las bodas de plata y oro sacerdotales, episcopales, del matrimonio, los cumpleaños..., pero nunca celebramos el aniversario de nuestro bautismo. El gran don, por el que somos insertos en la gran familia de los hijos de Dios y de los hermanos. En el bautismo todos recibimos el mismo Espíritu, y gracias al Espíritu podemos dirigirnos a Dios, llamándole Padre, ABBA.

Desde el paradigma eclesial: *“comunidad de bautizados”*, se supera el dualismo clero-laicos; una concepción de Iglesia de desiguales, de clases, privilegios...; todos somos hijos del mismo Padre, todos tenemos el mismo Espíritu, la misma misión, aunque para realizarla el Espíritu va distribuyendo diversos servicios, carismas, ministerios; pero esto no nos da mayor dignidad en el ser cristiano, ni en la dignidad como personas ni en cuanto a la participación.

El Concilio Vaticano II afirma: *«La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu de Dios como en un templo»* (Lumen Gentium 9). Por tanto, *«existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo»* (Lumen Gentium 32).

El fruto espontáneo de ser la Iglesia “comunidad de bautizados” es la “corresponsabilidad y complementariedad” de todos y de cada uno. Evitando así las rivalidades y todo afán de trepar. Y que, según san Pablo, se ayuden mutuamente y, no obstante sus diferencias, ninguno se considere superior a los demás, sino todos al servicio de los otros, defendiendo siempre a los más débiles; que cada uno tome conciencia de sus limitaciones en su función específica, sabiendo que el plan es comunitario.

La buena salud comunitaria resultará, si las diversas funciones realizan aquello para lo que están y todos tienen la visión de conjunto; si se tiene igual trato unos con otros sin tener pretensiones y caminando juntos como gente sencilla.

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (Ezequiel 34,11-12.15-17): *Yo mismo buscaré a mis ovejas.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-26a.28): *Y así Dios lo será todo para todos.*

Evangelio (Mateo 25,31-46): *...se sentará en el trono de su gloria.*

«Serán reunidas ante Él todas las naciones de la tierra». En esta fiesta, que hace referencia a un concepto central del mensaje bíblico como es la expresión “Reino de Dios”, las lecturas nos sitúan ante la relación de los líderes con la comunidad a que pertenecen y ante la delimitación de la esencia de la religión.

Con la imagen tan propia de la cultura antigua y que aún podemos ver en nuestros pueblos, si bien está próxima a la desaparición, como es la de un señor dirigiendo durante toda la jornada a un rebaño de ovejas, en un ambiente seco, sin agua y con los pastos agostados pero inquieto, buscador y preocupado por encontrar lugares nuevos, frescos y verdes a los que conducir sus ovejas para su alimentación y seguridad, se había repetido por siglos y siglos la crítica política, religiosa y social hacia las formas más frecuentes de gobernar, dirigir y presidir.

Con tenaz y constante repetición, como las notas de un estribillo y las letras de un ritornelo, de generación en generación, de una época a otra, de un lugar a otro, se expresaba a la vez el descontento desconfiado, hacia unas élites más tenazmente insistentes en buscar su propio interés y comodidad que en trabajar y molestarse por la satisfacción de las necesidades y aspiraciones de sus gentes.

La molesta y acusadora imagen del pastor, tan rica en evocaciones y sugerencias, tan fecunda en las reflexiones que provocaba, tan inquietante para los poderosos, proclives a necesitar el aplauso, la aprobación y la adulación, desembocó en una especie de teoría política sobre el concepto de autoridad y sobre el tipo de sociedad y convivencia que los seres humanos siempre añoramos.

Ese concepto originó otra expresión muy plástica y provocadora, que suponía una denuncia directa de sus autoridades, una acusación contra la situación presente de injusticia y una anhelante esperanza de cambio que además de señalar un futuro distinto invitaba a trabajar por plasmarlo en las formas de organización de la comunidad y, sobre todo, en las formas de convivencia y relación entre los miembros de la sociedad.

Si no podemos esperar la solución a nuestras grandes cuestiones de quienes ostentan el poder, marquemos la diferencia nosotros mismos y hagamos posible un mundo nuevo. No hagamos caso de quienes pretenden dirigirnos y busquemos nuestra referencia de unión en quien es, de verdad, nuestro único líder posible.

Un Señor que no nos sustituya como objetivo de las decisiones y referencia del bien. Un Señor cuyo interés coincide con el nuestro. Un Señor cuya felicidad se identifique con la nuestra, su alegría con nuestras sonrisas, sus problemas con nuestras lágrimas, su dolor con nuestra tristeza, su hambre con nuestra escasez. Un Señor que una poder y ternura para no estar sometido a la justicia de una ley fría e impersonal sino que reúna compasión con el débil y convicción contagiosa por realizarla. Un Señor que una el anhelo de todo ser humano necesitado, con la capacidad para llevarlo a cumplimiento y la sensibilidad para sentirlo como causa propia.

Y un día aparece Jesús, que siempre andaba sintiendo la proximidad de Dios en las cuestiones de la vida y hace de esta teoría política un mensaje religioso o, más bien, utiliza esa expresión, tan rica y sugerente, como vehículo literario para hablar de Dios, tal como Él lo vive, lo conoce y lo transmite. Para Jesús, Dios no es como los señores de la historia y de la actualidad, todos ellos déspotas o demagogos. El Dios que Jesús proclama y del que se dice mensajero es el que ha unido inseparablemente su causa con la de los seres humanos.

¿Una prueba? Jesús en persona que se entrega hasta la muerte, no por el reconocimiento de su labor sino por el bien de una humanidad falta de esperanza e inmersa en el desaliento. A este Jesús Dios lo resucitó de la muerte, la máxima expresión de lo que llamamos mal, para que confiemos en Él y lo reconozcamos como Señor.

Desde entonces, la tradición religiosa de la humanidad tiene un elemento clave y diferenciador de lo realmente religioso. La esencia de la religión consiste en unir culto y compromiso, adoración a Dios y trabajo preocupado por las condiciones de todos, especialmente de los más necesitados. Hasta el punto que la imagen más nítida, clara e inconfundible del Dios inaccesible hemos de buscarla en la imagen atribulada y atormentada de cualquier ser humano en situación de necesitar ayuda y compasión.

Desde entonces ni podemos buscar a Dios en los templos, al margen de la calle, ni podemos relacionarnos con Él en la sacristía de las iglesias, donde algunos pretenden recluarnos. Culto y compromiso social e histórico son dos caras de la misma realidad que se refuerzan y expresan, porque sin culto no hay cultivo y fundamentación de nuestra postura en la vida, y sin compromiso vital no hay expresión viva y humana de un Dios que se ha hecho tan humano y comprometido como Jesús.

Él no hizo batallitas de opereta ni guerras épicas; resucitó y venció a sus y nuestros enemigos: la muerte, la injusticia, el sufrimiento, el desprecio, la soledad, el vacío, el desánimo, la desesperación... Sus victorias, son nuestras victorias. Su reconocimiento, es nuestro futuro. Y su reino, es nuestra libertad y felicidad.